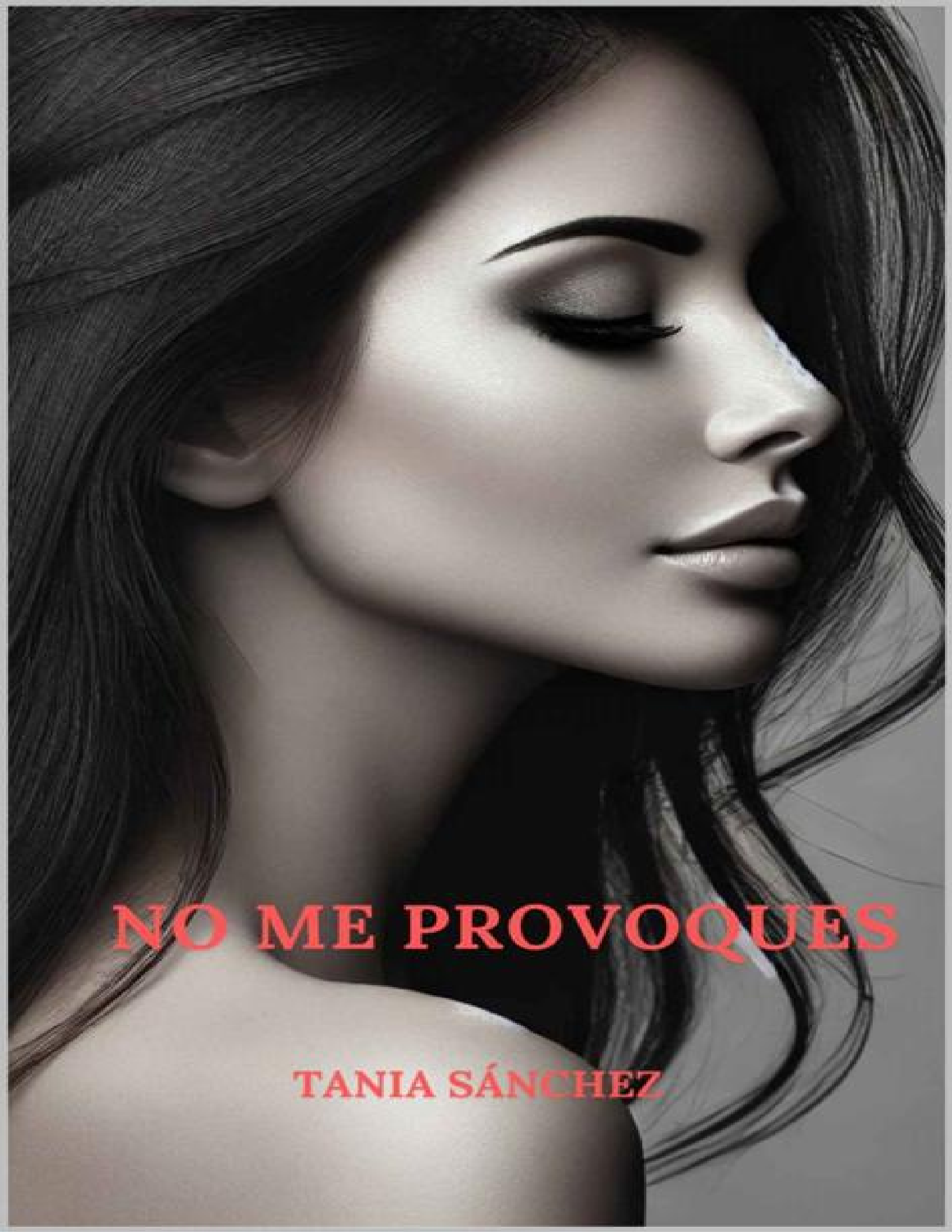

NO ME PROVOQUES
TANIA SÁNCHEZ

No Me Provoques

Tania Sánchez

Copyright © 2024 Tania Sánchez
Todos los derechos reservados.

Te quiero así, como eres, con todo lo bueno que no ves,
con todo lo malo que dices que tienes.

Que la distancia no te haga olvidar que te quiero y que mi silencio no te haga pensar que me olvidé de ti.

CAPÍTULO 1

Tranquila señorita

Nora miró el reloj varias veces, era como si el tiempo se hubiese parado, la reunión con su cliente se le hizo eterna. Cuando decidió estudiar derecho, jamás imagino que tendría que defender a personas con un complejo de superioridad tan acentuado. Su nerviosismo intentaba calmar la desesperación a base de taconear por debajo de la mesa. Revisó una vez más la demanda, una joven acusaba a su cliente de agresión, ella describía con todo lujo de detalles, como Garrido, su cliente, le golpeó cuando se negó a mantener relaciones sexuales. El problema era que, conociendo a su cliente como lo conocía, seguro que era culpable. Nora había llegado al punto donde, defender a los amigos de su padre, cada vez le costaba más y la reunión que acababa de tener con uno de ellos, la había desesperado como nunca antes.

—Garrido está en recepción y no parece preocupado — dijo Tessa al entrar en su despacho sin llamar.

Tessa era la hermana pequeña de Nora, Ambas habían estudiado derecho, continuando así, con el linaje de su familia. Una gran familia de abogados con una tradición arraigada en las leyes. Cuando Tessa terminó la carrera, su padre decidió cederles el despacho para dedicarse a viajar y conocer mundo. Su madre murió cuando ellas tan solo eran unas adolescentes, una larga enfermedad acabó con su vida y ellas le prometieron que continuarían con el linaje familiar y mantendrían a la familia junta. Por otro lado, su padre, le prometió hacer todos los viajes que ella no pudo hacer, así que ahora era lo que estaba haciendo, viajar alrededor del mundo.

—Se cree por encima de las leyes… — cerró la carpeta y bufó — estoy harta de defender a babosos asquerosamente ricos.

—Esos babosos… — Tessa se sentó en la silla frente a ella — son quienes pagan mis carísimas facturas.

—¿Pensaba que era tu marido quien pagaba esas carísimas facturas? — musitó con una sonrisa de medio lado.

—Tan sólo es un bueno para nada… — ambas sonrieron — pero queda muy bien en las fotos — se levantó de la silla — bueno, te dejo con tu cliente baboso, yo tengo una reunión con un posible inversor…

—Que manía te ha dado con ampliar el despacho… — musitó sin levantar la vista de los documentos que tenía sobre su mesa.

Tessa se limitó a sonreír ante el comentario de su hermana y salió de su despacho sin mediar palabra alguna.

Nora bajó del taxi con la mala suerte de pisar un charco, apretó los dientes y desvió su mirada hacia sus zapatos negros de marca italiana. Una gran mancha de barro los cubría.

—Joder… — musitó.

Sujetó con fuerza el asa de su cartera de piel y subió las escaleras con más rapidez de lo habitual, su objetivo era claro, debía entrar en el baño antes de ver a su cliente. Nora estaba considerada como una de las jóvenes abogadas con una carrera prometedora, a pesar de su corta edad, había demostrado su gran capacidad para la abogacía. Así que, aparecer en un juicio con los zapatos manchados de barro, no entraba en su estilo. Caminó deprisa por los pasillos del juzgado, había estado tantas veces que ni tan siquiera necesitaba levantar la mirada de su móvil, conocía el camino perfectamente. Giró a la derecha y estiró la mano para abrir la puerta del baño, pero en ese mismo momento, una joven salía por la misma puerta con un ímpetu nada aconsejable y chocaron. La cartera de piel negra, se precipitó y se abrió, con la mala suerte de que varias carpetas salieron de ella y los documentos que contenían se esparcieron por el suelo.

—Lo siento… lo siento… — no dejaba de repetir la joven con la que había chocado — yo no la vi… lo siento mucho.

—Debería tener más cuidado señorita…

Nora se incorporó para guardar los últimos documentos y al levantar la vista, se fijó en la sombra que existía debajo de los preciosos ojos color avellana de la joven.

—Lo siento, no la vi al salir… — musitó la joven con la mirada fija en el suelo.

—Me di cuenta de eso — respondió con una sonrisa de medio lado.

Nora estaba lejos de continuar recriminando su comportamiento, se fijó en su lenguaje corporal y derrochaba timidez a raudales, pero lo que no la dejó indiferente, fue su aspecto de cansancio acumulado.

—Tranquila, señorita… — Nora espero una respuesta.

—Alba… — susurró la joven.

—Tranquila, señorita Alba, solo ha sido un desafortunado incidente que no ha terminado en catástrofe.

—Tiene barro en los zapatos — señaló mientras continuaba con la mirada fija en el suelo.

—¡Cierto! — dio un paso hacia el interior del baño — tengo un juicio con un cliente importante y no puedo presentarme con los zapatos así… — miró hacia la puerta y observó cómo se cerraba, quedándose completamente sola en el baño.

La chica joven había aprovechado que Nora caminaba despistada hasta llegar al lavabo y salió corriendo de allí. Ella sonrió al descubrir el alto nivel de frustración que albergaba la joven, por un simple despiste, huyó de allí como si fuese una criminal.

Nora salió del baño completamente preparada, caminó segura de sí misma hacia la puerta del juzgado número dos y, junto a la puerta, ya le estaba esperando su ayudante David, un joven abogado en prácticas con un futuro brillante, que ayudaba a Nora en todos sus casos.

—Buenos días… — saludó David cuando Nora llegó a su altura.

—¿Y Garrido? — preguntó por su cliente mientras sujetaba los documentos del caso que le acababa de entregar David.

—Allí… — señaló disimuladamente — lleva como quince minutos intentando ligar con la secretaria del juez.

—Este hombre es un neandertal… — colocó su mano sobre la frente, completamente estresada por la actitud de su cliente — por favor, ve hasta allí y dile que el juicio va a empezar.

David asintió y caminó hasta donde se encontrada el cliente hablando como un auténtico truhan, a pesar de que la mujer mostraba desinterés por su conversación, él insistía con aires de Don Juan. El pobre chico se llevó una mirada inquisidora por parte del hombre, pero una sonrisa de agradecimiento por parte de la mujer que continuaba con su trabajo.

—Garrido… — Nora intentó usar un tono neutro para no entrar en una guerra con su propio cliente antes de empezar el juicio — no sé si es consciente de la gravedad del juicio de hoy…

—Es todo mentira — respondió con los dientes apretados — solo fui a esa sala de baile a tomar una copa y esa puta se movía como una perra… — sonrió lleno de soberbia — solo buscaba mi dinero y acabó cayéndose del escenario.

Nora lo miró entrecerrando los ojos, su instinto le revelaba que ninguna de esas palabras era cierta, pero su experiencia defendiendo a auténticos criminales, le confesaba que era culpable de las agresiones que había sufrido la chica.

—Eso no es lo que cuenta la demandante…

—¡¡Esa puta miente!!

Nora lo empujó contra la pared y lo sujetó con fuerza por la corbata.

—Deje de llamar puta a la chica… — se acercó todavía más a él — no solo ella lo acusa, el informe del médico forense concuerda con los golpes que ella relata en la demanda y las lesiones que usted tenía en las manos.

—Ese informe también miente… — logró zafarse del agarre de Nora — haz tu trabajo y líbrame de toda esta mierda… — miró su reloj — a las cuatro tengo una partida de tenis.

El hombre se colocó la corbata y entró en la sala, Nora miró a David y negó con la cabeza, una vez más, este caso no demostraba la razón de porque estudió derecho. Ella quiso defender a gente injustamente acusada, sin embargo, su destreza para la defensa, la llevó a defender a hombres adinerados con pretensiones para hacer lo que quieran por encima de la ley sin esperar consecuencias.

—Bien David… — Nora respiró profundo y abrió la puerta del juzgado — vamos a hacer nuestro trabajo — le guiño un ojo e hizo una mueca infantil.

Nora entró a la sala centrada en los documentos que le había entregado David unos minutos antes, llegó hasta su mesa y antes de sentarse junto a su cliente, saludó con un apretón de manos al abogado de la acusación.

—Nos volvemos a ver Nora — dijo el abogado de la acusación.

—Un placer como siempre Rubén — sonrió sinceramente.

—Espero tener un juicio justo…

—Que así sea.

—La última vez que nos vimos estuve a punto de conseguirlo.

—Quizá esta vez — Nora sonrió.

El otro abogado se sentó en su silla y Nora descubrió algo que llamó su atención, la chica que estaba sentada junto a Rubén, era la misma joven con la que había chocado en la puerta del baño cuando fue a limpiarse el barro de sus zapatos. Por primera vez desde ese momento, la joven levantó la mirada y sus ojos se cruzaron. Nora la miró fijamente y volvió a descubrir la sombra bajo sus ojos, pero esta vez el brillo que bailaba en su mirada también revelaba miedo.

El juicio transcurrió entre acusaciones y defensas enérgicas, el abogado de la acusación estuvo más agresivo que nunca. Sin embargo, Nora se mantenía a un nivel inferior, su ayudante David no estaba entendiendo la actitud de la abogada, a diferencia de otros juicios, ella no estaba

sacando todas sus armas. No podía dejar de observar a la joven chica que se mantuvo aterrorizada durante todo el juicio mientras se relataba una y otra vez como fueron los hechos. No mantuvo la mirada al frente en ningún momento y cada vez que su propio abogado explicaba la brutalidad con la que ese hombre la había golpeado, la joven entrelazaba sus dedos con tanta fuerza, que los nudillos se quedaban en blanco.

El juez ordenó un receso de cinco minutos para leer uno de los informes aportados por el médico forense de la defensa. Tras descubrir el miedo en la joven, Nora se arrepintió de haber jugado esa carta. Se acercó disimuladamente a su contrincante y le susurró.

—No deberías ser tan directo con las preguntas a tu clienta…

—Yo sé lo que hago — respondió destilando tonos de altanería.

Nora desvió su atención hacia la joven que continuaba sentada sin moverse desde el inicio del juicio.

—Pues, para ser tan listo… — apretó los dientes — no veo que seas capaz de proteger a tu clienta como es debido.

Nora escuchó las conclusiones finales sobre las acusaciones a su cliente y su piel se erizó al descubrir los ojos de la joven anegados de lágrimas. Ese horror que brillaba en su mirada no se podía fingir. Pero lo que en realidad le puso la piel de gallina, fue la sonrisa chulesca de su propio cliente mientras relataban los hechos de la noche que sucedió todo.

—No se creerán la versión de una puta bailarina, ¿no? — susurró cerca del oído de Nora.

Ella miró al hombre sentado a su derecha y solo llegó a una conclusión, no iba a defender a más hijos de puta como él. Se inclinó hacía su ayudante y le dio varias indicaciones para no exponer más argumentos en su defensa.

—Pero abogada… — David bajó su tono de voz al máximo — será condenado — susurró asegurándose que solo ella lo escuchase.

—Entonces, se hará justicia — respondió ladeando la cabeza.

—¿Vamos a perder el juicio?

—David, no puedo defender a un hombre que es capaz de golpear así a una mujer, solo porque no quería mantener sexo con él.

El joven en prácticas asintió, entendió la estrategia de su mentora, no defendería su inocencia con mucho entusiasmo y dejaría que la acusación, junto a la fiscalía, sentenciase una condena acorde a sus actos.

—¡¡No sé por qué coño eres tan cara!! — gritó su cliente después de recibir una condena por agresión — no sabes hacer justicia.

—Créame — Nora dio un paso al frente para enfrentarse a su cliente — hoy se ha hecho justicia.

Recogió sus cosas mientras dos policías se llevaban a su cliente para cumplir una condena de dos años y medio en prisión, además de una indemnización decente para la joven chica. Ambos observaron como el abogado de la acusación felicitaba a la chica por su gran logro y a Nora se le escapó un amago de sonrisa.

—Tiene un aspecto de princesa indefensa — musitó David.

—Pero tienes que observar más allá… — Nora se apoyó sobre el borde de la mesa y la observaron con más detenimiento — es una guerrera llena de heridas.

Nora se sirvió una taza de café, su dolor de cabeza se había instalado desde hacía un par de horas y no sentía mejoría alguna. Su esperanza se aferró a que, un buen café, la ayudaría a

terminar el día. Tessa entró en su despacho sin ni tan siquiera llamar a la puerta.

—¿Has perdido el juicio? — le reclamó señalándola de forma acusadora.

—Se ha hecho justicia… — ella ignoró a su hermana y continuó centrada en la taza de café que sujetaba entre sus manos — ¿Recuerdas el objetivo de estudiar derecho? — levantó la mirada y fijó sus ojos en su hermana — pues eso, se ha hecho justicia.

—Tú nunca has perdido un juicio — se cruzó de brazos.

—No puedo más Tessa… — dejó la taza sobre su mesa y se apoyó en el respaldo de su silla — estoy cansada de defender casos de hombres vanidosos sin presunción de inocencia… no estudié derecho para esto.

—Pero Garrido es un buen amigo de papá.

—Pues, que vuelva de la isla paradisiaca donde se encuentre y lo defienda él — musitó con resignación.

—Nora… — se acercó a ella — ¿Estás bien?

Guardó varios segundos en silencio, intentaba ordenar sus ideas para poder explicarle a su hermana como se sentía desde hacía un tiempo.

—El estúpido de Rubén ha hecho una defensa nefasta… no le ha importado ni su propia clienta, solo quería ganarme a toda costa.

—No lo entiendo hermana… — se sentó en la silla frente a ella — Rubén nunca ha sido rival para ti.

—Y no lo es, pero tendrías que haber visto el horror en los ojos de esa pobre chica… — sus ojos se anegaron de lágrimas — relató una escena horrible, donde Garrido se creyó con poder suficiente para hacer con su cuerpo lo que le diese la gana y, al negarse, solo recibió golpes… ¡¡Ese hombre es un misógino!!

—¿Cómo se lo vas a explicar a papá?

—No lo sé…

—Vamos, tenemos una reunión.

—Qué empeño el tuyo el de hacerme trabajar como una esclava… — Nora se levantó de su silla de mala gana y caminó tras su hermana.

La fuerte luz del sol, se filtraba a través de las persianas, proyectando líneas doradas sobre la mesa de color caoba. El aire estaba cargado de una tensión casi palpable, mientras Nora y Tessa se sentaban frente al próximo cliente, un hombre de unos cincuenta años, con un traje hecho a medida que seguramente costaba casi como una hipoteca. Su sonrisa, arrogante y segura, revelaba unos dientes perfectos, era como si los hubiese comprado en la misma tienda que el traje. Parecían igual de caros.

Nora se inclinó hacia atrás en su silla y cruzó los brazos sobre su pecho, su expresión era neutral, casi aburrida. Mientras que Tessa, tenía el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante, las manos entrelazadas sobre la mesa, mostrando algo más de interés.

—Entonces, señor Valenzuela — comenzó Tessa, con una voz controlada, pero en tono amistoso — entiendo que su exmujer está pidiendo una cantidad considerable en la división de bienes. ¿Nos podría explicar exactamente cuál es su preocupación principal en este momento?

El señor Valenzuela soltó una risa corta y seca.

—Mi preocupación principal es que esa despreciable mujer no se quede con la mitad de lo que yo he construido con mi sudor. No ha trabajado ni un solo día en toda su vida y ahora pretende llevarse lo que es mío.

Nora esbozó una tensa sonrisa, visiblemente irritada por la actitud del hombre sentado frente a ellas, sin embargo, Tessa mantenía su compostura, inclinándose un poco sobre la mesa.

—Entendemos su frustración — continuó Tessa — y es precisamente por eso que hemos querido escuchar todos los detalles antes de proceder. Estamos aquí para asegurarnos de que usted tenga la mejor defensa posible.

El hombre se recostó sobre el respaldo de su silla, cruzó los brazos sobre su pecho con un aire de superioridad.

—Exactamente, señorita — esbozó una sonrisa arrogante — Por eso estoy aquí. Quiero a las mejores abogadas para asegurarme de que esa mujer no vea ni un centavo de más. Sé que ustedes dos son las mejores, por eso las quiero contratar.

Tessa asintió, pero antes de que pudiera responder, Nora se inclinó hacia adelante y su voz sonó tan cortante como un bisturí.

—Permítame ser directa, señor Valenzuela — entrelazó sus dedos sobre la mesa — No estamos aquí para tomar decisiones basadas en el odio o en las venganzas personales. Nuestro trabajo es garantizar que la ley se cumple de manera justa, para todas las partes.

El hombre la miró, sorprendido por el cambio de tono, era bastante diferente al de Tessa. Luego sonrió con una arrogancia que solo aumentó la incomodidad de la sala.

—Oh, vamos, señorita… — sonrió de medio lado — pensé que ustedes dos eran más duras de lo que aparentan… Sabrán que hay veces que hay que ensuciarse las manos para tener éxito… ¿No es así?

Tessa se tensó, sintiendo la frialdad en las palabras de Nora y la actitud altiva del hombre frente a ellas.

—Nora, solo escuchemos lo que el señor Valenzuela tiene que decir — interrumpió Tessa, con un tono conciliador — a veces, un cliente tiene derecho a defender lo que es suyo.

Nora negó con la cabeza sin desviar su mirada de los ojos de su hermana, ignoró por completo al hombre.

—No podemos seguir defendiendo a hombres como él, Tessa — lo señaló descaradamente — Hombres que creen que pueden salirse con la suya solo porque tienen dinero. Nuestro trabajo no es ser cómplices de la injusticia.

Tessa suspiró, intentando mantener la postura y calmar un poco la tensión.

—Sé que esto es difícil para ti, Nora, pero no todos los clientes son iguales. Y este caso… — miró de nuevo al hombre, quien observaba detenidamente la conversación entre las hermanas con una ceja arqueada — este caso podría traernos importantes beneficios.

Valenzuela sonrió, sintió que había ganado la discusión. Nora, sin embargo, no le concedió una pizca de satisfacción.

—Podrá traernos beneficios económicos, Tessa, pero ¿a qué precio? — se levantó de su silla y su voz sonó firme — Yo no estoy dispuesta a vender nuestra integridad por un cheque lleno de ceros.

El hombre carraspeó para aclararse la garganta, ofendido por las palabras de Nora, pero Tessa alzó una mano, indicándole que esperase. La conversación no había terminado. Se giró hacia Nora y usó un tono más suave.

—Hablemos de esto luego, ¿de acuerdo? — ladeó la cabeza — Por favor.

Nora guardó silencio unos segundos, miró fijamente a su hermana y descubrió en sus ojos una mezcla de decepción y determinación. Volvió a negar con la cabeza y antes de abrir la puerta para salir de la sala de reuniones, respondió a la súplica de su hermana.

—Haz lo que quieras, Tessa, pero no cuentes conmigo para este caso.

Y sin añadir nada más, salió de la sala dejando a Tessa a solas con el hombre, quien mostraba una expresión de satisfacción teñida de una ligera incomodidad. La sala se quedó en un silencio

incómodo, cargado de tensiones aún por resolver. Tessa respiró hondo y forzó una sonrisa diplomática.

—Bueno, señor Valenzuela, parece que aún tenemos algunas cosas que discutir internamente.

El hombre inclinó la cabeza y con aire altivo se inclinó sobre la mesa para responder a Tessa.

—Espero que su hermana no arruine la oportunidad para su despacho, señorita Tessa — sonrió de medio lado con una alta actitud de superioridad — Yo puedo ser un cliente muy generoso… cuando consigo lo que quiero.

Tessa apretó los labios y contuvo la respuesta ácida que quemaba su garganta, simplemente, se limitó a asentir lentamente e intentar ser correcta en una situación así.

—Lo tendré en cuenta — dijo forzada.

Cerró sus ojos y su imagen volvió a golpear con violencia su mente, aquella joven chica relatando los abusos que recibió por parte de Garrido mientras ella bailaba, le erizó la piel. Miró a su alrededor, observó cada detalle de su despacho y, por primera vez, sintió que disfrutaba de un lujo que no valía la pena. Giró su silla con fuerza y observó a la gente que caminaba por la calle desde el gran ventanal, su interior estaba cambiando y ella necesitaba descubrir hasta donde estaba dispuesta llegar.

—Nora… — su ayudante entró en su despacho — necesito que me firmes este documento para enviar al juzgado.

—David… — dio media vuelta y lo miró fijamente — ¿Podrías averiguar si la chica del juicio de ayer, continúa trabajando es el mismo club?

—¿Cómo? — se quedó parado en el mismo sitio — ¿Vamos a recurrir?

—No, claro que no — intentó disimular su interés por la joven — solo es curiosidad.

David se quedó en silencio, era como si estuviese meditando las palabras de su jefa. No podía negar que le extrañó esa curiosidad, jamás antes había preguntado por algún cliente de la parte contraria y David había sido testigo de juicios muy duros, pero ella jamás mostró interés por la otra parte.

—Puedo intentarlo.

—Con eso me basta… — firmó el documento que le entregó — gracias.

David giró sobre sus talones y salió de su despacho en silencio, dejando a Nora tal cuál la encontró cuando entró. ¿Por qué llevaba veinticuatro horas pensando en esa pobre chica? Recordar a la joven relatando lo que había sufrido, la conmovía en su interior.

Nora tuvo una reunión a media mañana con un posible cliente, a pesar de que su ayudante había resumido perfectamente la demanda, su cabeza continuaba centrada en la joven del juicio del día anterior. Volvió a su despacho, pero le resultó inútil centrarse, así que, decidió irse a casa y descansar.

—David… — se acercó a su mesa — me voy a casa ya, puedes irte… mañana más.

Se dio media vuelta y dio varios pasos antes de que David llamase su atención.

—Abogada Lázaro — se giró rápidamente y le dedicó un gesto de desagrado, David sabía a la

perfección que odiaba que la llamasen así, el joven sonrió y continuó hablando — tengo la información que me pidió… — le mostró la nota escrita a mano — recordarle que se llama Alba Suárez y que el club se llama *Le Stirwen*, está en una de las calles que da a la avenida de Lope de Vega.

—Eres el mejor — musitó cuando leyó los datos de la joven.

—Lo sé — respondió luciendo una sonrisa de satisfacción.

CAPÍTULO 2

Le Stirwen

Nora entró en el club con pasos lentos, a pesar de la determinación con la que llegó hasta el lugar, ahora habitaba un mar de dudas en su interior. El club estaba iluminado con luces moradas y bastante tenue, la decoración era más actual de lo que ella esperaba, la barra era muy larga y, tras ella, había una estantería de cristal con centenares de botellas de alcohol. Se sentó en un taburete en la esquina de la barra y pidió un ron con cola, desde allí podía observar la pista de baile pasando desapercibida. La música estaba realmente alta, Nora desvió su mirada haciendo un recorrido por todo el local. Observó a un grupo de chicos jóvenes que claramente estaban en una despedida de soltero, algunos hombres más adultos, sentados alrededor de la pista de baile, llevaban trajes de marcas caras y hechos a medida, quizá fueron los que más repugnancia le provocaron. Llevaba media copa, cuando un hombre con un bañador de lentejuelas y una pajarita de terciopelo, anuncio la siguiente actuación. Nora había visto bailar a dos chicas, tenía la esperanza de que fuese el turno de Alba. Y como si su deseo se hiciese realidad, Alba salió contoneando las caderas al ritmo de la música. Nora no podía apartar sus ojos de la pista, Alba se movía de manera hipnótica, despertando los ánimos de los hombres que la vitoreaban. Los hombres vestidos con trajes hechos a medida, lanzaban billetes para que se moviese más todavía, además de escuchar palabras malsonantes y misóginas mientras ella continuaba bailando. Nora estaba escandalizada, siempre había escuchado de estos lugares, pero jamás imaginó que fuese un lugar donde habitaba los instintos más primitivos del hombre. Alba, por su parte, continuaba con su espectáculo, ignorando a todos aquellos hombres que voceaban piropos que rozaban el mal gusto. La canción terminó y Alba hizo una reverencia dando gracias a los aplausos y vítores de todos aquellos hombres ansiosos por ver más piel de la que ya mostraba. Levantó la mirada por encima del público, y como si fuese cosa del destino, sus ojos se toparon con los verdes ojos de Nora. No se lo podía creer, ¿qué hacía la abogada de Garrido viéndola bailar? Se incorporó y la observó detenidamente, pero Nora al sentirse descubierta, salió del local con muchas prisas. Alba se asustó, podría estar buscando pruebas para recurrir la sentencia y liberar a su cliente. Recogió los billetes de propina que los hombres tiraban sobre el escenario y corrió a refugiarse entre bambalinas.

La sala de espera del juzgado era un hervidero de murmullos, teléfonos sonando y pasos apresurados de clientes y abogados. Pero, para Nora, esa mañana todo eso parecía un eco lejano, casi inexistente. Estaba sentada en una de las duras sillas de madera, con la mirada perdida en el suelo, su maletín apoyado en sus rodillas y sus dedos tamborileando el cuero desgastado. Era incapaz de sacarse la imagen de Alba de la cabeza.

La noche anterior no hubiese ido, si David no hubiese sido capaz de averiguar donde se encontraba. Ver a Alba en ese escenario, con una mirada que desafiaba a cualquiera y que parecía traspasar cualquier barrera, fue capaz de erizarle la piel. Sus movimientos, cada uno de ellos, eran precisos y a la vez indomables. El ritmo de la música vibró en el cuerpo de Nora, pero lo que realmente la había paralizado, era el fuego en los ojos de Alba. Un fuego que Nora, sin saberlo todavía, intentaría apagar el resto de su vida.

El juicio que tenía en poco más de media hora, era crucial. Tenía que mantener la mente clara, debía ser firme en los hechos y dominar cada palabra que saliese de su boca. Pero cada vez que intentaba repasar los puntos de su defensa, la imagen de Alba volvía a ocupar todos sus pensamientos. Su mente comenzó a proyectar imágenes a traición, el giro de su cadera, la forma en que la luz roja del club delineaba su figura a la perfección o el roce de sus miradas cuando creyó que sus ojos se encontraron de manera fortuita, pero fue un segundo interminable.

—Nora.

La voz de David, firme pero tranquila, la sacó de su trance. Apagó sus pensamientos casi de golpe. El joven chico estaba de pie junto a ella, arqueó una ceja y su expresión era una mezcla de paciencia y preocupación. Llevaba bastante tiempo trabajando con ella, pero había sido tiempo suficiente para conocerla y saber que algo no iba bien.

—¿Estás lista? — preguntó.

Nora asintió automáticamente, como si el movimiento pudiese convencerla a ella misma. Aunque ambos sabían que no era así. David no se dejó engañar, se inclinó un poco sobre ella y bajó la voz.

—Mira, sé que algo te tiene distraída… — miró alrededor — pero ahora no puedes permitir que, sea lo que sea, te afecte… Este caso está en nuestras manos… — acarició su brazo con cariño — confío en ti, el jurado te escuchará.

Nora intentó enfocar sus pensamientos y su pulso se aceleró, no por el juicio, sino por el recuerdo de Alba. Cerró los ojos por un segundo, respiró profundo y trató de reordenar su mente. Tenía que encontrar la forma de sacar la imagen de Alba de su cabeza, al menos por ahora. Debía centrarse.

David puso una mano en su hombro, intentando transmitirle la seguridad que en ese momento sentía que se estaba quebrando.

—Vamos, Nora. Es hora.

Con un último suspiro, Nora se levantó, sintió sus piernas más pesadas de lo normal, como si se resistiesen a llevarla hacia la sala del juicio. Pero David se colocó a su lado y caminaron juntos por el pasillo que le parecía cada vez más largo. Se detuvieron frente a la puerta del tribunal y David le dedicó una última mirada de apoyo.

—Tú puedes.

Nora asintió de nuevo, esta vez con un poco más de convicción. Entró en la sala del juzgado, respirando un aire más tenso de lo normal y cargado de expectativas. Las miradas de todos los presentes, se clavaron en ella, pero no la intimidaban. El murmullo cesó a cada paso que de daba con seguridad, mientras se dirigía a su mesa, la imagen de Alba se debilitaba. Se desvanecía, disipándose en los rincones más oscuros de su mente. Ahora estaba ahí, vestida con su traje de

tres piezas y corte italiano, subida en unos tacones de vértigo y frente a un juez con cara de tener pocos amigos.

—Señorías — comenzó su exposición — estoy aquí para demostrar la verdad — su voz sonaba más firme de lo esperado.

La defensa había comenzado y, al menos por el momento, Alba había quedado en segundo plano.

La sala del tribunal estaba repleta, los murmullos de la gente, llenaban el ambiente con un murmullo constante de expectativa. Nora era una abogada conocida por su implacable habilidad en la defensa de sus clientes, pero era un día complicado, quizá uno de los más difíciles de su carrera. Se encontraba sentada tras la mesa y frente al juez, con una expresión que no dejaba entrever sus verdaderos pensamientos. Junto a ella, su fiel ayudante David que mantenía los ojos puestos en los documentos, pero, de vez en cuando, echaba un vistazo a Nora.

Defender a Luís Mencía, un empresario poderoso, acusado de maltratar brutalmente a su esposa, no era una tarea fácil. Pero los contratos firmados por el bufete la ataban a este caso. Un caso que le recordaba al de Alba, así que le resultaba imposible no pensar en ella. Nora creía firmemente en hacer justicia y con este caso no iba a hacer menos.

El juez entró y la sala se sumió en un silencio abrumador. Nora respiró profundamente, sabía lo que debía hacer, pero también sabía lo que quería hacer. Su dilema moral la consumía desde hacía semanas, pero estaba a punto de resolverlo de una forma que nadie en la sala se anticipaba.

—Señoría, si me permite, quisiera comenzar con una declaración inicial — comenzó a hablar Nora con una voz firme mientras caminaba hacia el centro de la sala.

El juez asintió y le dio el permiso que necesitaba, Nora respiró de nuevo, esta vez más profundo. Llenó sus pulmones al máximo de su capacidad y dejó salir el aire lentamente. Tenía un plan.

—La defensa reconoce los hechos presentados por la parte acusadora… — daba pasos gesticulando con sus manos — Sin embargo, creemos que las circunstancias del caso merecen una consideración profunda de la historia del señor Mencía — comenzó con un tono que parecía neutral, casi parecía conciliador, pero sus palabras eran afiladas y un preámbulo calculado.

David miró a Nora sorprendido, esa no era la línea de defensa que habían preparado. El plan inicial era desacreditar el testimonio de la mujer, su estrategia iba a ser insistir en la falta de pruebas contundentes, pero ella había decidido cambiar la estrategia segundos antes de empezar el juicio. Continuó hablando y su voz fue ganando fuerza con cada palabra.

—La defensa no niega que mi cliente, el señor Mencía, ha cometido actos de violencia contra su esposa. No podemos, ni debemos, ignorar la magnitud del sufrimiento infligido — continuaba dando pasos por la sala — No se trata de justificar lo injustificable, sino de confrontar la verdad con honestidad.

De repente, los murmullos en la sala crecieron, el juez tuvo que golpear con su mazo para restaurar el orden, pero incluso él parecía intrigado. Nora había conseguido captar toda la atención de los allí presentes.

—Sin embargo — continuó, giró sobre sus talones y clavó la mirada en su cliente —la defensa también solicita que este tribunal considere el impacto de una sentencia adecuada — su cliente se removió incómodo en la silla, su mirada era una mezcla de confusión y rabia — no solo para mi cliente, sino para la sociedad en general — volvió su atención al juez — una sentencia que envíe un mensaje claro de que la violencia de género no será tolerada, independientemente del poder o el dinero de quien la cometa.

Luís se inclinó hacía David, susurró airadamente, visiblemente molesto por el cambio de

actitud de Nora en su defensa, pero ella lo ignoró. Estaba centrada en su batalla.

David, captando la señal de Nora, empezó a entregarle una serie de documentos que contenían pruebas que, hasta ese momento, no habían considerado presentar, pero que ahora consideraban que era lo correcto.

—El señor Mencía debe enfrentar las consecuencias de sus actos — Nora se dirigió al juez directamente — propongo que, en lugar de buscar una absolución que no merece, este tribunal imponga una condena justa y que se ordene una compensación económica a la ex mujer de Mencía, para así, poder garantizar su seguridad y el bienestar futuro — concluyó.

El silencio se apoderó de la sala, todos estaban asombrados por el giro tan inesperado que había tomado la defensa.

Después de un breve receso, el juez anunció el veredicto. Luís Mencía fue condenado a seis años de prisión y una indemnización considerable a favor de su esposa.

—Lo hiciste, Nora — susurró David cuando el juicio llegó a su fin — lo has logrado, se ha hecho justicia.

Nora esbozó una leve sonrisa, más de alivio que de triunfo. Sabía que había hecho lo correcto, que había defendido a la justicia y no solo a su cliente por una cantidad millonaria. Y eso, para ella, era la única victoria que importaba.

Nora estaba sentada en el amplio sofá de su casa, una copa de vino tinto, descansaba sobre la mesa baja frente a ella. La tenue luz de la lámpara en la esquina del salón apenas iluminaba el montón de carpetas que tenía esparcidas sobre la mesa. Un auténtico caos de documentos legales. Había pasado la última hora repasando casos, sumida en el habitual vaivén de papeles que su trabajo le exigía casi a diario. Sin embargo, en ese momento, las palabras parecían deslizarse por las páginas sin sentido, como sombras difusas. Su mirada se detuvo sobre un nombre en particular, pero su mente no estaba allí, su mente estaba centrada en los movimientos de Alba bailando sobre el escenario de un club nocturno.

El reloj de pared colgado sobre su elegante chimenea, marcaba casi las doce de la noche. La ciudad estaba casi en silencio, solo el murmullo lejano de algún coche pasando cerca de su casa, rompía el silencio que disfrutaba en la privacidad de su casa. Pero en su interior, resonaba un único eco, la risa de Alba. Sus movimientos en el escenario del club, la manera en que sus ojos brillaban bajo las luces de neón, golpeaban con violencia su mente, haciendo que se desconcentrase cada pocos segundos.

Nora respiró hondo, intentando concentrarse en los documentos que tenía en sus manos. Cogió la copa de vino y dio un merecido sorbo, el sabor amargo de las uvas competía con la confusión que bailaba en su pecho. Cerró los ojos por un momento, imaginando a Alba deslizándose entre las sombras del club, bailando como si no hubiera nada más en el mundo que sus movimientos, como si estuviera hecha de deseo. Esa mezcla de fascinación y misterio que desprendía, se había convertido en una distracción fugaz que no podía ignorar. Todas las carpetas llenas de casos, esos documentos que necesitaban su atención, de pronto, parecían irrelevantes. Una sensación extraña se apoderó de ella, como si el aire del apartamento se hubiese vuelto pesado, difícil de respirar. ¿Por qué continuaba atrapada en su rutina de siempre, si cada parte de su cuerpo la empujaba hacia otro lugar?

Sin darle más vueltas, dejó la copa vacía sobre la mesa y se puso de pie. Sabía perfectamente a dónde ir. Caminó hasta su habitación, buscó algo sencillo y cómodo para ponerse y encontró el traje perfecto, discreto pero elegante. El suave sonido de sus tacones resonaba en el suelo a cada paso. Recogió sus cosas y caminó hasta la puerta con un paso decidido, se detuvo un segundo en

la entrada y observó su reflejo en el espejo. Sus ojos brillaban con una determinación que rara vez mostraba fuera de los juzgados.

—¿Qué estoy haciendo? — susurró para ella misma, casi con incredulidad.

Pero ya sabía la respuesta. Cerró la puerta tras ella y, el sonido de la puerta, disipó cualquier duda.

Nora entró y miró alrededor en busca de la joven, pero encima del escenario estaba actuando otra de las chicas. Caminó cabizbaja y se sentó en el taburete de la esquina de la barra, se pidió una copa y miró el espectáculo de ese momento. Volvió a observar a los hombres trajeados que se colocaban alrededor del escenario para berrear mientras la joven se movía al ritmo de la música. En realidad, era un mundo dantesco, bastante misógino y todo basado en un instinto primitivo del hombre. el presentador con pajarita de terciopelo, anunció el espectáculo de la noche, Nora espero ver a Alba salir entre las cortinas, una leve sonrisa se dibujó entre sus labios, pero no tardó en desaparecer cuando descubrió que no era ella. Miró la hora en su reloj y se golpeó mentalmente por haber ido con una esperanza perdida en algo que no entendía. Se bebió lo que le quedaba en la copa de un trago y bajó del taburete, pero cuando intentó dar un paso, sintió como una mano sujetaba su brazo.

—¿Qué quieres? ¿Por qué vienes a buscarme?

Nora se dio media vuelta y descubrió a la joven sujetándole por el brazo.

—¿Quién dice que vengo por ti?

—¡Ah!, ¿no? — se colocó frente a ella y se cruzó de brazos.

Nora la observó con cautela, su actitud le mostraba que estaba bastante molesta.

—Señorita, yo ya me iba… — le hizo una seña — le pido por favor, que me deje marcharme…

—¿Vais a joderme la vida? — preguntó con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Joderle la vida? — dio un paso hacia ella — le recuerdo que ganó el juicio gracias a mí, no entiendo porque ahora piensa que quiero joderle la vida.

—Porque sé que Garrido es un hombre poderoso y con dinero… — dio un paso más, eliminando la distancia que había entre ellas — ¿Cuánto le ha pagado para espiarme?

Nora tensó la mandíbula y eliminó por completo la distancia entre ellas, quedándose a escasos centímetros de su rostro. Se acercó para asegurarse de que fuese capaz de escuchar bien lo que tenía que decirle.

—No hay hombre que ponga precio a mi dignidad… — respiró profundo — ¿Tú puedes decir lo mismo?

—No me fio de la gente como tú — le dio dos golpecitos en el pecho con su dedo índice — sois hienas hambrientas… no os detenéis hasta que habéis acabado con vuestra presa.

Llegadas a esta altura, la conversación estaba superando cualquier nivel de tensión admisible. Nora volvió a descubrir un brillo de miedo bailando en su mirada y eso la desarmó.

—Mira Alba… — la sujetó con suavidad por los brazos y la guio para sentarse en unos de los taburetes junto a ella — no vengo de parte de nadie… vengo porque me preocupaba tu bienestar… — se apoyó en la barra — créeme cuando te digo que yo hice que ganases el juicio… tu abogado no es rival para mí y su defensa fue un desastre…

—¿Qué me quieres decir? — preguntó desconfiada.

—Solo he venido para comprobar que después de todo lo sucedido con Garrido, estabas bien.

—¿Me puedo fiar de ti?

Nora sonrió al descubrir, que debajo de un maquillaje casi exagerado y una ropa demasiado provocativa, no era más que una chica joven llena de inocencia.

—Hola… — extendió su mano — soy Nora Lázaro — Alba la miró con recelo — te prometo que solo he querido interesarme por tu bien… después de todo lo sucedido.

Alba miró su mano y, después de unos segundos, estrechó su mano también. El contacto de sus manos, provocó algo inusual, extraño, pero ninguna quería perder el contacto. El saludo duró más de lo normal y mientras sus manos continuaban unidas, sus miradas también continuaban en contacto.

—Yo soy Alba Suárez — respondió con una sonrisa encantadora.

—Lo sé… — Nora le respondió con una sonrisa similar — la he investigado, señorita.

—Así que me ha espiado en serio… — entrecerró los ojos y su tono era jocoso.

—Recuerde señorita, que soy abogada… — soltó su mano — y de las mejores.

—Ya veo… — se inclinó hacia ella — entonces, ¿estoy a salvo?

—Por mi parte sí… — señaló al público que continuaba gritando mientras otra chica bailaba — pero no respondo por todos esos orangutanes de ahí.

—A esos los tengo controlados — respondió mientras giraba sobre sus talones y se alejaba de ella.

Nora asintió sin perder la sonrisa y respiró varias veces intentando recuperar un ritmo normal.

—David, ¿hoy tenemos el juicio de la señora Jimena?

—Nora, ese juicio es la semana que viene — David la miró sorprendido — hoy tenemos el juicio de la constructora… — miró la agenda — el señor Salinas… y a las seis, tienes la reunión con la viuda de González.

—¿González? — levantó la mirada — ¿Qué quiere esa señora ahora?

—Pues busca consejo para repartir su herencia equitativamente entre sus hijos.

—Joder… — cerró el ordenador bruscamente — cuánto más tienen, más inútiles son.

Nora se levantó de su silla y comenzó a dar vueltas por su despacho como un felino enjaulado. Ella siempre había sido una mujer centrada, responsable en su trabajo, pero llevaba varios días que le resultaba imposible concentrarse.

Se encontraba en la gran sala del tribunal, tenía los codos apoyados en la mesa y los dedos entrelazados, intentaba hacer un esfuerzo por mantener la concentración. A su alrededor, la tensión era palpable. El caso que debía defender, no era un caso cualquiera, se trataba de una disputa compleja entre su cliente, un poderoso empresario llamado Arturo Salinas, y una entidad bancaria decidida a quedarse con su empresa por el retraso en los pagos de un crédito. El banco había contratado a uno de los abogados más feroces en temas económicos de la ciudad y Nora

sabía que debía estar en su mejor forma. Pero su mente no estaba donde debería estar. Su mente la distraía proyectando imágenes como un eco insistente de Alba. Recordaba la profundidad de su mirada y su sonrisa encantadora, a pesar de que tan solo hacía varios días que la conocía, su mente lo recordaba a la perfección. Habían intercambiado unas pocas palabras, a penas, pero había bastado para que Nora sintiese un latido diferente en su pecho al pensar en ella. Un latido que ahora la estaba atormentando cuando más necesitaba mantener la calma.

David, su ayudante, la observaba desde el otro lado de la mesa con cara de preocupación. Había trabajado con Nora el tiempo suficiente para saber cuándo las cosas no iban bien, cuando no estaba centrada. Y ese día, el joven futuro abogado, podía jurar que la mente de Nora se mantenía a kilómetros de distancia, perdida en algún pensamiento que nada tenía que ver con el caso.

El abogado del banco, un hombre con traje impecable y tono severo, se levantó para presentar el argumento final sobre su acusación. David notó que Nora no tenía la mirada fija en su contrincante, sino en la ventana de la sala que daba al parque, era como si esperara ver aparecer a alguien que nunca iba a llegar.

—Nora — susurró David con premura, inclinándose un poco hacía ella — Necesitamos que te centres… — señaló al abogado de la acusación — es el momento crítico del juicio.

Nora parpadeó y respiró hondo varias veces, lo suficiente para regresar de golpe al presente. Asintió sin desviar la mirada y David no dijo nada más, dando por hecho que estaba preparada. Sentía la cabeza pesada, como si una nube densa de pensamientos, envolviera su mente impidiendo que fuese capaz de concentrarse.

David, viendo que la situación empeoraba, decidió tomar la iniciativa. Se levantó de su silla, abrochándose el botón de su chaqueta y caminó hasta el centro de la sala. Se detuvo junto a Nora, miró hacía el estrado y, sin dudar, empezó a hablar.

—Señoría, permítame añadir algunos puntos esenciales a los que la acusación ha expuesto hasta ahora — comenzó su discurso con firmeza — Mi cliente, el señor Salinas, ha demostrado en repetidas ocasiones su buena fe al intentar renegociar los términos del contrato con la entidad bancaria — respiró hondo y antes de continuar, le guiñó un ojo a Nora — La defensa mantiene que estos retrasos en los pagos no son motivo suficiente para una medida tan drástica como la que se propone aquí hoy.

Nora lo observó, al principio le sorprendió su entereza, pero luego, reconociendo la intención de David por salvar la situación, se sintió orgullosa. Él había asumido el control del momento, dándole a ella el tiempo que necesitaba para recuperar la calma y enfocar toda su energía al caso.

David continuó relatando los argumentos que habían preparado juntos durante varios días antes. Su defensa se centraba en demostrar que el banco había actuado de mala fe al cambiar los términos de la renegociación a última hora y que eso había llevado a su cliente a una situación complicada. Ellos proponían un plan de pago viable y que el valor de la empresa, en cuestión, superaba con creces la deuda pendiente.

Nora aprovechó el tiempo que le brindó su compañero para respirar y organizar sus pensamientos. Cerró los ojos por un segundo y las imágenes de Alba continuaban proyectándose lentamente, hizo un sobre esfuerzo para arrinconar ese anhelo en el fondo de su mente. Necesitaba volver a la sala, al caso, a defender a su cliente. Cuando abrió los ojos, su mirada era clara y decidida, se puso de pie y colocó su mano en el hombro de David. Una forma cariñosa para agradecerle en silencio su intervención. Él le devolvió una sonrisa leve, entendiendo que era Nora ahora quien iba a tomar el control. Estaba lista.

—Gracias, David — dijo con su voz firma y decidida — Señoría, me gustaría añadir algo más

antes de concluir.

El juez asintió, interesado en escuchar lo que Nora, tenía que decir, ya que, era conocida por su agudeza.

—No podemos ignorar la evidente desproporción en la reacción de la entidad bancaria. Estamos hablando de una empresa que emplea a cientos de personas, una empresa que, a pesar de las dificultades, ha demostrado un compromiso constante con sus obligaciones — se dio media vuelta para mirar a su cliente antes de continuar — Esta no es una cuestión de incapacidad de pago, sino de un banco que, aprovechándose de su posición, intenta utilizar la demora en los pagos como una excusa para apoderarse de un activo valioso.

La sala se quedó en silencio, el abogado de la acusación, frunció el ceño visiblemente molesto. Nora sentía como había recuperado el control. Su discurso continuó con claridad y con la convicción suficiente para desmontar, uno a uno, todos los argumentos de la acusación. Finalmente, el juez tomó la palabra para anunciar un receso antes de emitir su veredicto. Nora se volvió hacia David, respirando aliviada.

—Gracias David… — le sonrió agradecida — no sé qué habría hecho hoy sin ti.

David sonrió y se encogió de hombros.

—Somos un equipo, ¿no?... — ensanchó su sonrisa — nos cubrimos las espaldas… por cierto… — se inclinó un poco hacía ella y susurró — quizá deberías hablar con la bailarina… Creo que no te la puedes quitar de la cabeza.

Nora no pudo evitar dedicarle una sonrisa de complicidad, sintiendo que, después de todo, el juicio más importante todavía estaba por venir, pero al menos hoy había ganado el que tenía enfrente. Y no había decepcionado a su cliente que se jugaba, el perder el sustento de su familia y de las familias de todos sus empleados.

Cerró la puerta del despacho con un golpe seco. Nora dejó caer su maletín de piel sobre la mesa de madera oscura y se dejó caer sobre su silla, tenía las manos temblorosas y el corazón latiendo con tanta fuerza que pensaba que se le saldría del pecho. Miró a través del gran ventanal que tenía tras ella y descubrió que, a pesar de todo, el bullicio de la ciudad, continuaba con su normalidad. El silencio que envolvía su despacho, llegaba a ser opresivo, como si el aire se hubiese detenido en el tiempo.

Había estado a punto de perder un juicio demasiado importante, algo que podía definir su carrera y destruir toda su reputación. Nora se frotó la sien, intentando calmar el dolor de cabeza que se le había instalado desde hacía varias horas. Reconocía lo que había sucedido. Sabía exactamente por qué su mente no había estado donde debía estar. Alba. La imagen de la bailarina aparecía una y otra vez en su cabeza, como un espectro que se negaba a desparecer de su mente. La había conocido hacía unas semanas antes, aquel encontronazo provocó una curiosidad en ella por conocerla, así que, decidió visitar el club donde trabajaba cada noche. Nora no esperaba encontrar nada especial allí, se perdió en la oscuridad del local y descubrió a Alba moviéndose sobre el escenario de una forma demasiado sensual. Desde ese momento, algo cambió en su interior.

Nora se tapó la cara con las manos y exhaló profundamente, se sentía llena de frustración. Se maldijo en silencio. ¿Cómo era posible que una joven que apenas conocía la tuviese tan desconcentrada? Se pasaba las horas del día perdida en sus propios pensamientos, sin ser capaz de concentrarse en su trabajo. Se levantó de su silla y comenzó a caminar dando vueltas por todo su despacho, se concentró en el eco de sus tacones que resonaba contra las paredes. Tenía que encontrar la fórmula para dejar de pensar en ella, pero le resultaba imposible. Cerró los ojos y su

mente, comenzó a proyectar imágenes de Alba. Su largo pelo cayendo por sus hombros, sus movimientos elegantes sobre el escenario, la forma en que sus ojos brillaban bajo las luces del club. Era como una adicción que no podía controlar, comenzaba a ser una obsesión que la estaba consumiendo por dentro.

—¿Qué me pasa? — susurró en voz alta y detuvo sus pasos en medio del despacho.

Sentía una mezcla extraña de enfado y desesperación. Estaba acostumbrada a enfrentarse a casos, realmente, difíciles, había lidiado con jueces implacables, con testigos hostiles e incluso con clientes manipuladores, pero nada de todo eso, la había preparado para lidiar con lo que estaba naciendo en su interior a causa de Alba. Era un auténtico descontrol de sus propios sentimientos.

Se apoyó contra la pared, cerró los ojos e intentó ahogar las imágenes que continuaba proyectando su mente. Recordó cada frase de la conversación que mantuvieron la otra noche en la barra del club, Alba sonrió varias veces y Nora descubrió que se le iluminaba la cara de una forma inesperada. Y ella se sintió vulnerable, como si todas sus defensas se hubieran desmoronado de golpe.

David intentó hablar con ella después del juicio, había tratado de animarla diciéndole que un día malo lo tenía cualquiera, pero Nora sabía que no era solo un mal día. Era Alba, siempre Alba. La misma razón por la que no había podido dormir bien en semanas o por la que no lograba mantener la concentración en su trabajo. Y lo que tenía claro, era que Alba, era la razón por la que su corazón latía a un ritmo diferente. Caminó hasta el gran ventanal de su despacho y observó la ciudad en silencio, pensando en lo absurdo que resultaba todo. Ella era una abogada de éxito, respetada por sus compañeros y, sin embargo, se sentía atrapada en sus propios deseos. Era como una adolescente enamorada por primera vez. Sentía una necesidad casi dolorosa de volver a verla, de escuchar su voz otra vez y, sobre todo, de perderse en esos ojos oscuros que la habían hechizado desde el primer momento.

CAPÍTULO 3

¿Te sorprende?

El día se hizo más largo de lo esperado, el agotamiento se notaba en sus ojos y su respiración era cada vez más pausada. Llegó hasta la puerta de su casa y metió la llave en la cerradura, pero antes de girar para abrir, una idea se instaló en su cabeza. Sacó la llave y fue capaz de apresurar sus pasos a pesar de su cansancio. Condujo por las calles a una velocidad poco aconsejable, pero su intención era llegar a tiempo. Era llegar antes de la actuación de Alba. Entró y caminó hacia el mismo taburete de las otras veces, era el lugar perfecto para pasar desapercibida, pero daba la oportunidad de visualizar a la perfección cada espectáculo. Antes de pedir su copa, echó un vistazo y observó que quién bailaba sobre el escenario, era la chica morena que ya vio la otra vez. Levantó la mano llamando la atención del camarero y cuando fue a pedir lo de siempre, una voz la sorprendió.

—Que sean dos — Alba se colocó a su lado e indicó al camarero que sirviese dos copas de lo mismo — Me invitas a una copa, ¿no?

Nora la miró con una disimulada sonrisa y volvió a descubrir un brillo cautivador en su mirada.

—¿Tengo otra opción?

—La verdad es que no — respondió con una enorme sonrisa — no sabía que fueses asidua a estos lugares… — se sentó junto a ella en otro taburete — no tienes pinta de que te gusten este tipo de bailes.

—Y no me gustan — respondió sin dejar de mirarla.

—Pues, para no gustarte… — soltó una risita — es la tercera noche seguida que vienes a ver el espectáculo — señaló hacia el escenario.

—El espectáculo que me gusta no es ese.

La intensidad que desprendía la mirada de Nora, dejó sin palabras a Alba, que a pesar de que necesitaba confirmar lo que ella había entendido, prefirió guardar silencio. Tras unos segundos intensos, Alba sentía la necesidad de huir de su mirada, así que, desvió la atención hacia su vaso y bebió un trago largo. Pero cuando el líquido pasó por su garganta, sintió como ardía a su paso.

—Buaajjj — tosió varias veces — ¿Qué clase de veneno bebes? — dijo mirando el vaso fijamente.

Nora por su parte, comenzó a reír a carcajadas al descubrir una mueca infantil en su rostro.

—Es una copa de Macallan… — levantó su copa y bebió saboreando el líquido en su boca — un whisky madurado en barricas de roble blanco durante doce años — metió la nariz y disfrutó del aroma — un olor fresco… que tiene matices de miel, nueces, vainilla… — dio un pequeño sorbo — y en boca, deja una mezcla de aroma a naranja y a Jerez… — desvió su mirada y fijó sus ojos en los ojos avellana de Alba — toda una delicia… — musitó.

Alba apretó sus labios y escondió una sonrisa, descubrir la pasión con la que Nora era capaz

de describir una copa de whisky, alentaba a su mente de una manera algo pecaminosa.

Se mantuvieron en silencio durante varios minutos, Nora fijó su mirada al frente y disfrutó de su copa, mientras que Alba, de vez en cuando, la miraba de reojo.

—¿No es tu turno? — Nora miró su reloj.

—¿Mi turno para qué? — preguntó extrañada.

—Para salir a bailar — la miró fijamente.

—No, hoy no me toca bailar… — se giró de lado quedando frente a ella — así que no solo vienes por el buen whisky del lugar… — sonrió y se inclinó hacía ella — también vienes a ver un buen espectáculo.

Nora se contagió de su sonrisa y, sin poder evitarlo, comenzó a reír sonoramente. Volvió a beber de su copa y su sonrisa se escondió tras el vaso de cristal, acababa de ser descubierta, pero de alguna manera lo estaba disfrutando.

—Y si hoy no te tocaba bailar… — comenzó a preguntar Nora — ¿Qué haces aquí?

—Solo quería comprobar algo.

—¿El qué? — preguntó curiosa.

Alba volvió a beber de su copa y repitió la misma cara de asco que la primera vez que lo probó.

—Que tienes un paladar atrofiado… — empujó el vaso de whisky lejos de ella — buaj… — bajó del taburete y se giró para mirar a Nora — bueno, me voy… — sonrió — ya es hora de disfrutar de mi noche libre.

—Yo también me voy — Nora se terminó su copa de un trago y también bajó de su taburete.

—¿Tan pronto? — miró hacía el escenario — todavía quedan chicas por salir.

—No me interesa ninguna de ellas — respondió sonriendo mientras recogía sus cosas y se colaba entre la gente para salir del local.

Alba se quedó plantada en el mismo sitio junto a la barra y desde su posición, observó como Nora se alejó de ella contoneando las caderas de una forma demasiado sugerente para pasar desapercibida.

Alba estaba tan centrada en la pantalla de su teléfono móvil, que no era consciente de lo que sucedía alrededor suyo. Cuando se terminó su café doble, se levantó de la silla y caminó hacia la salida sin apartar los ojos de su teléfono, pero el chico que salió antes que ella, empujó la puerta sin darse cuenta de su presencia. Continuaba tan concentrada, que no se dio cuenta de que la puerta se movía con rapidez hacía ella, pero antes de que le diese tiempo a reaccionar, una mano frenó la puerta evitando una posible catástrofe. Alba al darse cuenta de que acababa de ser salvada de un posible golpe, se dio media vuelta para descubrir a su salvador y, para su sorpresa, se quedó a pocos centímetros del rostro de Nora.

—¿Nora? — susurró sorprendida.

—Hola… — respondió con una enorme sonrisa — deberías estar más atenta.

—Ya… iba un poco distraída.

—¿Y qué tendrá ese teléfono tan importante para distraerte de esa forma?

—Las notas del semestre de la universidad.

—¿Universidad? — preguntó extrañada.

—¿De verdad pensabas que bailaba por placer? — Nora se encogió de hombros — ese trabajo me permite pagar las cuotas de la universidad.

Nora se quedó en silencio durante unos segundos, necesitaba gestionar la información que acababa de darle.

—¿Tienes prisa? — preguntó de pronto — te invito a un café — hizo un ademán invitándola a entrar de nuevo en la cafetería.

Alba se quedó observando su mano unos segundos, luego sus ojos se desviaron hasta encontrarse con la verde mirada de Nora, descubrir su propio reflejo removió algo en su interior y no fue capaz de negarse.

—Pero pagas tú — dijo luciendo su mejor sonrisa.

—Puedes pedir lo que quieras… — comenzó a caminar detrás de ella — corre de mi cuenta.

Alba caminó entre las mesas y, para sorpresa de Nora, no volvió a la mesa donde estaba sentada minutos antes, sino que buscó una mesa más privada. La cafetería llevaba poco tiempo abierta, pero el café era de los mejores de la ciudad, además era de los pocos locales que el ambiente musical era agradable y muy acertado. Nora la descubrió un día que necesitaba respirar fuera de su despacho, caminó durante un buen rato y sus pasos la llevaron hasta la puerta. Desde entonces, se escapaba hasta allí cada vez que tenía la oportunidad. Sin embargo, para Alba era su

cafetería habitual, ella vivía a tan solo dos calles del lugar, así que, la visitaba casi todos los días.

—¿Y qué haces por aquí?

—Tomar mi segundo café del día — levantó su taza e hizo una mueca graciosa — vivo muy cerca de aquí — terminó por confesar — ¿Y tú? Vengo casi todos los días y no te he visto nunca.

—Pues es bastante extraño… — Nora dio un sorbo a su café y continuó — descubrí este lugar hace unas semanas y también vengo casi todos los días.

—Entonces será cuestión de horarios diferentes.

—Hablando de horarios… — se apoyó sobre la mesa con ambos codos — ¿Qué estudias?

—Pues estoy a punto de terminar la carrera de trabajadora social — Alba se fijó en la cara que puso Nora — ¿Te sorprende?

—No puedo negar que un poco sí… — volvió a beber de su taza.

—¿Qué pensabas que hacía durante el día?

—¿Dormir? — preguntó enarbolando una preciosa sonrisa — ejercitar el cuerpo — la miró de arriba abajo descaradamente.

—Ejercito mi cuerpo cada vez que tengo ocasión… — respondió con una arrogancia divertida — y, créeme, duermo menos de lo que me gustaría, entre los espectáculos de baile seis noches a la semana, las prácticas como becaria y el final de carrera… — jugó con la servilleta entre sus dedos — me faltan horas de sueño.

—¡Vaya! Y yo entreteniéndote cuando podías estar descansando.

—Tranquila, esta noche he dormido como una niña buena.

—Me parece a mí, que eres muchas cosas menos una niña buena.

Ambas se quedaron perdidas en sus miradas, simplemente disfrutando de su compañía.

—¿Y qué me cuentas de ti? — preguntó Alba rompiendo el silencio.

—¿Qué quieres saber?

—No sé… — entre cerró los ojos — ¿Qué quieres contarme?

—Pues…

—Pero que no sea que te gusta ir al cine, a restaurantes de autor y que lees novelas de intriga en tus ratos libres… — ensanchó su sonrisa — nada de esas mierdas… — se inclinó sobre la mesa para acercarse un poco más a ella — algo interesante de verdad.

—Quiero dejar el despacho — pronunció cada una de las palabras sin pensarlo mucho — dedicarme a defender a gente que lo necesita de verdad, gente sin recursos.

—¡¡Vaya!! Eso no me lo esperaba, ¿dejarías tu vida llena de comodidades para ayudar a gente necesitada?

—Por eso estudié derecho — sentenció dándole su último sorbo al café — y tampoco creas que hay tantas comodidades en mi vida.

Alba sonrió maliciosamente.

—¿Estás segura? — le guiñó un ojo — si me enseñas tu medio de transporte y resulta que es más barato que esto… — sacó su abono de transporte público — te invito a café durante una semana.

Nora soltó varias carcajadas y negó con la cabeza de manera divertida, pensó varias opciones antes de sacar las llaves de su coche y dejarlas sobre la mesa.

—Juegas con ventaja — apoyó la espalda sobre el respaldo de su silla.

—¡Vaya! Un todoterreno… — soltó una carcajada — esperaba un deportivo o algo así…

—¿Quién dice que solo tengo un coche? — ahora fue su turno para usar su tono más arrogante.

—Me debes dos semanas de café.

—¡Era una semana! — exclamó.

—Eres una mujer de recursos… — se terminó el café — y yo no… — volvió a guiñar un ojo — dos semanas.

Finalmente, al despedirse frente a la cafetería, Nora acarició suavemente la mano de Alba y, con un atrevimiento que no era propio de ella, se acercó para dejar un tierno beso en su mejilla.

—Quiero verte de nuevo — musitó casi en un susurro.

Alba sonrió con ese brillo en sus ojos que había capturado la atención de Nora desde el primer momento.

—Yo también, abogada… — ensanchó su sonrisa — yo también.

Y mientras Alba se alejaba, se dio cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, había encontrado algo que quería explorar, algo que no podía ser contenido en el rígido marco de su vida ordenada y correcta.

Nora estaba sentada en la punta de la mesa de reuniones, su gesto era serio, pero su mirada se desviaba constantemente hacia el reloj colgado en la pared. La voz monótona del cliente sentado frente a ella, se iba deslizando en la lejanía, sus palabras estaban cargadas de tecnicismos legales que deberían importarle, pero que en ese momento le sonaban vacías y vulgares.

Llevaba más de cuarenta minutos ahí, una larga reunión que debería haber solucionado en la mitad de tiempo. Tan solo era una rápida revisión sobre un caso de fraude. Un caso sencillo, rutinario. Pero el cliente estaba visiblemente angustiado y estaba empeñado en repasar cada detalle. Sin embargo, para ella, estaba siendo una pérdida de tiempo. Y era un tiempo que no podía permitirse perder. Miró otra vez el reloj, esas agujas se movían con la cruel lentitud de quien sabe que se le escapan minutos valiosos. Nora trató de concentrarse en su cliente, frunció el ceño como si estuviese profundamente inmersa en las palabras del hombre, pero sus pensamientos continuaban estando lejos de allí. En otro lugar, que era donde realmente quería estar.

Cruzó las piernas bajo la mesa, inquieta, nerviosa al descubrir que el tiempo no pasaba tan rápido como necesitaba. Tenía que terminar pronto, pero cada pregunta del cliente alargaba la conversación más de lo necesario.

—No es tan difícil de entender — susurró mientras David volvía a explicarle por segunda vez, las opciones que tenía para salir del problema.

Ella volvió a mirar su reloj y hacía más de media hora que tendría que haber cruzado la puerta. Pero si la reunión con el cliente no terminaba, se le haría muy tarde. En algún momento, el hombre dejó de hablar y miró a Nora esperando una respuesta, pero a ella ese gesto la pilló por sorpresa. Parpadeó varias veces y forzó una sonrisa educada.

—Perdón, ¿puede repetir eso último? — dijo tratando de recuperar el hilo de una conversación interminable.

Pero en realidad, no importaba. Lo único que le importaba, era salir de esa sala cuanto antes. Solo quería que la maldita reunión terminase ya, necesitaba cerrar la carpeta y alejarse de su despacho, del cliente. De todo. Tenía su mente en otro lugar, uno donde todo lo que ese hombre le estaba contando, no tenía ni la más mínima importancia. Y cada minuto que pasaba en esa sala, era un minuto lejos de allí.

Nora llegó más tarde lo habitual, entró con la mirada puesta en su objetivo, su taburete junto a la barra frente a la pista de baile. Miró de reojo a quien bailaba y, tras descubrir que no era Alba, echó un vistazo rápido a los hombres que se colocaban alrededor de la pista. Le costaba entender como hombres que en su día a día regentaban puestos de éxito en posibles grandes empresas,

incluso en puestos de poder, bajo aquellos focos, se convertían en auténticos primates. Observó su comportamiento y sintió como le repugnaba descubrir que, para esos hombres, las chicas que bailaban sobre el escenario para ganarse la vida, no era más que un simple objeto para saciar los deseos de sus instintos más bajos. Negó con la cabeza y continuó su camino hasta llegar al taburete, una vez sentada, sonrió al camarero para llamar su atención.

—¿Lo de siempre? — preguntó el camarero devolviéndole la sonrisa.

—Sí, por favor.

Nora miró su teléfono para comprobar que no tenía más correos que responder y cuando se percató que el camarero llegó con su copa, lo guardó en su bolso. Quería centrarse en volver a ver a Alba, pero al llegar más tarde, no sabía si ya había bailado o no, y preguntarle al camarero, no le parecía lo más correcto.

—¿Qué haces aquí?

Alba la sorprendió antes de que fuese capaz de llevarse la copa a sus labios.

—Tomar una copa — levantó su copa antes de beber de ella.

—Nora, esto empieza a parecer acoso.

—¿Acoso? — sonrió de medio lado — desde que he entrado, me he sentado junto a la barra y no me he movido… — volvió a beber un trago de su copa — sin embargo, todos esos babosos que te han tocado para ponerte billetes en tu ropa… — apretó la mandíbula — esos solo están siendo cariñosos contigo, ¿no?

—Es mi trabajo — se defendió con un tono altanero.

—¡¡No!! — bajó del taburete y se acercó a ella — tu trabajo es proteger a los menores frente a injusticias y hacerles la vida menos dolorosa…

—Te recuerdo que soy una simple becaria y que no cobro por hacer todo el trabajo mientras algún funcionario hipócrita se pone la medalla… — dio un paso al frente — y necesito pagar las facturas — le golpeó con el dedo en su pecho varias veces.

Nora le sujetó el dedo para evitar que continuase golpeándola.

—Entonces, ven conmigo a mi despacho.

Alba dio un paso atrás y ladeó la cabeza mientras intentaba entender las intenciones de su propuesta.

—¿Qué? — preguntó completamente confundida.

—Claro, es una idea genial… — el rostro de Nora cambió completamente — así podrás dejar este club.

—En tu firma no tenéis becarios… — negó con la cabeza — yo necesito este trabajo para pagar muchas facturas… además… — bajó la mirada al suelo — todavía estoy pagando el crédito para mis estudios…

—Yo me haré cargo de todo — dijo con entusiasmo y sujetó suavemente a Alba por los brazos.

—¿Por qué harías eso? — preguntó mientras se perdía en la profundidad de sus ojos — ¿Para qué solo baile para ti? — soltó en medio de una sonrisa nerviosa.

Nora se quedó estática, como si sus palabras acabasen de golpear en su sistema nervioso central y sus músculos se petrificasen. Su respiración desapareció súbitamente y sus oídos se ensordecieron a pesar del alto volumen de la música del club. Cuando su mente fue capaz de gestionar cada una de esas palabras, fue consciente del huracán que revolucionaba todo su interior. Su respiración volvió de una manera agitada, soltó los brazos de Alba y salió de allí lo más rápido que sus pies le ofrecieron.

—¡¡Nora!! — intentó llamar su atención, pero la música no ayudó.

Alba corrió detrás para intentar detenerla, pero cuando salió por la puerta, no consiguió verla. Nora había sido realmente rápida.

El reloj sobre su mesita de noche, marcaba las seis de la mañana. Nora se acababa de despertar por un sobresalto inesperado. La habitación todavía se encontraba en penumbra, pero los primeros destellos de luz comenzaban a filtrarse a través de las cortinas. Se sentó en el borde de la cama, sintiendo la calidez de las sábanas contra su cuerpo, había soñado con Alba, una vez más. Era un sueño confuso, lleno de risas y susurros entre las luces de neón y música estridente. Se despertó con el corazón acelerado, latía tan deprisa que pensaba que se le iba a salir del pecho. Una sensación agridulce en el pecho que no sabía cómo manejar. Suspiró y se pasó una mano por la cara, se frotó los ojos tratando de despejarse. Era extraño, normalmente, a esa hora, Nora ya estaba preparada para enfrentar su día. Estaría revisando sus casos, contestando correos urgentes, planificando estrategias, pero esa mañana no sentía la necesidad de estar activa tan temprano. Había algo dentro de ella que no la dejaba tranquila, era una inquietud persistente que no se apagaba.

Caminó descalza hasta el baño, el suelo frío la estaba despertando un poco más. Se miró en el espejo, quizá buscando alguna respuesta en su propio reflejo. Se sentía ajena a sí misma, como si el espejo le devolviese la imagen de una persona que no reconocía del todo. ¿Cuándo había empezado a sentirse así? Desde que Alba apareció en su vida, todo parecía distinto, como si su mundo hubiera perdido el equilibrio. Se duchó rápidamente, pero incluso el agua caliente que recorría su cuerpo no la relajó. No sirvió de nada. Se vistió con calma, eligiendo una camisa de color marfil y unos pantalones oscuros. Nada de trajes formales, no tenía intención de ir a la oficina. No tenía muy claro lo que iba a hacer, pero necesitaba salir de su casa, necesitaba respirar aire puro, tranquilidad. Buscar esa paz mental necesaria para aclarar sus ideas. Se colocó su abrigo y salió a la calle decidida, sonrió al sentir el aire fresco de la mañana en su cara. Caminó sin rumbo fijo, permitiendo que fuesen sus pies quienes decidiesen su destino. El tráfico comenzaba a llenar las calles, el bullicio de la cuidad iba despertando con cada minuto que pasaba. Nora se perdió en sus pensamientos, el sonido de los coches y las voces de las personas con quien se cruzaba, acabó convirtiéndose en un murmullo lejano. Caminó durante un buen rato hasta llegar a su cafetería favorita, una pequeña joya escondida en una esquina tranquila. Cada vez que entraba, sentía una paz especial, como si el tiempo se detuviese entre el aroma del café recién molido y las suaves notas de jazz que llenaban el ambiente. Pero, incluso en un lugar tan familiar para ella, su corazón no encontraba sosiego. Se acercó al mostrador y mientras caminaba, echó un vistazo recorriendo todo el local buscando a Alba.

—¿Qué estás haciendo?

Se recriminó en silencio. Alba no tenía ninguna razón para estar allí, seguro a esas horas todavía dormía o estaría en la universidad, su vida transcurría en otros horarios. Sin embargo, no podía evitar esperar verla, porque era lo que deseaba en realidad. Esperaba que el destino hubiese confabulado para unir sus caminos de nuevo inesperadamente.

—¿Lo de siempre? — preguntó el camarero luciendo una sonrisa amable.

La pregunta del joven camarero, la sacó de sus pensamientos.

—Sí, gracias — respondió con una sonrisa casi forzada.

Se sentó en una mesa junto a la ventana, desde donde podía ver la calle. Observaba a la gente

que iba y venía, algunos con pasos apresurados, otros como si daban un paseo y alguno despistado. Sujetaba la taza de café caliente entre sus manos, disfrutaba de su aroma y de su sabor arábico. Volvió a pensar en Alba, en su risa, en sus ojos oscuros, que parecía que podía ver a través de ella cada vez que la miraba fijamente.

La conoció por casualidad en los baños del juzgado por un tropiezo fortuito. Una coincidencia o un capricho del destino. Pero desde ese primer encuentro, Nora no podía sacársela de la cabeza. Había algo en Alba, algo que desafiaba todo lo que ella creía conocer de sí misma. Era una joven llena de energía y Nora llevaba tiempo sin reconocer que no era feliz. Aquella energía que desprendía, por alguna razón, la hacía sentir viva de una forma que no había experimentado en mucho tiempo. Llevaba así semanas, distraída, perdiéndose en sus propios pensamientos. Había cometido algún error en el trabajo, resultando menos eficiente de lo normal y menos precisa. Y, sin embargo, no podía dejar de pensar en ella. Tomó un sorbo de café y observó su propio reflejo en el cristal de la ventana y se dio cuenta de que ni siquiera recordaba qué día era. ¿Cuándo fue la última vez que se había sentido así?

Su teléfono sonó en su bolsillo, interrumpiendo el flujo de sus pensamientos. Lo sacó con desgana y vio el nombre que brillaba en la pantalla, Tessa, su hermana pequeña. Nora dudó. Mantenía una buena relación con su hermana, pero en ese momento no le apetecía hablar con nadie. Ignoró la llamada y dejó el teléfono sobre la mesa. Quería estar sola con sus pensamientos, más bien, necesitaba esa soledad. Necesitaba encontrar la forma de gestionar esa tormenta de emociones que no sabía cómo manejar.

Terminó su café y se levantó para continuar con su paseo por la ciudad. Atravesó parques y avenidas, seguía caminando sin rumbo definido. El sol ya se alzaba alto en el cielo y el bullicio de la ciudad se intensificaba a medida que avanzaba el día. Pero Nora apenas lo notaba, su mente continuaba en otra parte. Atrapada en recuerdos y deseos que la confundían. Pasó por una pequeña librería, se detuvo y sus ojos recorrieron todos los títulos que mostraba la vitrina llena de novelas románticas y libros de poesía. Pensó en entrar y perderse entre las estanterías, pero luego cambió de idea, no sería capaz de concentrarse lo suficiente para disfrutar de la lectura. Siguió caminando.

Las horas pasaron y el sol comenzó a descender en el horizonte. Nora se dio cuenta de que había estado caminando todo el día sin rumbo por toda la ciudad. Perdiendo el tiempo, perdida en sus pensamientos. Su teléfono había sonado varias veces, llamadas de su despacho, correos de David, mensajes de Tessa preguntando donde estaba, pero no respondió a ninguna. Pensó que no tenía nada que ofrecerle al bufete en ese estado. Finalmente, se encontró de nuevo frente al club donde bailaba Alba, pero estaba cerrado por la hora que era. Pero, aun así, se detuvo y con su mirada fija en la puerta, permaneció allí varios minutos. Se preguntó si era buena idea volver a verla, ¿estaba siendo insensata? ¿Estaba buscando algo que no existía?

—Tal vez solo necesito hablar con ella — musitó — volver a verla para entender qué me está pasando.

Se encontraba en una encrucijada, atrapada entre su vida organizada y predecible y ese torbellino de emociones que Alba había desatado. Pero era algo que no podía seguir ignorándolo, no podía seguir huyendo de lo que sentía.

Ella continuaba paseando por los rincones más bonitos de la cuidad, mientras el sol se escondía y las luces de la ciudad comenzaban a encenderse, Nora tomó una decisión. Necesitaba respuestas y, por primera vez en mucho tiempo, estaba dispuesta a arriesgarse para encontrarlas.

CAPÍTULO 4

Es mi cumpleaños

Nora entró y se sentó en la barra, en el mismo taburete de siempre. Pidió una copa de su whisky favorito y esperó a que llegase la actuación de Alba, al poco rato, el animador anunció que llegaba la actuación estrella de la noche y el público se desató en gritos y abucheos. Por alguna razón que todavía no asimilaba, ese entusiasmo que presentaban todos los hombres al ver a Alba encima del escenario, encendió su ira disimuladamente. Las primeras notas musicales comenzaban a sonar por los grandes altavoces y las caderas de Alba comenzaban a moverse de forma sensual. Nora se quedaba hipnotizada cada vez que Alba repetía esos movimientos, había visto su actuación tantas veces en las últimas semanas, que sería capaz de hacer el baile completo. Cada vez que Alba se arrodillaba en el suelo, un hombre que vestía traje italiano, gritaba obscenidades y lanzaba billetes mientras le pedía que se moviese más. Nora sujetó su copa con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron blancos de la presión, cada vez soportaba menos ver como todos aquellos hombres babeaban por ella.

—No entiendo porque no deja este trabajo ya… — susurró antes de beber de su copa.

Se apoyó sobre la barra con los dos codos y escondió la cabeza entre sus manos. Su respiración se aceleró y sintió como su pecho subía y bajaba violentamente. Salió de su escondite y, de reojo, volvió a observar cómo se movía Alba sobre aquel ridículo escenario. Los hombres continuaban jadeando a sus pies. Un hombre con visibles signos de estar muy ebrio, se acercó más de la cuenta y le soltó una cachetada en el trasero. Nora bajó del taburete con intención de explicarle a ese baboso como hay que tratar a las mujeres, pero antes de que fuese capaz de dar un paso, dos grandes hombres vestidos de negro, lo sujetaron por los brazos, lo arrastraron hasta la puerta y lo lanzaron a la calle con muy poca delicadeza. Nora volvió su atención hacía Alba, que continuaba bailando como si nada, señal de que una situación así, era más común de lo que le gustaría. Volvió a beber de su copa y esperó paciente hasta que su show terminase.

Cuando las luces del escenario se apagaron, una remota idea pasó por la mente de Nora.

—¡¡Perdona!! — llamo la atención del camarero — ¿Qué tengo que hacer para disfrutar de algún baile con alguna chica?

—Pagar por un pase privado y elegir a la chica… — el camarero continuaba secando los vasos — pero hay normas que cumplir, nada de tocar a las chicas, ni bien ni mal… ¿Entiendes? — Nora asintió — no se puede practicar sexo, ni nada que se le parezca… — dejó el trapo y se inclinó sobre la barra — ¿Quieres un pase privado?

Nora entró y observó la decoración de la habitación, lejos quedaba el buen gusto, demasiadas cosas que brillaban y muchos espejos. Pensó que, para no poder practicar sexo en las salas privadas, todo incitaba a tenerlo. Se sentó en medio del sofá tapizado en tela roja, miró al frente y se vio reflejada en uno de los enormes espejos colgados de las paredes. Intentó calmar sus

nervios controlando la respiración, pero no fue suficiente, así que intentó levantarse y el ruido de la puerta detuvo sus intenciones.

—¿Nora? — preguntó desconcertada — ¿Tú?

—¿Te sorprende? — Nora se levantó y sus gestos destilaban soberbia — cualquiera puede pagar por tus servicios, ¿no? — caminó alrededor de ella y la miró de arriba abajo — ¿Por qué yo no?

Alba respiró profundo y la observó a través de los espejos.

—Pues tendrás tu baile — la empujó obligándola a sentarse en el sofá — por eso has pagado, ¿no?

Alba presionó un botón de un mando que había sobre un lateral del sofá, una canción comenzó a sonar y su cuerpo se movía de forma muy sensual al sonido de cada nota. Nora se quedó estática mirando fijamente cada uno de sus movimientos, su respiración comenzó a agitarse al descubrir que la joven chica que chocó con ella, tan solo unas semanas atrás, podía llegar a ser muy sexy. La música subió el ritmo y sus movimientos también subieron el ritmo, provocando que el corazón de Nora se saltase algún latido. Alba descubrió un brillo de deseo en sus ojos y cuando se fijó un poco mejor, observó cómo sus pupilas se dilataban en su máxima expansión. Había conseguido su cometido, tener a Nora bajo su encanto. Se acercó un poco más y se atrevió a tocar su cuerpo, gestos que agitaban cada vez más su respiración. Se mordió el labio inferior al ver como Nora tragaba saliva con dificultad, su acercamiento la estaba poniendo nerviosa y ella iba a aprovechar esta ocasión. Se inclinó entre sus piernas y se movió tan cerca de su cuerpo, que Nora podía jurar que la estaba rozando. Ella continuaba moviéndose con sensualidad, puso una pierna a cada lado de Nora y se subió a horcajadas. Nora tuvo que hacer un sobre esfuerzo y sentarse sobre sus manos para no tocarla, a pesar del momento de tensión que estaba viviendo, recordaba perfectamente las normas y con ella no iba a romperlas. Con Alba jamás. Sus movimientos eran cada vez más lentos y su respiración también comenzó a agitarse, el juego de intentar alterar a la abogada, resultó ser una navaja de doble filo. Ella se había excitado igual o más que Nora. La canción llegó al final y Alba se quedó a tan solo unos centímetros de su boca y sus ojos se desviaron hacia sus labios. Nora apreció ese pequeño gesto y pasó, lentamente, la punta de su lengua para humedecer sus labios.

—¿Qué te sucede?

—Estoy pensando… — Alba se mordió el labio inferior.

—¿En qué?

—En tus labios — sus ojos volvieron a perderse en la profundidad del verde esmeralda de la mirada de Nora.

—¿Qué les pasa a mis labios?

—Están gritando que los devore…

—¿Y por qué tardas tanto?

Alba respiró profundo con una fuerza contenida que provocó que su aliento chocara contra la fina piel de sus labios. Un silencio intenso se instaló entre ellas. Las manos de Nora continuaban sobre las caderas de Alba, no hizo más presión, no las movió, pensó que un movimiento en falso, terminaría con la magia del momento. Pero, de repente, Alba hizo un movimiento enérgico y se incorporó, alejándose de Nora, procurando una distancia prudencial entre ellas.

—¿Qué pasa? — Nora se levantó e intentó acercarse a ella sin éxito — ¿Alba?

—No puedo… estamos en mi trabajo… y has pagado — la miró fijamente.

—He pagado por un baile — musitó con recelo.

—Y he bailado — se dio media vuelta con intención de salir de la habitación privada.

—¡¡Espera!! — intentó detenerla sin éxito.

—Aquí no… — se zafó de su suave agarre y salió, dejando a Nora completamente desconcertada y sola.

Nora se sentó en el sillón de su despacho, un sillón de cuero negro que se alzaba como un trono en la penumbra de su despacho. Respiró hondo y, durante un breve segundo, cerró los ojos e intentó calmar su ansiedad, debía prepararse para enfrentar el día que tanto había estado temiendo. Su teléfono móvil, sonó por enésima vez, lo sacó de su bolsillo y lo dejó sobre su mesa. Lo empujó un poco más lejos de ella al observar el número de notificaciones que brillaba en la pantalla. Su teléfono estaba lleno de mensajes, llamadas perdidas, correos electrónicos por encima de la posibilidad de responder a todo, y todo ello con un mismo propósito, desearle un feliz cumpleaños.

Era una abogada reconocida y esa fama concedía el privilegio a su despacho a ser uno de los mejores de la ciudad. Sus colegas la respetaban, no solo por su inteligencia afilada y su capacidad de trabajo casi inhumana, sino también por su pragmatismo casi brutal. Pero había una cosa que Nora detestaba con fervor, y era ser el centro de atención. Así que, cada cumpleaños, intentaba esconderse y huir de una vida social animada, pero esta vez, era peor. Supo que el rumor de su cumpleaños había corrido por toda la oficina como la pólvora y la misión que se había propuesto era esquivar cualquier intento de felicitación por parte de cualquiera.

—Un cumpleaños es solo una fecha más — susurró mirando como su teléfono continuaba vibrando.

David, su joven ayudante, tocó suavemente a la puerta dando dos simples golpes y antes de obtener respuesta, asomó la cabeza con su característico pelo desordenado y su sonrisa encantadora. Nora ni tan siquiera levantó la mirada de los documentos que revisaba con una concentración fingida.

—Nora… — musitó con un tono que descubría sus intenciones desde la primera letra.

—No — respondió contando en secó su intención — No quiero nada, David — continuó sin darle tiempo a completar la frase.

Él ensanchó su sonrisa, acostumbrado a la dureza de la voz de su jefa cuando solo quería soledad.

—Vamos, Nora… — se atrevió a entrar por completo al despacho y cerró la puerta — No puedes evitar que todos te feliciten por tu cumpleaños… — taconeó un poco nervioso — al menos… acepta un café por mi parte… — dijo sin dejar de sonreír.

Nora levantó la vista de esos documentos y centró toda su atención al joven chico plantado

frente a ella. Alzó una ceja y luego, después de unos segundos de vacilación, suspiró profundo.

—Un café está bien… — ladeó la cabeza y luego le lanzó una mirada inquisidora — pero nada más… — lo señaló con el dedo de forma amenazante — y no quiero tarjetas, ni globos, ni pasteles, ¿me has oído?

David alzó las manos como un gesto de rendición.

—Prometido… — sonrió de medio lado — una café y nada más.

David desapareció por la puerta, con la misma rapidez con la que había aparecido y se fue ilusionado porque Nora había aceptado su regalo simbólico. Ella sintió, sin embargo, un leve alivio al quedarse sola una vez más en la soledad de su despacho. Pero sabía que esa era solo la primera de las muchas batallas a las que debería librar ese día. Poco después, mientras revisaba una montaña interminable de documentación de sus casos, recibió una llamada. Le sirvió un simple vistazo rápido a la pantalla de su móvil para reconocer a quién pertenecía ese número. Su hermana Tessa le hacía la quinta llamada de la mañana, dudó en contestar, pero la conocía perfectamente y sabía que era persistente. Si no respondía, era capaz de presentarse en su despacho.

—¿Qué pasa Tessa? — saludó Nora con un tono neutro, tratando de sonar ocupada.

—¡Feliz cumpleaños, vieja amargada! — gritó Tessa al otro lado de la línea, con una energía que ya era habitual en ella — ¿Qué planes tienes para hoy?

—Ninguno — respondió tajante — y no pienso hacer nada.

—¡Ah! No, no, no… — intervino — no vas a librarte de mí tan fácilmente en el día de tu cumpleaños — respiró hondo — Estoy segura de que estás escondida en tu despacho… — Nora enarboló una sonrisa imperceptible — evitando cualquier tipo de felicitación por parte de la gente del equipo.

—Correcto — respondió ensanchando la sonrisa

—Pues olvídate de eso… — dijo firmemente — porque hoy voy a secuestrarte para que me invites a comer… — soltó una risita — me apetece algo discreto… y lo prometo, nada de canciones, ni velas, ni nada que describa la felicidad por cumplir años. Sólo tú y yo.

—No, Tessa — negó con energía — tengo mucho trabajo… además tengo varias reuniones.

—Estoy con David y me ha enseñado tu agenda — subió un poco el tono — te ha despejado el día de hoy para que lo puedas compartir con tu hermana favorita.

—No tengo más hermanas.

Nora sintió un pellizco en la boca del estómago. Tessa siempre había sido más audaz que ella, y la conocía bien, no se iba a dar por vencida tan fácil. Aun así, decidió utilizar la última resistencia que le quedaba.

—Tessa, de verdad, no quiero…

—Tarde, ya estoy en la puerta del ascensor… — su tono de voz era autoritario — te doy cinco minutos para que recojas tus cosas y vengas hasta aquí… O soy capaz de montarte una fiesta de cumpleaños y hacer partícipe a todo el mundo del despacho… — guardó silencio durante un segundo — será un escándalo… saldrá en prensa y sabes que soy capaz.

Nora cerró los ojos y masajeó el puente de su nariz. Sabía que Tessa no estaba bromeando. Tras unos segundos gestionando las opciones que tenía, accedió llena de resignación.

—Está bien… — exhaló todo el aire que contenía sus pulmones — dame cinco minutos.

Dejó el teléfono sobre su mesa, se levantó de su sillón y empezó a recoger sus cosas para salir de su despacho, antes de que a su hermana le diese tiempo a montar una fiesta en la recepción. Nora abrió la puerta y se encontró a David plantado frente a ella con una sonrisa que le delataba.

—¿Te vas?

—Me han secuestrado — respondió con una sonrisa a medias — y la culpa es tuya.

David soltó una risita mientas ella se dirigía hacia los ascensores. Nora caminó por los pasillos del bufete con la cabeza en alto, evitando las miradas y los saludos. Llegó hasta el pasillo que la llevaba junto a su hermana y se encontró a Tessa saludándola con la mano en alto y una sonrisa tan amplia que casi iluminaba el lugar. Tessa era siempre muy vibrante, cuando llegó a su lado, la abrazó con mucha efusividad y Nora intentó corresponder, pero no le hacía gracia.

—Vamos, te prometo que no va a ser nada divertido… — dijo Tessa, guiándola hacia el ascensor — vas a tener tu día aburrido de cumpleaños como siempre… — presionó el botón — he reservado en un restaurante pequeño, íntimo y nada escandaloso… como a ti te gusta.

Nora dejó escapar un suspiro, era más de resignación que de fastidio, simplemente se dejó arrastrar por su hermana.

Llegaron al restaurante y era cierto, era un lugar pequeño y acogedor, alejado de la zona más activa de la ciudad. Era una decoración sencilla, las mesas eran de madera oscura y las luces eran cálidas. A pesar de su reticencia inicial, Nora se sintió más relajada al ver que, efectivamente, no había signos de una celebración pública. Se sentaron y el camarero trajo la carta. Tessa le sonrió a su hermana, quien todavía mantenía una expresión de serenidad.

—Gracias por esto, Tessa… — dijo Nora finalmente, con una voz más suave y tierna — Sabes que no me gustan estas cosas, pero… me alegra estar aquí contigo.

Tessa sonrió con un brillo de triunfo en los ojos.

—Lo sé… — estiró una mano por encima de la mesa — todos necesitamos un poco de amor de vez en cuando… — entrelazó su mano con la de Nora — incluso tú, hermanita mayor.

Mientras el camarero servía dos copas de vino, Nora se permitió relajar los hombros y disfrutar, al menos por un momento, de la compañía de su hermana. Y aunque odiaba admitirlo, sintió que tal vez ese pequeño gesto de amor fraternal era justo lo que necesitaba en ese día que tanto había querido esquivar.

Durante toda la comida, la conversación fue distendida y divertida, mientras que unos cuantos murmullos de conversaciones lejanas se mezclaban con el suave jazz que sonaba por el hilo musical del lugar. Creando un ambiente íntimo y discreto, perfecto para una celebración entre hermanas. La vela de la pequeña tarta de cumpleaños parpadeaba suavemente frente a Nora.

—No puedo creer que hayas hecho que el camarero me trajera una tarta — musitó Nora, entre risas y mirando a su hermana con una mezcla de inquisición y cariño — sabes que odio estas cosas…

—Es tu cumpleaños — sonrió con una chispa juguetona en sus ojos — Se supone que debes disfrutarlo, aunque sea en secreto… — ladeó la cabeza sin dejar de sonreír — además, creo que necesitamos más momentos como este… Entre tanto trabajo y demás… apenas tenemos tiempo para pasarlo a solas.

Nora asintió y su expresión iba suavizándose mientras jugaba con su tenedor sobre el plato.

—Sí, el trabajo… Siempre es el trabajo — suspiró — a veces me pregunto cómo sería si no hubiéramos elegido ser abogadas… ¿Recuerdas cuando querías ser escritora?

Tessa soltó una pequeña risa. Una risa llena de nostalgia.

—Oh, sí. Me imaginaba escribiendo novelas en algún pequeño café en Paris… viviendo una vida bohemia… — sacudió la cabeza — Que ingenua era…

—No lo llamaría ingenuidad — dijo Nora con un tono más serio — Más bien diría que tenías imaginación, sueños… Y no creo que haya nada de malo en eso… — sonrió de medio lado — Yo siempre quise ser arqueóloga… Me imaginaba buscando tesoros perdidos en algún rincón del

mundo, no sentada en un despacho peleando casos y juicios interminables.

Tessa la observó por un momento, estudiando la expresión de su hermana. Había algo en su mirada, una sombra de melancolía que rara vez veía en ella.

—Pero eres buena en lo que haces, Nora, eres la mejor abogada de la ciudad… Eres respetada en este mundo.

—Claro, lo soy — respondió — Pero… no sé, a veces siento que todo es tan… tan predecible. Como si todo lo que hago estuviese ya escrito en una lista de cosas por hacer antes de que me muera y sólo me tocara tacharlas conforme voy haciéndolas…

—Entonces, ¿qué harías diferente? — preguntó Tessa, inclinándose hacia adelante, mostrándose interesada por la respuesta de su hermana.

—Creo que… — Nora se quedó pensativa por un momento — me gustaría arriesgarme más… Quizá abrir mi propio bufete, pero uno diferente… Algo más cercano a las personas vulnerables.

—Sería genial… — asintió lentamente — y sabes que puedes hacerlo, ¿verdad?

—¿Y qué vas hacer sin mí en el despacho? — ambas rieron cómplices — ¿Y tú? ¿Todavía piensas en escribir?

—A veces, cuando tengo un poco de tiempo… — se encogió de hombros — aunque, con todo lo que sucede últimamente en el despacho… es complicado encontrar un momento para mí.

—Pues deberías hacerlo. Siempre dijiste que escribir te hacía sentir libre — insistió Nora.

—Tal vez — musitó Tessa, su tono era suave, casi un susurro — Quizá lo intente a partir de ahora…

—Por intentar cosas nuevas — Nora levantó su copa — Por los sueños que aún no se han cumplido.

Tessa sonrió y levantó también su copa.

—Por los caminos que todavía no hemos recorrido.

Chocaron las copas suavemente, el sonido del cristal se desvaneció entre el murmullo del restaurante. La vela aún seguía encendida, como si se rehusara a apagarse, brillando con un tenue destello, igual que los sueños que ambas mantenían ocultos, esperando su momento para brillar.

Nora dejó las llaves sobre la mesa del recibidor y cerró la puerta con suavidad, como si temiese que un fuerte sonido interrumpiese la conversación silenciosa que había mantenido consigo misma durante el camino de regreso a su casa. Caminó hacía el salón que, apenas estaba iluminado por una luz tenue procedente de la luna, que se colaba por la ventana. Al final, el día de su cumpleaños había sido un día tranquilo, la comida con Tessa había sido más agradable de lo que esperaba, pero continuaba sintiendo un sabor de boca agridulce. Se quitó los zapatos con un suspiro de alivio y dejó que, el frío del suelo, acariciase sus pies descalzos.

El enorme reloj colgado en la pared, marcaba las once y media, demasiado temprano para acostarse o demasiado tarde para hacer algo. Pero tenía otra opción y era lo que, realmente, le apetecía hacer, ir a ver a Alba.

Su nombre había estado flotando por su mente como si fuese una melodía conocida, una que llevaba tarareando en silencio durante varias semanas. Su tierna risa y su forma de moverse, tan segura y libre, como si cada paso fuese una declaración de independencia, era un recuerdo permanente en su mente. Comenzó a proyectar imágenes de Alba bailando cada noche en el club, destacando en medio de la oscuridad cuando las luces solo se centraban en ella, era como si solo existiese para ese momento.

Nora cerró los ojos y se dejó caer sobre el sofá, aún con su abrigo puesto. Podía verla con claridad en su mente. El movimiento de su pelo en el aire mientras giraba, la forma en que sus labios se curvaban en una sonrisa que prometía todo y nada a la vez. Sentía presión en su pecho,

reconociendo que era una mezcla de ansiedad y anhelo. No la había visto desde hacía varios días y esa distancia comenzaba a ser insostenible.

—Joder… — susurró en voz alta.

Nora sabía que su padre no lo entendería. Que nadie lo haría, en realidad. La idea de estar atraída por la mujer que denunció a uno de sus clientes más importantes y que, además, bailaba en un club nocturno, sonaba a algo que ella nunca haría. Pero ya no estaba segura de quién era o de lo que debía hacer. Había pasado demasiado tiempo viviendo bajo las expectativas de su padre, siendo la hija perfecta, pero con Alba, todo eso desaparecía. Con ella, solo existía el presente, el ahora.

Se levantó de golpe, como si una corriente eléctrica la hubiese atravesado y caminó hasta el espejo del pasillo, se observó durante unos minutos. Su reflejo le devolvió una mirada llena de dudas, pero también de algunas más cosas. Sentía deseo, curiosidad, hambre, incluso ganas terribles de verla.

—Quiero verla — susurró sin apartar la mirada de su reflejo.

Fue como si pronunciando las palabras, pudiese hacer más real su deseo.

Sin pensarlo dos veces, se quitó el abrigo y lo dejó caer al suelo, abrió su armario y sacó un vaquero negro y una camisa blanca, quería disfrutar de la noche y la comodidad era importante.

—Esta noche será diferente — se dijo a sí misma mientras abrochaba cada botón de su camisa.

Una vez lista, inhaló aire profundamente, intentando calmar el torbellino de emociones que rugía en su interior. Estaba nerviosa, sí, pero también emocionada. Esta vez era como si estuviese a punto de romper un hechizo invisible que había envuelto toda su vida.

El club nocturno estaba en un barrio un poco alejado del suyo, pero conducir por la ciudad de noche, era algo que siempre disfrutaba. Bajó del coche y sintió cómo sus pasos se hacían más ligeros, era como si cada uno la acercaba más a Alba, pero también era un paso más cerca, a una versión de sí misma que apenas comenzaba a conocer. Sentía que quería ser más libre, que podía bailar en la oscuridad sin miedo a ser vista.

Era el primer cumpleaños que acabaría de otra manera. Con Alba.

Nora estaba sentada en el sitio de siempre junto a la barra, hoy era un día especial y quería asegurarse una buena vista. Echó un vistazo rápido al local y se sorprendió al verlo más vacío de lo habitual, en su interior, se alegró por ello. La falta de público significaba que menos hombres intentarían tocar a Alba. Se pidió una copa y no quitó sus ojos del escenario, estaba bailando una rubia con una bandera de Estados Unidos, un baile nada recurrente. Sonrió al recordar los movimientos de Alba al ritmo de la música, en el fondo, debía reconocer lo bien que lo hacía. El chico que presentaba salió y anunció el baile estrella de la noche, Nora dejó de lado su copa y se centró en no perder detalle. Alba empezó moviendo sus caderas de una manera demasiado sensual, bailo sujeta a la barra y cuando se abrió de piernas en el suelo, los hombres rompieron en un estallido como unos auténticos monos. Nora hizo una mueca de disgusto, pero no apartó los ojos. Alba bailó moviéndose a conciencia, subiendo los ánimos del público, gateó por el borde del escenario y el público se levantó para tirar billetes mientras jadeaban como auténticos neandertales. No lo soportó más y pagó el privado como llevaba haciendo varios días, se fue directamente a la sala, prefería esperar allí a continuar viendo como los hombres se volvían locos por ella.

Tras unos minutos esperando, la puerta se abrió y Alba entró con un atuendo diferente al que llevaba unos minutos antes sobre el escenario.

—Ya ni me sorprende cuando me avisan que tengo un pase privado… — dijo al entrar.

—¡Vaya! te has cambiado… — musitó mirándola de arriba abajo — ahora vas más… tapada

— sonrió.

—No quería pasar frío… — se acercó y se movió cerca de ella de forma provocativa.

—Pues antes no te importaba pasar frío delante de todos esos babosos…

Alba suspiró e hizo un gesto que demostraba lo saturada que estaba de los celos de Nora por su trabajo, así que se las ingenió para cambiar de tema.

—¿Quieres el baile por el que has pagado? — se sentó a horcajadas sobre su regazo.

—Es mi cumpleaños… — susurró cerca de su oído — quiero mi regalo…

—Cierra los ojos…. — susurró muy cerca de su boca.

Nora sonrió con bastante picardía, la oscuridad que revelaba su mirada, confirmaba que sus intenciones iban a cumplirse, así que cerró los ojos. Fue capaz de mantenerse en silencio y con los ojos cerrados, mientras sus manos recorrían los muslos semidesnudos de Alba.

—Yo soy tu regalo… — susurró.

Nora abrió los ojos y descubrió el torso de Alba completamente desnudo. Se permitió el lujo de deleitarse observando detenidamente sus pechos, sintió como su boca se hacía agua al tenerlos a su merced. Alba había sido tan cuidadosa al quitarse la pequeña camiseta, que le resultó imposible adivinar lo que estaba haciendo mientras mantenía los ojos cerrados. No dijo nada, se limitó a sonreír y sus ojos se fueron directos a sus apetecibles labios. Alba no la hizo esperar, se lanzó a devorar su boca de forma salvaje. Los gemidos morían en su boca, su forma de atacar, había sido capaz de aumentar su excitación de una forma casi violenta. Nora continuaba en la misma posición, temía hacer un movimiento en falso, sus manos se abrían y cerraban cerca de su piel sin decidirse a tocarla. Se separaron por falta de aire y Alba se recolocó, pasó una pierna por cada lado, quedando a horcajadas sobre ella, continuaba con su pecho desnudo. Nora no resistió más la tentación, se lanzó a devorar su pecho y sus manos acariciaban sus muslos con una fuerza comedida. Alba echó la cabeza atrás, su lengua estaba haciendo estragos y su sexo amenazaba una catástrofe. Comenzó a balancear las caderas demandando atención, Nora la sujetó por la cintura con fuerza y la estrechó contra su cuerpo. Su boca ascendió recorriendo la piel de su cuello hasta encontrar de nuevo sus labios, fue una batalla épica entre sus lenguas por demostrar quien mandaba. Alba desabrochó la camisa de Nora botón a botón y cada vez que descubría piel, la acariciaba encendiendo su deseo todavía más. Sus manos descendieron hasta encontrar la cintura de su pantalón, no le costó introducirla y buscar la humedad de la que era dueña. Sus dedos se pasearon por su sexo, provocando gemidos cada vez más fuertes, que no dudó en matar con su propia boca para que nadie fuese capaz de escuchar lo que estaba sucediendo en la sala privada. El ritmo continuó aumentando, el deseo que habitaba en su interior les quemaba la piel. Los besos cada vez eran más intensos, las caricias más fuertes y los gemidos más profundos. Nora fue capaz de deslizar su mano entre sus cuerpos y alcanzar el mismo ritmo que Alba llevaba sobre su propio sexo. Se movían al mismo compás, sus corazones comenzaron a saltarse algún latido, sus respiraciones eran irregulares y las estocadas cada vez más profundas. Nora sintió como su interior comenzaba a convulsionar y unos segundos después, sus dedos comenzaban a quedarse atrapados por las convulsiones en el interior del cuerpo de Alba. Ninguna de las dos se podía permitir ralentizar el ritmo, ambas se sentían al borde del clímax. Se dejaron llevar y cayeron a un abismo deseado y esperado. Alba se dejó caer sobre el cuerpo de Nora y continuaron besándose mientras recuperaban el ritmo normal de sus respiraciones.

—Creo que he recibido más de lo que he pagado… — musitó mientras se abrochaba la camisa.

—Con los privados que has pagado en los últimos días… — Alba se acercó y besó sus labios — creo que mereces un maratón de sexo.

—Cuando quieras — susurró cerca de sus labios y le devolvió el beso.

CAPÍTULO 5

No me provoques

Nora entró en el juzgado con la confianza que, tantos años paseándose por esos pasillos, le había generado. Debía defender a una familia de inmigrantes, porque su casero, se estaba aprovechando de su estado de vulnerabilidad para echarlos a la calle antes de que terminase el contrato de arrendamiento. Miró su reloj y faltaba poco más de media hora para empezar, era un caso sencillo, se descubría el abuso en cada una de las pruebas. Caminó por el pasillo que la llevaría hasta la sala número tres, pero a mitad recorrido, descubrió una figura que sería capaz de adivinar a varios kilómetros

—¿Qué haces aquí? — preguntó sorprendida y luciendo su mejor sonrisa.

—Devolverte la visita — musitó Alba con una sonrisa llena de picardía — tú vienes a mi lugar de trabajo… — pasó el dedo índice por su escote descaradamente — es justo que venga a verte al tuyo.

Nora sintió como el leve tacto de su dedo recorriendo su piel, provocó un escalofrío que recorrió su espalda, advirtiendo del peligro que corría. Miró alrededor intentado adivinar si alguien había descubierto ese detalle, cuando se cercioró de que nadie las observaba, sujetó a Alba por el brazo y la arrastró hasta los baños que se encontraban a pocos metros de ellas. Entraron con un ímpetu que no justificaba la urgencia que mostraban, pero se encontraron con dos mujeres, así que pensó rápido y se dirigieron hasta uno de los cubículos para tener la privacidad que necesitaba. Cerró la puerta y la acorraló entre sus brazos contra la pared.

—¿Crees que esto es gracioso? — dijo Nora con los dientes apretados.

—No me provoques… — musitó Alba.

—¿O qué?

Nora se mordió el labio inferior, esperaba que su atrevimiento fuese lo suficiente intenso para llevar a Alba a su límite. Alba negó lentamente con la cabeza y empujó sin mucha delicadeza a Nora contra la pared y la presionó con su cuerpo. Mordió la piel descubierta de su hombro y deslizó sus manos por la parte delantera de su cuerpo. Nora sintió como sus manos recorrían sin cuidado su abdomen, su respiración comenzó a agitarse al sentir su tacto. Alba movía sus manos con certeza y depositó los labios sobre su cuello, Nora gimió, ella sabía que ese era su punto débil.

—¿Sabes una cosa? — susurró cerca de su oído — me excita sentir tu culo en mi sexo…

Nora gimió con más fuerza, no solo por sus palabras, sino porque hizo más presión. Alba la tenía tan acorralada contra la pared, que era casi imposible moverse. Por primera vez, no le importaba sentir el frío de la pared, incluso llegaba a agradecerlo. Tener a Alba detrás de ella, haciendo lo que se le antojase con su cuerpo, subía su temperatura a niveles casi inhumanos.

—Te crees muy poderosa ahora… — dijo Nora contra la pared.

Alba sonrió y deslizó una de sus manos hacía el interior de su pantalón.

—Ahora si me siento poderosa — susurró cuando sintió la humedad en su sexo.

Nora se mordió el labio y gimió, fue un sonido potente, pero contenido. Era un baño público, donde, además, podía estar frecuentado con compañeros de profesión y lo último que deseaban, era ser la comidilla de todos los juzgados. Ellas continuaban refugiadas en la intimidad del pequeño cubículo, sin importarles si la puerta del baño continuaba abriéndose y cerrándose. Alba presionó su sexo al mismo tiempo que la acorralaba más todavía contra la fría pared, Nora pensó que era el sitio más cómodo donde había estado nunca. Su mente no podía centrarse en otra cosa que no fuese su deseo. Apoyó sus manos sobre la pared en busca de un poco más de estabilidad, estaba a merced de las intenciones de Alba y llegadas a este punto, no se iba a oponer. La mano de Alba recorría toda su intimidad con demasiada experiencia, vaciló en sus movimientos provocando que los gemidos de Nora aumentasen algún tono descuidadamente. Su mano libre, recorrió su espalda y llegó hasta su cuello donde, la punta de sus dedos, marcó un camino que luego recorrieron sus labios. Su mano continuó su camino hasta lograr su objetivo, cubrirle los labios para minimizar el sonido de sus gemidos. Aumentó el ritmo de sus dedos sobre su sexo y sintió como las piernas de Nora comenzaban a flojear, ella presionó un poco más su cuerpo para lograr algo más de estabilidad. Las manos de Nora que permanecían sobre la pared, comenzaron a sudar, la dificultad para moverse mientras el deseo se apoderaba de su cuerpo, no ayudaba a la liberación de todo lo que la mano de Alba estaba provocando. Ella no dejó de mover sus dedos mientras su aliento chocaba contra su nuca, era capaz de sentir la desesperación de Nora por alcanzar el clímax. Mordió la piel que sus labios tenían a su alcance, aumentó el ritmo de su mano y sintió como el cuerpo de Nora comenzaba a tener leves convulsiones, eran el anuncio de un esperado orgasmo. Su cuerpo se tensó y tardó menos de un minuto en llegar a un clímax que había acumulado desde que la vio cruzar la puerta del juzgado. Se dejó caer sobre la pared para intentar recuperar la fuerza en sus piernas y sintió como el cuerpo de Alba se separaba lentamente de ella, se dio media vuelta para descubrir que estaba sucediendo.

—No vuelvas a provocarme… — se colocó bien la camisa por dentro del pantalón — ya sabes lo que pasará…

—¿Intentas disuadirme? — Nora intentó acercarse a ella para besarla, pero Alba se apartó en el último segundo.

Abrió la puerta del cubículo y dejó a Nora sola con sus ganas de terminar ese momento como era debido. Salió del baño y miró a ambos lados, al final del pasillo descubrió a la familia que debía defender, miró su reloj y faltaban cinco minutos para empezar el juicio, así que debía apresurarse. Pero cuando giró la cabeza hacía el otro lado del pasillo, descubrió a Alba contoneando las caderas y mirándola fijamente mientras caminaba hacia ella. A Nora se le encendieron todas las alarmas, descubrir a Alba caminando hacia ella llena de intenciones, era demasiado provocativo.

—Disculpe señorita — musitó Alba al llegar a su altura — la salida es por allí, ¿verdad? — dijo señalando el otro lado del pasillo.

—Sí, la veo un poco desorientada… — respondió Nora sonriendo.

—Señorita abogada… — se acercó peligrosamente a ella — créame que después de lo que ha sucedido ahí dentro — señaló la puerta detrás de Nora — es para estar perdida…

—¿Cuándo nos volveremos a ver? — susurró.

—Si te portas bien… — le guiñó un ojo — pronto.

Y sin que a Nora le diese tiempo a responder, Alba se alejó de ella con sus movimientos sensuales y luciendo una sonrisa llena de intenciones. Nora carraspeó y se acercó a sus clientes, necesitó varios minutos para recomponerse y centrarse en su trabajo.

Nora se sentó al borde de la silla, entrelazó las manos sobre la oscura mesa de madera caoba, haciendo un esfuerzo para parecer profesional y estar atenta a la conversación. Frente a ella, estaba sentado un hombre de mediana edad con unos ojos llenos de ansiedad y una carpeta repleta de documentos. Un nuevo posible cliente. No dejaba de hablar, explicaba en detalle su caso, su vida, sus problemas, pero sus palabras llegaban a los oídos de Nora como un murmullo lejano, como un río que fluía a lo lejos mientras su mente navegaba por corrientes mucho más profundas y turbulentas.

El nombre de Alba latía en su cabeza con una insistencia que apenas podía soportar. La forma en que la había arrastrado hacia los baños del juzgado esa misma mañana, mientras que Alba lucía una risa traviesa y una mirada oscura llena de deseo, aceleraba su corazón. No dejaba de recordar la forma en que la había besado contra las frías baldosas del baño, con tanta urgencia que parecía que el mundo fuese a desmoronarse.

Nora se obligó a pestañear para volver al presente, a la reunión. David, su ayudante, estaba sentado junto a ella y se había dado cuenta de lo distraída que estaba Nora. Él continuaba mirando al cliente con un gesto de simpatía y asentía de vez en cuando, haciendo todo lo posible por mantener el flujo de la conversación. Nora sintió como David le dedicaba una mirada rápida gritando ayuda. Ella descubrió su preocupación y se enfocó en el hombre sentado frente a ella mientras, el posible cliente, continuaba hablando sobre alguna disputa laboral que, sinceramente, ella no estaba entendiendo.

—Como le decía, señorita Lázaro — el cliente la miró esperando una respuesta.

Una señal de que ella había captado al menos una parte de su discurso, pero su mente volvió a Alba. Irremediablemente, su mente volvió a centrarse en la intensidad que desprendían las caricias de Alba, recordando como cada toque era capaz de atravesar su piel y destruir cada duda o temor. Era capaz de llegar a su esencia con el simple tacto de sus dedos. Los dedos de Nora rozaron, involuntariamente, el borde de la mesa, recordando la presión de las manos de Alba sobre su piel y el calor que su boca dejaba sobre su cuello.

—Claro, sí entiendo — respondió Nora y forzó su sonrisa que apenas logró mantener firme.

David se percató e intervino rápidamente.

—Lo que mi colega quiere decir… — comenzó — que necesitamos revisar algunos detalles antes de proceder con la estrategia que usted menciona — su voz era firme y clara — Nora, ¿te parece si yo me encargo de la documentación preliminar y luego te los paso para que puedas revisarlo al detalle?

Nora asintió, agradecida. Sabía que David había captado el mensaje no verbal, que estaba allí para sostenerla en ese momento en que su mente era un torbellino de imágenes y sensaciones.

Cuando la reunión terminó finalmente, el cliente se despidió con un apretón de mano y una mirada que dejaba claro que esperaba más compromiso por su parte en la próxima reunión. Nora se quedó en su silla, sintiendo cómo su sangre volvía a circular lentamente por su torrente sanguíneo.

—Gracias, David — musitó, pero sin mirarlo directamente.

—No hay de qué… — cerró la puerta — pero… ¿estás bien? — se sentó junto a ella — te he visto un poco distraída.

Nora se encogió de hombros e hizo un esfuerzo por contener la agitación que sentía en su cuerpo mientras Alba continuaba en su mente.

—Solo una mañana más complicada de lo normal… — respiró — nada que no pueda manejar.

David la observó en silencio, descubriendo algunos gestos sencillos que delataban su nerviosismo, pero decidió no insistir. Se limitó a recoger los documentos y salir de la sala de

reuniones y dejando a Nora sola con sus pensamientos.

Tras unos minutos a solas, Nora caminó cabizbaja hacía su despacho, su intención era no entablar conversación con nadie. Entró y se dejó caer sobre su enorme sillón de piel, soltó un largo suspiro. Cerró los ojos, pero en lugar de encontrar calma, volvió a recordar a Alba. La forma en la que le había mordido su labio inferior justo antes de llevarla al clímax, incendió tanto su deseo, que todo a su alrededor desapareció. Sintió como su pulso se aceleraba de nuevo y un calor familiar invadió su pecho.

Un fuerte golpe en la puerta la sacó de sus pensamientos. Se recolocó bien en su sillón e intentó recuperar la compostura.

—Adelante — musitó.

La puerta se abrió y Tessa, su hermana menor, se coló en su despacho descaradamente. Lucía una sonrisa amigable, pero rápidamente se transformó en una expresión de preocupación.

—¿Qué pasa, Nora? — preguntó.

Nora forzó su sonrisa y Tessa se acercó con cautela, pero con pasos decididos.

—No es nada, de verdad — intentó volver a sonreír — solo ha sido un día muy largo.

—Sí, claro — se cruzó de brazos — y yo nací ayer — le clavó la mirada — sé que me estás ocultando algo… ¿Qué es?

—Nada — Nora negó con la cabeza — Todo está bien… Tessa, no insistas.

Tessa frunció el ceño, visiblemente molesta por las evasivas de su hermana.

—Nora, soy tu hermana — se inclinó sobre la mesa que las separaba — puedes confiar en mí, lo sabes, ¿verdad?

—Claro que lo sé… — inhaló todo el aire que sus pulmones le permitían — no es nada importante, te lo prometo… Solo… — dudó buscando una excusa — Solo es cansancio… Llevo muchos días intensos.

Tessa la miró fijamente, como si intentase leerle los pensamientos en busca de la verdad. Nora sintió un ligero temblor en sus manos y rápidamente las escondió bajo la mesa.

—Bueno, si necesitas hablar, ya sabes dónde encontrarme — dijo finalmente Tessa, con un suspiro de rendición.

—Gracias, de verdad — respondió Nora, forzando de nuevo su sonrisa.

Tessa la observó durante varios segundos, luego se acercó rodeando la enorme mesa y le dio un abrazo breve, pero apretado. Y luego salió de su despacho. Nora se quedó allí, mirando como se cerraba la puerta y sintiendo como el aire que la envolvía, presionaba su cuerpo. Estaba llena de secretos que todavía no estaba lista para compartir.

Nora movió su vaso, observando en tintineo del hielo contra el cristal y el balanceo del caro líquido que contenía. Miró su reloj una vez más para comprobar que tan solo faltaba poco menos de media hora para la actuación de Alba. Ni tan siquiera miraba hacía el escenario, no le interesaba para nada la joven que bailaba y deleitaba al entregado público con sus movimientos sensuales. Su mirada continuaba centrada en el fondo de la barra, repasando las diversas botellas de alcohol que adornaban las estanterías. Después de tantas noches yendo, sería capaz de repetir una y cada una de las botellas. Bebió de su copa, pero casi se atraganta por el susto.

—Ni se te ocurra pagar un baile privado esta noche — susurró Alba en su oído.

—¿Estás muy cansada y te quieres ir pronto a dormir? — musitó sonriendo.

—Pienso demostrarte lo cansada que estoy — susurró tan cerca de su piel que fue capaz de sentir el calor de su aliento — tengo una sorpresa para ti, después de mi baile.

—Miedo me das… — respondió para luego terminarse la copa de un solo trago.

Miró de reojo como Alba se alejaba de ella moviéndose entre el público con unos pasos tan

sensuales que aquellos hombres dejaron de mirar a la chica del escenario, para admirar sus curvas. Era una escena de hienas a punto de cazar a su presa. Nora pidió su segunda copa, si no iba a tener su recompensa después de soportar como todos aquellos hombres iban a babear al ver a Alba bailar, ahogaría su ansiedad en alcohol. El camarero le dejó la copa frente a ella y escuchó como el presentador anunciaba la actuación de Alba, bebió un buen trago y permitió que el whisky le quemase la garganta. La música comenzó a sonar y los abucheos de los orangutanes que rodeaban el escenario subieron varios tonos, Nora supo que Alba ya estaba sobre el escenario. Dudó varias veces en desviar su atención, ella continuaba con sus ojos puestos en las botellas que decoraban la parte de atrás de la barra. De pronto, unos gritos diferentes, llamarón su atención y no pudo resistirse más, desvió sus ojos y descubrió a un hombre medio subido en el escenario cogiendo a Alba por una pierna. Nora no lo dudó y bajó del taburete rápidamente, pero antes de que fuese capaz de dar dos pasos, fue testigo de cómo la propia Alba se deshacía de su agarre. Ella se detuvo a mitad camino, observó al hombre como retrocedía y, sujetándose la nariz, se dirigió hacia el baño. Alba se había librado de su agarre con un disimulado golpe en su nariz, Nora sonrió al descubrir su tenacidad. Desde su posición, se quedó embobada viendo cómo se movía Alba al ritmo de la música, sus movimientos eran hipnóticos y cuando sus miradas se cruzaron, una sonrisa se abrió paso entre sus labios. Alba se despidió de su espectáculo y Nora volvió a su taburete para terminarse la copa, esperó pacientemente hasta que el objeto de su deseo, se colocó a su lado enarbolando una preciosa sonrisa.

—¿Quieres tomar algo? — preguntó Nora.

—Mmmm… — se acercó peligrosamente a su boca — sí, pero quizá más tarde… — le quitó la copa de la mano — ahora solo quiero irme de aquí.

—Tus deseos, son ordenes — respondió con una sonrisa.

Nora bajó del taburete y llamó la atención del camarero para pagar su cuenta, pero se llevó una sorpresa.

—La señorita ya pagó su cuenta — señaló a Alba.

Nora giró lentamente y miró a Alba fijamente buscando una explicación. A pesar de que el detalle le había encantado, lo último que deseaba era que se gastase su dinero en ella.

—Quería tener un detalle contigo antes de la noche que te espera — dijo encogiéndose de hombros.

—¿Estoy en peligro? — preguntó divertida mientras caminaba detrás de Alba para salir del local.

—Si me obedeces en todo… — su sonrisa ardía en picardía — no lo lamentaras.

—Eso suena a que necesitaré un buen abogado…

—Tu eres abogada.

—Yo jamás podría ir en tu contra.

—Recuerda eso mañana por la mañana — se acercó a ella antes de subir al coche y la besó de manera casi salvaje.

Nora se dedicó a conducir recorriendo la ciudad por donde le iba indicando Alba, sonrió al descubrir que se dirigían hacia la costa. Ella continuaba obediente a sus indicaciones, mientras que, Alba estaba tan concentrada en no equivocarse, que sus gestos le provocaban risas. Tras unos minutos callejeando, llegaron por fin al destino, Nora observó el lugar y descubrió una pequeña cabaña de piedra y madera.

—¿Qué es este sitio? — preguntó todavía desde dentro del coche.

—La gente de tu clase, solo conocéis hoteles lujosos… — dijo con tono jocoso mientras bajaba del coche — os olvidáis de los pequeños sitios con encanto que te ofrecen unas

experiencias inolvidables.

Alba caminó hasta colocarse junto a Nora y la cogió de la mano, ella le sonrió en respuesta y caminaron juntas hasta la entrada del edificio.

—Por favor… — Alba hizo un gesto con la mano para dejarla entrar primero — bienvenida a tu morada por una noche.

Nora entró y echó un vistazo rápido a su alrededor, si por fuera le pareció un sitio precioso, por dentro no le defraudó. Se quedó plantada en la entrada observando cada detalle, parecía una autentica cabaña nórdica y nadie podía negar el encanto lleno de romanticismo que desprendía. Descubrió a Alba junto al mostrador de recepción y corrió a su lado.

—No, por favor… — dijo Nora cuando descubrió que estaba dispuesta a pagar, pero Alba la detuvo.

—Quiero regalarte una noche que no olvidarás en tu vida — susurró cerca de su boca — a partir de mañana… — mordió su labio inferior y Nora sintió como un escalofrío recorrió todo su cuerpo — podrás invitarme dónde quieras.

—¿Por qué siento que necesito un abogado de verdad?

—Porque quizá lo necesites — susurró antes de besarla.

Alba se encargó de hacer todas las gestiones necesarias para pasar la noche en una de las habitaciones del lugar. Una vez que la chica de recepción le entregó la llave, cogió a Nora de la mano y la arrastró hasta las escaleras. Subieron hasta la primera planta en silencio y cuando abrieron la puerta, Nora se quedó completamente estática. Alba había reservado una habitación superior. Tenía unas vistas de la bahía, que ningún hotel de cinco estrellas era capaz de competir con esa imagen, había un jacuzzi en la habitación y la cama era extragrande. Buscó a Alba por toda la habitación, pero no la encontró, dio un par de pasos más y, de pronto, salió del baño vestida con un conjunto de lencería tan sensual, que sintió como su respiración se aceleró y su corazón se saltó algún latido.

—Desnúdate — ordenó Alba desde su posición.

Por alguna extraña razón, los sentidos de Nora estaban bloqueados, así que no le quedó más remedio que obedecer. Se quitó la camisa con bastante rapidez y luego dejó caer al suelo sus pantalones. Alba le hizo señas para que también se deshiciese de su ropa interior, Nora obedeció sin apartar sus ojos de ella, desde que salió del baño con ese conjunto de *femme fatale*, estaba completamente hipnotizada.

—Quiero que te sientes en ese sofá — ordenó mientras señalaba el lugar concreto — abre las piernas… quiero verte.

Nora sintió como se sonrojaba levemente, pero obedeció de todas formas y al descubrir como Alba se relamía al someterla así, su humedad creció exponencialmente.

—Vas a tener una noche que no olvidarás en tu vida — musitó mientras se acercaba contoneando las caderas de forma muy sensual.

—No lo dudo… — respondió entre jadeos al sentir su proximidad.

—Mi juego… — se inclinó cerca de su boca — mis reglas… — Nora asintió casi desesperada — yo podré hacer lo que me plazca… — susurró sobre sus labios — pero tú no podrás tocarme… si lo haces… — mordió su labio — todo acabará y me iré a dormir.

—¿Qué clase de tortura es esta?

—Una que te va a encantar… — la besó salvajemente.

Nora gemía al sentir que Alba se acercaba a su cuerpo, pero cuando esperaba un contacto completo, ella se separó para arrodillarse frente a ella.

—Abre más las piernas… — Nora obedeció y ella comenzó a besar lentamente la cara interna

de sus muslos.

Nora echó la cabeza hacia atrás y suspiró profundamente, abrió y cerró las manos con rapidez, en busca de una ayuda para no tocarla, porque le estaba resultando una verdadera tortura. Toda su cordura se derrumbó cuando sintió el calor de su lengua vacilando por todo su sexo.

—Espera… espera… — suplicó — recuérdame cuales eran tus reglas…

Alba levantó la cabeza y sonrió al descubrir las mejillas de Nora teñidas de un leve rojo.

—Tú no me puedes tocar… — besó la cara interna de uno de sus muslos — a menos que yo te lo pida.

La firmeza de su voz, trajo de vuelta a Nora a la realidad, la miró a los ojos durante unos segundos y descubrió un brillo tan perverso como adictivo.

—De acuerdo… — se removió y se sentó sobre sus manos — soy toda tuya…

—Eso quería oír — se lanzó y besó su sexo.

El cuerpo de Nora tembló levemente y Alba supo que ya estaba preparada, así que no se alejó de su sexo, sino que presionó más hasta sellarlo por completo con sus labios. Con cada movimiento de su lengua, Nora se dejó llevar por las sensaciones y sintió que pronto tocaría el cielo. Su respiración comenzó a descontrolarse, su cuerpo temblaba y su interior convulsionaba avisando de la llegada del orgasmo, pero cuando sintió que iba a caer al vacío, Alba se apartó y se puso de pie.

—Pero… — Nora se mostró frustrada.

—Te he dicho que sería una noche que no olvidarías jamás — se sentó a horcajadas y la besó con urgencia.

Nora gimió al saborear su propio sabor en sus labios y cuando intentó acariciar las piernas de Alba, se llevó un manotazo.

—No me puedes tocar… — jadeó — hasta que yo te lo ordene — Nora abrió los ojos y la miró fijamente — ahí fuera… — señaló por la ventana — tú tendrás el poder… — pasó el dedo entre sus pechos — pero aquí dentro… — acunó uno de sus pechos y lo apretó — aquí mando yo.

Alba devoró su boca sin permitirle decir nada más, se inclinó sobre ella y dejó muy claro quien tenía el control. Nora continuaba moviendo sus manos al aire evitando a toda costa, frenar sus impulsos para acariciar su cuerpo. Los labios de Alba comenzaron a recorrer su cuello de una forma muy intencionada, mientras que Nora sentía que iba a estallar. Apretó los labios para evitar que sus gemidos se escapasen, movió las caderas buscando atención, pero Alba continuaba ignorando sus necesidades, ella no lo soportó más y dejó salir varios gemidos frustrados. De repente, Alba se incorporó y con una fuerza inusual, levantó a Nora del sofá y la llevó hasta la cama. Sucedió en un abrir y cerra de ojos. Tan rápido que cuando Nora quiso darse cuenta estaba tumbada en la enorme cama de la habitación. Su respiración se agitó un poco más y la actitud de Alba la puso un poco nerviosa, ya no había risas ni coqueteos, sus ojos estaban completamente oscuros por el deseo. Gateó sobre la cama hasta colocarse sobre ella, le dio un suave azote en el culo y sujetó sus manos por encima de su cabeza. Se acercó a su boca y mordió su labio inferior, Nora sintió como su centro palpitaba por necesidad y cuando Alba se dejó caer sobre su cuerpo, se percató de que estaba completamente desnuda. Frunció el ceño, ¿en qué momento se la había quitado? Su mano se coló entre sus cuerpos y se coló en su sexo, susurrando palabras obscenas mientras vacilaba recorriendo sus pliegues. Nora gemía al notar como su voz se volvió más oscura de lo normal al usar un lenguaje sucio y eso la estaba excitando. Comenzó a sudar, su cuerpo se retorcía entre caricias tiernas y agónicas, su voz sonaba a súplica. Estaba frustrada y sometida a los caprichos de Alba. Estaba siendo un suplicio, un maldito suplicio. Su cuerpo

temblaba, sentía que estaba ardiendo, pero cuando pensó que no podría soportarlo más, Alba introdujo sus dedos librando parte de la tensión que sentía. Mientras sus movimientos la conducían a un estado de liberación, estaba siendo consciente de que su mirada desprendía un brillo diferente. Alba la besó bruscamente y aumentó el ritmo de sus movimientos, el placer que le ofrecía era desbordante. Nora escondió su rostro en el hueco de su cuello y comenzó a gemir con fuerza, al fin podía sacar todo el éxtasis contenido. Sus dedos continuaban arremetiendo con insistencia, Nora se aferró a su cuerpo y sus gemidos pasaron a ser bajos y lentos, casi en un suspiro. Su interior comenzó a convulsionar y ella se aferró con tanta fuerza a la espalda de Alba, que estaba segura de que sus dedos dejarían marca. Nora cayó al vacío, el esperado orgasmo se adueñó de todos sus sentidos y anuló su conciencia. Su cuerpo se derrumbó, pero ella no detuvo sus embestidas, continuó un poco más llevándola de nuevo a un estado de excitación peligroso. Detuvo sus movimientos y tiró suavemente de su pelo hacía atrás, la miró con todo el amor que sentía y sonrió antes de besarla. Abrazó su cuerpo entre sus brazos y escondió su cabeza entre el cuello y el pecho de Nora, ella la estrechó con ternura. Su corazón latía muy acelerado y su respiración estaba descontrolada, dando una imagen de chica tímida que nada tenía que ver con cómo se había mostrado minutos antes.

—Será mejor que no cierres las piernas… — susurró sobre su piel — esto no ha terminado…

Nora mordió su hombro con una fuerza contenida y ella se quejó con una mueca exagerada. Ambas rompieron a reír. Alba escribió su nombre sobre la suave piel de su pecho y una sonrisa comenzó a bailar en sus labios. Un rugido proveniente del estómago de Nora, rompió el momento y pudo sentir su sonrisa disimulando la carcajada que se anidaba en su pecho. Nora le hizo cosquillas en respuesta a su burla silenciosa.

—Parece que tienes hambre… — hizo círculos sobre su estómago — tal vez no hayas cenado suficiente…

—O tal vez tanto esfuerzo físico… — besó su cabeza — me ha dejado agotada…

—Marchando un merecidísimo aperitivo post-sexo…

Alba se incorporó y caminó hacia el teléfono completamente desnuda, Nora se apoyó sobre sus codos y disfrutó de una imagen sensual con connotaciones eróticas y provocativas. Escuchó atentamente como hablaba con recepción, Alba resultaba ser atenta de mil formas diferentes, era delicada, cuidadosa y muy complaciente. Sonrió al descubrir que sus personalidades encajaban a la perfección, ella quizá era la seria de la relación y Alba la que aportaba su punto de diversión y espontaneidad. Hacían un buen equipo.

CAPÍTULO 6

Mi juego, mis reglas

Tessa continuaba sentada frente a Nora esperando su respuesta.

—No te imaginas lo difícil que es…

—Nora… — Tessa extendió sus manos por encima del gran escritorio — debes vivir tu vida como tú quieras vivirla.

—Es fácil para ti decirlo… — se sujetó la cabeza con ambas manos — a ti no se te ha exigido vivir tu vida dentro de las reglas familiares para cumplir con las expectativas que se esperan de ti.

—¿No? — se cruzó de brazos — ¿En serio crees eso? — se inclinó hacía ella — te recuerdo que me casé con quién eligió papá.

—Pero acabaste enamorándote de Roberto, al final salió bien… — Tessa rompió a reír a carcajadas y Nora no pronunció ni una palabra más, sorprendida por la reacción de su hermana.

—¿De verdad crees eso? — preguntó entre risas.

—¿No es así?

—Te voy a contar un secreto… — se inclinó hacia delante minimizando la distancia entre ellas — en mi noche de bodas hice un trato con mi queridísimo marido — sus palabras destilaban tanta ironía que resultaba imposible no percibirla — de cara a la galería, seriamos una pareja modélica, pero en nuestra intimidad, cada uno busca su felicidad por su cuenta… — Nora ladeó la cabeza escuchando atentamente — Roberto es gay.

—Pero… — Nora abrió los ojos sorprendida ante la revelación que su hermana pequeña acababa de confesar — si lleváis más de un año casados…

—Muchas noches visitando clubs de singles…

—Tessa… — entrecerró los ojos — ¿Estás de coña? No puede ser cierto lo que me acabas de contar…

—Es muy cierto, nunca he hablado tan en serio Nora… — hizo una mueca que describía a la perfección la melancolía que sentía por una vida diferente — y si no me crees, puedes salir conmigo una noche… — sonrió — aunque sospecho que no te gustará el mercado que ofrecen los lugares que suelo frecuentar… — soltó una risa sonora — Nora… — acarició su mano por encima de la mesa — sé de lo que estoy hablando, por eso te digo que vivas la vida que quieres vivir… — entrelazó los dedos — ¿Qué más da lo que piense papá?

—No quiero decepcionarlo…

—Entonces vive a la sombra de quién eres en realidad… — Nora agachó la cabeza y centró su mirada en el suelo — mírame… — pidió casi en forma de súplica y Nora no pudo negarse — se te iluminan los ojos con tan solo pensar en ella… — enarboló una sonrisa comprensiva — con eso debería bastar.

—No sé cómo hacerlo… — negó con la cabeza.

—¿El sexo con una mujer? — preguntó de manera cómica.

—No idiota — sonrió por fin después de mucho tiempo — eso sí lo sé hacer.

—¡¿Cómo?! — exclamó sorprendida — quiero todos los detalles — Nora se sonrojó ante la petición de su hermana.

—No seas ordinaria… — se cerró la boca como si fuese una cremallera — no diré nada que te explique cómo me lleva a un éxtasis que jamás he vivido antes… — le guiñó un ojo y sonrió de medio lado, luego miró a su hermana fijamente — pero con papá… — sus ojos se anegaron de lágrimas — no es solo por ser una mujer… es que también es una mujer que baila por dinero frente a hombres deseosos.

—Pero me has contado que baila para pagar sus deudas, que está haciendo prácticas y que está a punto de terminar la carrera, ¿no?

—Sí.

—Pues quizá ella sea la hija que papá siempre ha querido — ambas rompieron a reír.

—No sé cómo lo voy hacer — los ojos de Nora se volvieron a anegar de lágrimas.

—Nora, la vida son tres días… — Tessa sujetó sus manos entre las suyas — y merece la pena, precisamente porque no es eterna, olvídate de lo que piensen los demás y vive tu vida.

—La teoría es muy fácil, pero la práctica es complicada…

La lluvia era densa y a Alba le tocó correr hasta el coche. Entró con tanta rapidez que se quedó de rodillas sobre el asiento del copiloto y, desde su posición, pudo aprovechar para besar con vehemencia a Nora. El beso comenzó lleno de inocencia, pero sus cuerpos iban calentándose a cada segundo que iba pasando. Con cuidado y disimulo, Alba comenzó a desabrochar la camisa de Nora para poder colar sus manos y acariciar su piel, sintió como su abdomen se contrajo y las finas líneas musculares se endurecieron ante el suave tacto. Sin dejar de besarse, arrastró sus dedos hasta llegar a acariciar sus pechos a través de la fina tela de encaje. Sonrió dentro del beso al sentir como sus pezones se endurecieron y un gemido que nació en su garganta, murió sobre sus labios. Nora se separó de sus labios y echó la cabeza hacia atrás dejándole un acceso despejado a su cuerpo, arqueó la espalda mientras Alba se adueñaba de su piel dejando húmedos besos por cada rincón desprovisto de tela.

—Disfruta de esto… — susurró con su voz ligeramente entrecortada y sus manos firmes en su agarre para no desfallecer — porque una vez lleguemos… — se acercó a su oído para terminar su sentencia. Era un murmullo cargado de deseo y necesidad que hizo que Alba perdiese lentamente el control — perderás todo el poder y jugaremos a mi juego… y será intenso…

Alba tragó saliva con dificultad, sintió como su centro demandaba atención. Jugar a su juego, significaba que esa noche se enfocaría en enseñarle las tres reglas. Obediencia, control y placer.

—¿En qué piensas? — susurró sobre la piel de su cuello.

Nora descubrió una libertad en el sexo con Alba que no había experimentado antes. Ella había sido capaz de abrir una puerta en el placer que, para Nora, era una forma casi adictiva de disfrutar de su cuerpo sin ningún prejuicio.

—No te lo diré… — la besó y mordió su labio levemente — solo lo disfrutarás…

Alba se separó unos centímetros y sonrió mostrando una curva preciosa entre sus labios. Se inclinó suavemente y dejó un tierno mordisco en su mejilla, pero una risa nerviosa hizo acto de presencia al descubrir el deseo en la mirada de Nora.

—Definitivamente… — susurró — estoy ansiosa, señorita Lázaro.

Asintió como si fuese una sumisa obediente, era una mezcla de obediencia y un poco de humor. Nora sonrió levantando una ceja.

—Veamos si eres capaz de ser así de obediente durante toda la noche.

Nora conocía a la perfección la rebeldía de Alba, era una chica terca y parecía que disfrutaba más con los retos y castigos que con las recompensas.

—Tal vez disfrutemos las dos de esta noche — musitó con los ojos ardiendo en picardía.

—Estoy segura.

Nora afianzó sus manos que continuaban en la cintura de Alba y la inclinó hacía ella para poder volver a besarla. Un suspiro de sorpresa salió de entre sus labios al notar como las manos de Alba continuaban recorriendo su cuerpo sin piedad. Las manos de Nora descendieron hasta sujetar con fuerza sus glúteos.

—Me encanta tu culo… — dijo sonriendo — es tan perfecto que parece una invitación para azotarlo…

A Alba se le hizo un nudo en el estómago y las mariposas se desataron con fuerza al imaginar a Nora dándole un azote mientras la llevaba al éxtasis. Sus piernas temblaron por la postura que mantenía sobre el asiento. Tragó con dificultad y se sentó bien.

—¿Dónde me vas a llevar esta noche?

—Es una sorpresa — respondió mientras se abrochaba los botones de su camisa.

Nora arrancó el coche y comenzó a conducir por la cuidad hasta que salió de ella y condujo en dirección al interior. La carretera llevaba hasta una pequeña cordillera conocida por sus prados y ríos.

—¿Cuánto falta para llegar? — preguntó Alba con su mano sobre la pierna de Nora.

—Estamos cerca — giró levemente su rostro para observarla durante un segundo — ¿Desesperada?

—¿Puedes culparme? — apretó el mulso de Nora y sonrió.

—No… — rompió a reír — definitivamente no.

—Tengo ganas de llegar… — se mordió el labio inferior provocativamente.

—Sabes que cuando lleguemos vas a perder el control, ¿verdad? — dijo sin apartar su mirada de la carretera.

—También tengo ganas de eso — sentenció con los ojos oscuros por el deseo.

Tras unos minutos más conduciendo, Nora giró por un camino de piedras que las llevaba hasta un hotel rural. Era un edificio grande, hecho de madera y piedra, una combinación tan agradable como acogedor.

—Hemos llegado — dijo Nora cuando detuvo el coche frente al hotel.

Alba no respondió, se quitó el cinturón de seguridad y saltó sobre Nora, se colocó en su regazo, acunó su cara entre sus manos y la besó de manera arrebatada. Arrastró su lengua contra la de Nora para dominar el beso y controló cada uno de sus movimientos.

—Gracias — susurró Alba cuando se separó por falta de aire.

—No me las des todavía… — dejó un beso rápido sobre sus labios — no sabes lo que te espera.

Ambas sonrieron y se permitieron perderse en sus miradas. Tras unos segundos, Alba bajó de su regazo para poder salir del coche. El aire que las recibió, era un viento invernal, lejos quedaba el ambiente cálido que disfrutaban dentro del coche. Nora cogió a Alba de la mano y la dirigió hacia la entrada del hotel. Ella lo tenía todo arreglado, así que tan solo debía coger la llave y se dirigieron hasta el ascensor que las llevaría hasta la suite que había reservado.

—No te habrá dado tiempo de cenar… — dijo Nora — ¿Quieres que pida algo al servicio de habitaciones?

Alba continuaba mirando a su alrededor, apreciando cada detalle del lugar, mientras Nora estaba pendiente de la llegada el ascensor.

—Pide lo que quieras… — giró su rostro y miró fijamente a Nora — tengo mucha hambre.

—Me gusta verte comer — respondió luciendo su mejor sonrisa.

—Lo sé. — sonrió contagiándose de la sonrisa de Nora.

—¿Quieres algo de beber en particular?

—Mmm… — se meció sobre sus pies como si fuese una niña pequeña — eso lo dejo a tu elección. Estoy segura que acertarás.

Nora frunció el ceño, señal de que estaba pensando en las opciones que tenía. De pronto, las puertas del ascensor se abrieron y entraron en el pequeño cubículo, pero con ellas entraron también las personas que esperaban al ascensor. Así que, Nora se colocó en una esquina y abrazó por la espalda a Alba y la sujetó contra su cuerpo para dejar espacio al resto de personas. Alba, siendo traviesa, presionó con disimulo a Nora contra la pared y su risa fue contagiosa. Ambas rompieron a reír al margen del humor de las demás personas. Nora pensó que Alba presumía del adecuado estado de ánimo para la larga noche que les esperaba.

—Prefería el ascensor para nosotras solas… — susurró Nora en su oído mientras colaba la mano por debajo de su ropa.

—¡Nora! — musitó Alba.

Tapó su boca y negó con seriedad, mientras que Nora puso sus ojos en blanco y Alba recordó que, en ocasiones, Nora no tenía filtro para decir lo que pensaba. Y eso era algo que adoraba de ella. Alba se separó de ella con cautela y se colocó a su lado, entrelazó su brazo con el suyo y descubrió que Nora frunció el ceño al perder el contacto de su cuerpo. Giró su rostro y descubrió fuego en la mirada de Nora, pero lejos de sorprenderle, le entró la risa. El ambiente del ascensor comenzó a ser un poco incómodo, ya que eran las responsables de recibir miradas furtivas y Alba suspiró exasperada.

—Esto debería ser más privado — vuelve a decir sin ningún tipo de reparo.

—¡Nora! — volvió a reprenderla.

Nora se mostraba desesperada, estaba claro que prefería la intimidad del ascensor para ellas dos solas y tener interrupciones cada vez que alguien se bajaba en su piso, la desesperaba un poco más.

—Podrías haber reservado el primer piso — susurró Alba.

Intentaba distraerla con una conversación neutra antes de que fuese capaz de meterlas en alguna situación comprometida frente al resto de usuarios.

—En el primer piso no tienen suites.

—¿Era necesario tener una? — la miró a los ojos — ¿No es suficiente con una simple habitación?

—No… — sonrió ardiendo en picardía — necesitamos privacidad y estar alejadas de las demás habitaciones, así no podrán oír…

Alba fue rápida y tapó su boca con la mano, lamentándose por no pensar que Nora no tenía problema en decir lo que pensaba en voz alta. La miró con un poco de reprimenda en su mirada y ella entendió su grito silencioso, así que guardó silencio. Aunque, todos los presentes en el ascensor, parecían leer sus pensamientos porque las observaron con medias sonrisas.

—No querrás que estas personas vean lo que es tuyo, ¿no? — susurró Alba en su oído.

Nora levantó las cejas y sonrió satisfecha, era una situación que le divertía. Había mil facetas

de Nora que nadie conocía, solo las conocía Alba y sentía que era un privilegio único y exclusivo.

—¿Eres mía? — preguntó juguetona susurrando en su oído también.

—Sabes que sí — respondió con sus ojos fijos en los suyos.

—Bésame — ordenó sin apartar sus ojos.

—¿Solo quieres un beso?

—No… — ambas rompieron a reír — pero debo comportarme — se acercó peligrosamente a su boca y susurró a escasos milímetros de sus labios — jamás te expondría a algo que no te guste.

—Y si te digo… — acarició su mejilla con la punta de sus dedos — que no puedo besarte sin perder el control…

—Entonces te frenaré yo — se acercó un poco más.

—Genial.

Alba eliminó la poca distancia que había entre ellas y disfrutó de la humedad de sus labios. La destreza con la que invadía su boca, provocó un leve gemido lleno de deseo.

—Ya casi estamos… — susurró sobre sus labios sin apenas separarse — y no estamos solas…

—Una pena — musitó.

La mano de Nora se deslizó con disimulo hasta colarse por debajo de su ropa y acariciar su espalda.

—Me encanta cuando usas ropa de encaje — susurró de nuevo.

El ascensor fue deteniéndose en cada piso, hasta llegar al último, donde debían bajar ellas. Nora empujó a Alba para salir del pequeño cubículo y la guio por el pasillo hasta llegar a una única puerta. Entraron en la enorme habitación en completo silencio. Se miraron presumiendo de la complicidad entre ellas, era fácil crear la tensión y anticipación con la única pista que Nora le dio. Alba reconocía la evolución de Nora en el sexo, había sido capaz de encontrar la libertad para ser ella misma y buscar el placer. En algunas ocasiones, habían hecho juegos básicos, juegos simples, que conllevaban los términos implícitos y, poco a poco, sintieron la libertad de dejarse llevar. Pero algo le decía que hoy iba a ser diferente y no se podía quedar con la duda.

—¿Esta noche jugaremos un poco… o será un entrenamiento?

—¿Entrenamiento? — preguntó sorprendida Nora — ¿Así lo vas llamar?

—Sí — dijo segura, pero se sonrojó levemente.

Nora la miró y enarboló una bonita sonrisa, verla sonrojada por sus propias palabras, le hacía parecer vulnerable y adorable.

—¿Por qué te sonrojas? — musitó acercándose a ella.

—Al escucharte decir que sería un entrenamiento… — bajó la cabeza — me ha recordado al entrenamiento de un perro… — volvió a levantar la mirada — y yo no soy ningún perro.

—¿No quieres ser mi mascota? — le preguntó mientras la envolvía entre sus brazos.

Estuvieron varios minutos entre risas y besos, para luego acompañarla hasta el amplio sofá y ella caminó hasta la pequeña barra que había detrás.

—¿Dónde vas?

—A pedir la comida — respondió mirando la carta de comida.

—Nora… — se quitó la camiseta descubriendo la bonita pieza de tela de encaje que cubría sus pechos — ya no tengo hambre…

Nora levantó levemente la mirada, pero la volvió a centrar en la carta que sostenía entre sus manos. Ignoró por completo las protestas de Alba.

—Paciencia — le guiño un ojo con el teléfono en la oreja y esperando respuesta a su llamada.

Alba frunció el ceño, molesta por su actitud. Fue a levantarse del enorme sofá, pero la voz de Nora detuvo su intención.

—No te muevas de ahí.

—¿Por qué? — respondió desafiándola.

—Porque yo lo digo — su voz continuaba siendo calmada, pero sus ojos eran tormenta y fuego.

Alba contuvo con dificultad el gemido que amenazaba con salir, sintió como su corazón comenzó a latir con tanta fuerza que la conversación que mantenía Nora por teléfono, se convirtió en un murmullo en la lejanía.

—¿Cómo? — Nora sonaba exasperada — ¿Un hotel de este nivel no tiene la cocina abierta a estas horas? — caminaba de un lado a otro — bueno, pues haga lo que pueda…

—Nora… — intervino Alba desde el sofá — no importa, no pasa nada… tampoco tengo tanta hambre…

—Tendrás que cenar algo — dijo mirándola fijamente desde su posición.

—Eres una tozuda — musitó.

—Perfecto, gracias… — sonrió satisfecha — esperaremos al servicio de habitaciones.

Colgó el teléfono, movió sus cejas y sonrió con prepotencia.

—Tendrás tu cena — dijo sonriendo y chasqueando la lengua. Un signo claro de victoria.

Caminó hacia Alba mientras ella continuaba sentada en el sofá con la parte superior de su cuerpo descubierta, simplemente vestía con la fina prenda de encaje que cubría sus pechos. Se arrodilló frente a ella y sus ojos eran como un pantano tenebroso, estaban completamente negros con ligeros tintes de verde. Su mirada era una mezcla de misterio y deseo. Colocó las manos a cada lado de sus piernas, Alba continuaba inmóvil, expectativa al siguiente movimiento de Nora.

—Vamos a jugar a un juego que ya conoces… — susurró Nora — tienes prohibido moverte… prohibido tocarme… si lo haces, nos iremos a dormir.

—¿Cómo?

—Mi juego, mis reglas, ¿recuerdas? — respondió con una enorme sonrisa, pero con un tono firme.

Alba suspiró exasperada. Cerró los ojos al sentir como los dedos de Nora recorrían su espalda lentamente. Sonrió complacida al sentir la lentitud y la adoración con la que le brindaba las caricias. Su tacto era sublime. Los dedos llegaron hasta el enganche del sujetador y lo desabrochó con bastante maestría. Sus ojos se iban oscureciendo cada vez más. Alba sentía como su garganta se le secaba, sus manos temblaban por hacer un sobre esfuerzo por no poder moverlas, entreabrió los labios buscando más oxígeno. Su respiración comenzó a agitarse cuando sintió los labios de Nora recorrer su abdomen. Alba continuaba en silencio, observando cada movimiento, cada gesto de Nora, era una manera de ver sus pensamientos a través de sus actos. Era una forma de intimidad donde mostraba uno de sus lados más vulnerables y al verla en aquel estado, se dio cuenta de que era una parte de ella que hasta ese momento no le había permitido ver. Alba seguía conteniéndose, evitando terminar con el juego, pero le estaba costando más de lo que imaginaba. Hacía un sobre esfuerzo para postergar lo que deseaba hacer, mientras que Nora que, de una forma muy sutil y ligera, seguía complaciendo su deseo. Sus dedos se arrastraban como unas plumas por todo su cuerpo, mientras sus labios recorrían cada rincón de su cuerpo dejando tiernos e irresistibles besos. Su cuerpo se estremeció y echó la cabeza atrás cuando sintió su boca cerca de sus pechos, pero ante lo predecible, Nora desvió sus labios y buscó sus labios. Dejó varios besos en el cuello, desvió su camino hacia una de su mejilla y, al fin, alcanzó sus labios saciando un deseo urgente que habitaba ahí desde que empezó el juego.

—¿Por qué te contienes? — musitó Alba entre beso y beso.

—Porque todavía no has comido.

—Estoy bien… — besó la punta de su nariz — no necesito comer.

—Levanta la cadera — ordenó.

Nora ignoró de nuevo la petición de Alba, ella continuaba concentrada en su propósito. Tiró de su cintura y la liberó de su falda con más facilidad de la esperada. Dejó la falda al otro lado del sofá y, por fin, se inclinó hacia adelante y besó sus pechos mientras sus manos se volvieron a colocar en sus caderas.

—¿Recuerdas una de las reglas de esta noche? — susurró mordiendo su barbilla.

—Sí — dejó escapar en un susurró casi roto.

—¿Cuál?

—Obediencia — en su voz se percibía un gemido lleno de necesidad.

—¿Y qué espero de ti sobre la obediencia? — sus manos recorrían la cara interna de sus muslos y, con un poco de presión, las abrió casi por completo.

—Qué cumpla las órdenes con el fin de complacerte…

Su abdomen se contrajo y su voz comenzaba a quebrarse, las palabras de Nora sonaban demasiado sexuales en ese hilo de voz. Ella continuaba arrastrando sus manos por sus piernas, arañando suavemente, de vez en cuando, la fina tela que todavía cubría su sexo.

—¿Y tú tienes alguna regla?

Al fin, acarició lentamente su centro por encima de la tela y, Alba, casi por inercia intentó cerrar las piernas, pero con una rigurosa palmada Nora se lo impidió. Volvió a abrir las piernas y esta vez con más intensidad.

—Todavía no las sé… — dijo echando la cabeza hacia atrás.

—Mmm… — presionó un poco sobre su centro por encima de la tela — mi chica todavía no sabe sus reglas…

—No…

—Yo creo que sí las sabes.

Alba inclinó la cabeza y la miró fijamente, ella observó la duda que bailaba en sus ojos y, sin previo aviso, se lanzó a dejar un beso fuerte en su centro todavía cubierto por su ropa interior. Alba movió una de sus manos y sujetó a Nora por la cabeza intentando que no se alejase de su centro.

—Las reglas Alba… — sonrió con soberbia — no puedes tocarme.

Ella volvió a colocar la mano a un lado y suspiró desesperada y frustrada.

—Nora…

—Te voy a recordar algunas reglas… — besó la cara interna de su muslo derecho — no puedes moverte… — besó la cara interna de su muslo izquierdo — no puedes tocarme…

Su voz era suave, pero firme, su mano continuaba vacilando por su centro, su postura era dominante y tranquila a la vez. Mientras que Alba era incapaz de controlar su respiración y su voluntad se rendía a sus órdenes. Nora la liberó suavemente de su agarre y se inclinó hacia atrás, separándose la distancia justa para poder mirarla a los ojos mientras seguía preguntándole.

—¿O quizá quieras irte a dormir?

—Voy a controlar mi necesidad y mi deseo… — su voz tembló, pero su mirada desprendía la suficiente intensidad para calmar su necesidad.

Se sonrojó levemente y bajó la mirada, intentando por todos los medios, que su mente y su control cediesen a los deseos de Nora.

—Debes tener paciencia — buscó sus labios para dejar un beso casi salvaje — solo así

obtendrás tu recompensa.

Alba gimió y mordió su labio inferior al imaginar lo que se avecinaba. Su cuerpo tembló levemente cuando descubrió su reflejo en medio de tanta oscuridad. Nora sonrió orgullosa, esto solo era el principio de una noche muy larga.

—¿Esto será como una lección de castigos y recompensas? — preguntó curiosa.

Sus ojos continuaban siendo una mezcla entre negro y verde, su voz era una caricia pecaminosa y sus manos eran adictivas.

—Ven aquí.

Nora se colocó entre sus piernas y la envolvió entre sus brazos para poder besarla con vehemencia. Sentía como su corazón latía con tanta fuerza que se iba a salir de su pecho. Se separaron por falta de aire y Nora ensanchó su sonrisa altanera cuando descubrió la oscuridad que escondían sus ojos. La había llevado al punto exacto donde la quería tener. Gimió con suavidad, sus dedos vacilaban con lentitud alrededor de su centro mientras Alba sentía como sus emociones se descontrolaba. Cerró los ojos para intentar apreciar el momento. Alba se rindió a su tacto era vulnerable a su voluntad y sentirse así con Nora, la excitaba más. Ella se inclinó y besó sus labios mientras introducía sus dedos, no encontró resistencia y sonrió al descubrir una bienvenida tan necesitada. Comenzó el vaivén de sus movimientos sin dejar de besar su cuerpo. Alba echó la cabeza hacia atrás y arqueó el cuerpo para darle mayor acceso, pero sin poder resistirlo, la sujetó por los hombros.

—No me puedes tocar — su voz sonó ruda — las manos a la espalda.

Ella volvió a alejarse y obedeció cada orden por mucho que le costase llevarla a cabo. Sus movimientos subieron de intensidad, pero bajó el ritmo y Alba comenzó a sentir como el deseo y el placer recorrían su cuerpo. Su respiración se entrecortaba y sus ojos se oscurecían por completo.

—Nora… — jadeó — por favor…

—¿Qué? — preguntó juguetona.

—Quiero correrme… no lo soporto.

—Tendrás que soportarlo… — la besó en la boca —tengo muchos planes para ti esta noche…

De pronto, Nora se levantó y se quedó plantada frente a ella, observando como la frustración brillaba en su mirada. Abrió los ojos completamente sorprendida y rápido la miró con un poco de ira por haber parado en ese preciso momento. Que juego tan cruel y excitante al mismo tiempo. Era diferente, nada usual y poco común, que dejaba a Alba pendiendo de un hilo. Sonrió de medio lado, impresionada por la facilidad que tenía Nora de excitarla con sus palabras. Cada vez, se sentía más adicta a esa demanda. Mordió su labio inferior y con sutileza, se removió mostrando su necesidad. Sinceramente, Nora estaba siendo muy imaginativa y estaba logrando hacer de ese juego algo interesante y un poco perverso. Sin previo aviso, la comenzó a besar lentamente y muy sensualmente. Tras unos segundos sumergidas en el contacto de sus labios, Nora apoyó la frente en la de Alba.

—No tardarán en traer la comida… — comenzó a quitarse la ropa — estaría muy bien… — la besó con rapidez — que me lleves al cielo…

Alba la miró desconcertada y ella sonrió con travesura.

—¿En serio?

—Si continuamos con las preguntas… — se quitó los pantalones y luego sus bragas de encaje — no te va a dar tiempo.

—¿Y yo?

—Mi juego… — se subió a horcajadas sobre su regazo — mis reglas… — rodeó su cuello con

los brazos y la besó salvajemente — además… no me creo que no lo estes disfrutando…

—Tienes razón — dijo con firmeza.

Acató sus órdenes y estaba dispuesta a complacer sus necesidades. Entendió el placer que podía llegar a experimentar siendo su objeto de placer y en su mente más perversa, ese simple acto, es suficiente para temblar de deseo. Alba continuaba generando la presión precisa para llevarla hasta el clímax y estaba llegando más rápido de lo esperado. De pronto, tocaron a la puerta.

—Servicio de habitaciones.

Se escuchó al otro lado. Alba presionó con más fuerza como una travesura y sintió como su voz tembló y casi se quebró. Su mirada oscurecida la observó y ensanchó su sonrisa por su osadía.

—¡¡Un momento!! — jadeó en las puertas de su esperado orgasmo.

Treinta y ocho segundos bastaron a Nora para sentir como caía por el abismo. Su cuerpo se derrumbó y su pecho continuaba agitado, mantuvo los ojos cerrados mientras Alba retiró sus dedos lentamente.

—¿Estás bien?

—De maravilla — abrió los ojos y sonrió luciendo su placer.

—La comida…

—Cierto — se levantó con dificultad.

Sintió como sus piernas temblaron por la posición incómoda, pero fue capaz de llegar hasta el baño para vestirse con un simple albornoz y abrir la puerta.

—La comida ya está aquí — dijo de forma cómica.

—Mmm… — Alba se desperezó desnuda sobre el sofá — no tengo mucha hambre… la verdad…

Nora la observó desde su posición, clavó sus ojos en el punto donde convergen sus piernas y cuando Alba se puso de pie para descubrir lo que contenía la enorme bandeja, Nora se colocó detrás de ella. Su respiración golpeaba contra su nuca y sus manos se colocaron, firmemente, por las caderas, pegando sus cuerpos. Alba mordió su labio evitando emitir algún tipo de sonido, un fuerte escalofrío recorrió su cuerpo cuando sintió como su pelvis rozaba con su trasero. Nora se acercó a su oído y un susurro aterciopelado le advirtió sobre las posibles consecuencias.

—¿Así que no piensas comer? — dejó un beso en su mejilla — pues deberías… necesitaras energía si quieres aguantar todo lo que tengo planeado para ti…

Nora aprovechó el despiste de Alba, la empujó con suavidad y ambas cayeron sobre el sofá. Comenzó a hacerle cosquillas y una risa estridente, llenó toda la habitación. Una sensación burbujeante rodeó el ambiente y Alba se sentía protegida sobre su regazo. Giró su cuerpo y se quedó cara a cara con ella, sonrió al descubrir su reflejo en la profundidad del color verde de sus ojos.

—Eres preciosa… — musitó Nora.

—¿Si como algo, tendré mi recompensa?

—¿Qué recompensa? — frunció el ceño.

—No seas cruel… — rodeó su cuello con los brazos — me has dejado a medias.

—¡¡Ah!! Eso… — dejó un camino de besos tiernos alrededor de su clavícula — bueno… iremos viendo…

Alba enarboló una sonrisa llena de felicidad, le sacó la lengua y arrugó la nariz de manera juguetona. Ella continuó con su camino de besos hasta que llegó a sus labios y dejó un beso casto.

—Eres preciosa… — susurró sobre sus labios, permitiendo que sus alientos se mezclasen.

Ese simple, pero tierno gesto, hizo que Alba rompiese a reír, acarició su pelo y, con poca destreza, desabrochó su albornoz dejando expuesto su cuerpo desnudo.

—Acepto tu castigo para más tarde… — besó su hombro desnudo — ahora necesito comer…

Ambas rompieron a reír a carcajadas cuando el ruido del estómago de Alba se interpuso entre ellas.

—De acuerdo.

Se levantó del sofá y caminó hasta el carro de comida, mientras Alba que, continuaba tumbada sobre el sofá, la observaba con una mirada llena de picardía. Nora hizo un plato variado con la comida que había en la bandeja, colocó fruta troceada por encima y volvió para sentarse en la mesa bajita frente a ella.

—No puedo centrarme en comer si tú sigues así… — dijo Alba alzando las cejas al ver que el albornoz continuaba abierto.

—¿Prefieres que me lo quite? — preguntó guiñando un ojo — aunque me parece un poco de mal gusto comer desnuda… No encuentro nada de placer en ello — aclaró y se metió un trozo de fruta en la boca.

—Yo podría acostumbrarme — respondió con algo de timidez

Alba observaba cada detalle de su cuerpo mientras Nora se deshacía de su albornoz y volvía a sentarse sobre la mesa con el plato de comida en la mano.

—Pervertida — dijo al mismo tiempo que abrió las piernas provocativamente.

—Descarada — sonrió y guardó silencio mientras ambas continuaban comiendo.

Tras unos cortos segundos, Nora la miró y ladeó levemente la cabeza.

—No te he preguntado… — soltó una risita burlona — ¿Cómo estás?

—Frustrada — se encogió de hombros — pero bien…

Desvió su mirada al plato que sostenía Nora y le robó varios trozos de fruta, ella se mantuvo en silencio, sus pensamientos comenzaron a divagar, era como si gestionase la respuesta de Alba.

—¿Alguna sugerencia? — dijo con la boca llena.

—No… sabes perfectamente lo que me gusta.

—Sí, lo sé — susurró tímidamente.

—¿Piensas castigarme de nuevo?

—¿Cómo? — levantó la mirada — ¿Qué quieres decir?

—Pues que quiero tocarte… — llenó su boca de fruta y tras masticar un poco continuó — quiero espontaneidad… quiero cruzar algunos límites…

Nora dejó el plato a su lado y se inclinó levemente hacía Alba, necesitaba cerciorarse de su respuesta.

—¿Quieres decir que harás todo lo que te ordene?

—Sí… — volvió a llenar su boca con fruta y espero a continuar — ¿Te gusta la idea?

—Es muy interesante, sin lugar a duda — sonrió — pero necesito saber algo.

—Dime — dejó el plato sobre la mesa bajita y le dedicó toda su atención.

—¿Me permitirás dominar la situación?

—Sí.

—De acuerdo, señorita pervertida… — la besó — pensaré en algo…

—Genial, señorita descarada.

Alba acarició la parte interna de su muslo y la tentó con una suave caricia en su centro, pero retiró enseguida sus dedos, dejándola con las ganas. Continuaron disfrutando de la comida que

había traído el servicio de habitaciones, el tiempo transcurrió entre conversaciones sin mucho sentido y risas espontáneas. Siendo dos mujeres completamente desnudas que disfrutaban de una rica comida a media noche. Alba reconoció que sí necesitaba comer, su cuerpo estaba agradeciendo la necesidad de nutrientes y sentía como recobraba la fuerza que necesaria para continuar con su particular juego. Nora la acompañaba comiendo trozos de fruta variados y, de vez en cuando, le ofrecía algún trozo directamente a su boca. Alba se removía de vez en cuando sobre el sofá, pero no dejaba de comer.

—Estás inquieta.

—Te recuerdo que sigo frustrada.

Nora sonrió ampliamente, dejó de lado su plato y se levantó con intención de alejarse, pero Alba la envolvió con sus piernas rápidamente por la cadera y la atrajo hacia ella con tanta fuerza, que cayó sobre su cuerpo.

—Joder… — dijo entre risas — no pensaba que pesaras tanto…

—¿Me acabas de llamar elefante?

—¡No! — se apresuró a aclarar.

—Por qué me identifico más con un hipopótamo… — comenzó a divagar — por su fuerza sabes…

—Nora… cariño…

—También podría ser un orangután…

—Esto deja de ser excitante… — le tapó la boca con su mano — y quiero sexo… créeme…

—Solo intentaba aclarar cómo me siento — su rostro lucía una mueca casi culpable, pero traviesa en el fondo.

—¿Sabes cómo me siento yo? — levantó la cabeza un poco — ¡¡¡Muy frustrada!!!

—¿Quieres tu recompensa?

—Sí.

Con la rapidez de un felino, Nora sujetó su cintura con fuerza e invirtió las posiciones, dominando la situación.

—Ahora el juego ha cambiado… — le dio una palmada en el culo — debes tocarme hasta que mi cuerpo tiemble de placer.

—Pero… — frunció el deño.

—Sí no obedeces, nos vamos a dormir.

Alba la miró desafiante, intentando encontrar un ápice de diversión, pero sus palabras eran firmes, así que asintió y empezó el juego.

—Te daré lo que tanto deseas — musitó con los ojos en llamas por el deseo.

La respiración de Alba comenzó a descontrolarse al sentir la intensidad de sus caricias. Nora mordió, suavemente, la piel de su cuello, pero lo hizo con una fuerza contenida. No quería dejar marcas y ella tragó el gemido que amenazaba escaparse entre sus labios. Su cuerpo tembló al sentir sus dedos vacilando por su centro, antes de que sea capaz de encontrar el punto exacto, Alba era incapaz de contener el gemido y no encontró más remedio que liberarlo. Nora levantó la mirada y en sus ojos destellaba un brillo de triunfo y gozo. Alba gimió más alto al sentir como sus dedos se adentraban lentamente, sus movimientos eran intensos, pero pausados. Su propia lujuria no le permitía definir con exactitud si lo hacía por fastidiar o por perversa.

—¿Estas disfrutando?

—Sí…

Alba le respondió como pudo, retorció su cuerpo al sentir como su interior se contraía al borde del abismo. Nora sonrió con algo de acidez y con mucha victoria. Ella volvió a gemir con un

grito ahogado y desesperado. Al darse cuenta de la libertad con que lo hizo, su estómago se contrajo intentando contener los siguientes gemidos, pero le resultó imposible. Nora apresuró sus movimientos al sentirlos presos por su carne y Alba liberó un gemido agónico de deseo y placer.

Ambas habían descubierto que la mezcla entre el control, la negación, el deseo y la dominación, resultaba ser un juego bastante intenso. Conocían muy bien los límites de cada una y jugaban respetándolos para evitar que algo se rompiese y lo practicaban con cuidado.

Pasaron los minutos como si fuesen horas, Alba sintió una debilidad que se apoderó de su cuerpo y sus gemidos eran necesitados. Creando una sinfonía sin fin que Nora utilizaba para aumentar la intensidad. Cuando sintió que su cuerpo era incapaz de continuar, se dejó caer sobre Nora completamente derrotada de placer. Ella dejó un tierno beso en su frente.

—¿Bien?

—Lo has hecho muy bien — respondió enarbolando una sonrisa llena de satisfacción.

Lejos se había quedado la frustración. Esa sonrisa hizo sonreír también a Nora, que lo tomó como un elogio mientras sus dedos continuaban moviéndose, a pesar de que se sentían atrapados entre sus paredes. La tensión de su cuerpo llevaba librándose varios segundos y sus piernas comenzaron a sufrir algún espasmo. De pronto, Alba sintió como los fuertes latidos de su corazón la ensordecían y escuchó la voz de Nora en la lejanía y casi distorsionada.

—Esto no termina aquí…

Se lanzó sobre sus labios y la besó salvajemente, luego fue bajando recorriendo toda su piel con la punta de su lengua. Alba negaba con la cabeza de manera casi enérgica, sabía perfectamente cuál era su objetivo y sentía que iba a ser un placer insoportable. Continuó bajando hasta colocarse entre sus piernas y respirar sobre su sexo.

—Nora… — susurró mientras se retorcía sobre el sofá — estoy muy sensible…

—Bien… — su lengua vaciló entre sus pliegues — como a mí me gusta.

—Para… por favor…

Nora ignoró sus protestas y continuó con su propósito. Alba no dejaba de retorcerse mientras ella aumentaba la presión de su lengua.

—¡¡Joder!!

Sentía su respiración caliente contra su sensible centro, descendió su brazo para enredar los dedos en su pelo. Estaba siendo un auténtico castigo.

—Nora… — volvió a sentirse al borde del abismo — por favor…

Cada cierto tiempo, se separaba un poco para poder coger aire y poder continuar, generando una sensación casi desesperada. Alba comenzó a sentirse demasiado frágil, estaba siendo una montaña rusa de sensaciones. Su lengua ávida continuaba atacando en el punto exacto y ella solo fue capaz de volver a llamarla con una voz temblorosa antes de caer por el abismo.

Nora trepó por su cuerpo, la besó con fuerza y se quedaron abrazadas. Le encantaba sentir su calidez después de una sesión de sexo como la que acaban de tener. Nora la estrechó contra su cuerpo y comenzó a dibujar patrones inconexos por toda su espalda, mientras que Alba se centraba en escuchar los latidos de su corazón, ella le regalaba susurros llenos de amor.

—¿Estás muy cansada? — besó su frente — debe de amanecer pronto…

—¿Qué hora es? — preguntó Alba algo confundida.

—Casi las seis de la mañana.

Tenía razón, el cansancio estaba haciendo mella en su cuerpo, Nora se colocó a su lado y tiró de una fina manta para cubrir sus cuerpos desnudos. Comenzaron a hablar de sus trabajos, de temas triviales que les provocaban sonrisas sinceras y cada vez eran menos conscientes de sus palabras, fueron el refugio de su cansancio.

CAPÍTULO 7

¿Tu casa?

La sala del tribunal estaba llena de tensión, un espacio denso donde las miradas se cruzaban con un aire de desconfianza y los murmullos eran apenas un susurro. En el centro de todo, destacaba Nora, con la mirada inquisidora y su voz firme, era conocida por su tenacidad y su impecable manejo de los casos más complejos. Llevaba un traje azul marino y el cabello recogido en una coleta alta perfecta. Ella se movía con seguridad por la sala, destilando confianza en cada palabra que pronunciaba.

—Señoría, los hechos son claros como el agua — señaló al hombre que se había sentado junto a ella durante todo el juicio — mi cliente, es un hombre trabajador y honesto, se ha visto envuelto en una trampa orquestada con el único fin de desacreditarlo. Las pruebas presentadas por la acusación no son más que un conjunto de suposiciones sin fundamento — alegó con un tono de voz que proyectaba con claridad.

Su mirada continuaba cortando el aire como un cuchillo, mientras exponía su defensa, se aseguraba de que los miembros del jurado, no apartasen la mirada de ella. Nora se aseguraba de ser magnética en la sala, de mostrar una fuerza imparable. Sus argumentos siempre eran precisos, eran como flechas que daban en el blanco en cada frase. Era evidente que sus clientes confiaban plenamente en ella, y con razón. Nora presumía de un historial de victorias que la convertía en una de las mejores abogadas de la ciudad. Sin embargo, a pesar de la claridad y la contundencia de sus palabras de sus palabras, su mente no dejaba de divagar, de vez en cuando, y alejarse del juicio que estaba viviendo. Por un segundo, la imagen de Alba bailando bajo el reflejo de las luces blancas y rojas del club nocturno, se infiltró en sus pensamientos, dificultando la tarea de convencer al jurado de la inocencia de su cliente.

Alba había mostrado una sensualidad muy natural en cada uno de sus movimientos encima del escenario y fuera de él, siendo capaz de atrapar la atención de Nora que se cautivó de ella, prácticamente, desde el primer momento que la vio por accidente en el baño de los juzgados. Era una mezcla de vulnerabilidad y fortaleza, desprendía un encanto casi hipnótico que la dejaba sin aliento cuando la tenía cerca y desde aquel día, le había resultado imposible sacarla de su cabeza. Sacudió la cabeza disimuladamente para intentar concentrarse. No se podía permitir distracciones en ese momento. La reputación de su cliente estaba en juego y Nora no era conocida por ceder terreno. Se volvió a centrar en su defensa y mientras desglosaba las pruebas, apelando a la razón del jurado, sintió un pellizco en la boca de su estómago. ¿Cómo era posible que, en tan poco tiempo, Alba fuese capaz de ocupar su mente de esa manera?

El juicio había terminado y Nora caminaba por los enormes pasillos con más urgencia de la normal. Su objetivo era salir del edificio para poder encontrar la privacidad que necesitaba. Le brindó una sonrisa complaciente con quien se cruzaba en su camino y la felicitaba por la victoria

en su juicio. Cruzó la puerta inquieta, sacó el teléfono de su bolso y, casi sin pensarlo, buscó el número de Alba, respiró hondo y esperó su respuesta.

—Hola, ¿molesto? — dijo con un tono que no era el mismo que había usado en el juicio, ahora era más suave, casi tímido.

—¿Tú? — se descubrió una sonrisa al otro lado del teléfono — nunca, sabes que me puedes llamar cuándo quieras.

—Hoy tienes la noche libre, ¿verdad?

—Sí, ¿quieres proponerme algo indecente?

Una risa ligera llenó el silencio. Alba sonrió para sí misma, descubrió algo en la voz de Nora, una especie de calidez, era como una ligera alegría que la hacía sentir viva de una manera nueva y algo peligrosa.

Esa misma noche, quedaron en encontrarse en un restaurante pequeño, alejado del bullicio de la ciudad y muy discreto. Alba llegó con un vestido color vino ceñido que destacaba su figura y el pelo suelto cayendo sobre sus hombros. Nora sintió como algo en su interior se revolucionaba, una mezcla de nerviosismo y emoción que no sentía desde hacía años. Alba se acercó hasta la mesa luciendo su mejor sonrisa y saludó a Nora con un cariñoso beso en la mejilla.

El restaurante estaba en un rincón cálido, escondido en una calle peatonal, apenas iluminada por las farolas antiguas que continuaban funcionando en el casco antiguo de la ciudad. El murmullo suave de las conversaciones y el tintineo de las copas, creaban una atmósfera íntima y envolvente. Las paredes de ladrillo a la vista y las luces tenues sobre las mesas, daban un aire muy acogedor al lugar. Era casi como si el mundo de fuera, no existiese.

Nora y Alba se habían sentado en una pequeña mesa junto a la ventana, el cristal empañado por el frío de la noche, contrastaba con el calor que les protegía dentro. Repartido en la mesa, frente a ellas, varios platos de pasta casera con salsas de recetas auténticas italianas y una botella de vino tinto, daban testimonio de una noche en la que el tiempo parecía que se había detenido.

—Nunca pensé que un lugar tan pequeño pudiese tener una comida tan buena — dijo Alba, inclinándose hacia adelante.

Ensanchó su sonrisa mientras jugueteaba con un mechón de pelo.

—Te lo dije — respondió Nora con una sonrisa cómplice — y eso que aún no has probado el postre — musitó con sus ojos lleno de diversión.

—¿Postre? — Alba levantó una ceja intrigada — ¿Qué estás planeando, Nora?

Nora la miró por un segundo más, esa mirada le provocaba un cosquilleo muy sutil por toda su piel. Estiró la mano sobre la mesa, y con suavidad rozó los dedos de Alba, tacto que provocó un leve temblor por su cuerpo.

—Digamos que debes confiar en mí — respondió Nora, guiñándole un ojo.

Nora dejó escapar una risita ligera que resonó como una campanilla en el aire. Se quedaron en silencio durante varios segundos, atrapadas un instante en una mirada llena de complicidad. Alba apretó suavemente los dedos de Nora, disfrutando de la calidez que desprendía ese toque fugaz.

—Siempre confío en ti — dijo Alba con una voz que apenas sonaba a murmullo.

La conversación continuó, salpicada de risas espontáneas y bromas rápidas. Nora le contaba una anécdota sobre su torpeza en la cocina y Alba, con su risa contagiosa, no podía evitar imaginarla rodeada de ese desastre. Cada carcajada venía acompañada de una nueva mirada fugaz, como si entre cada palabra, entre cada broma, hubiese algo más profundo, algo que no necesitaba ser dicho en voz alta.

El camarero llegó con el postre, una tarta de cinco chocolates que parecía pecaminosa. Alba se relamió con anticipación y Nora, con una expresión triunfante le permitió que diese ella la

primera cucharada. Se llevó a la boca muy despacio el delicioso bocado, generando mucha expectación mientras ella mantenía los ojos fijos en los de Nora, como si fuese una invitación secreta.

—Es… — musitó Alba — esta delicioso…

—No es justo — dijo un poco perdida por el juego de miradas — tú eres muy rápida comiendo.

—Pero soy capaz de compartirlo contigo — respondió Alba juguetona — pídelo amablemente.

Alba rio de nuevo y mientras volvía a meter la cuchara en la tarta, sus dedos rozaron los de Nora, pero esta vez de forma intencionada. La caricia fue ligera, pero suficiente para que ambas sintiesen el calor que emanaba entre ellas.

La noche avanzaba y, aunque fuera dominaba la oscuridad, dentro del restaurante, entre las miradas, las sonrisas y los roces sutiles, todo parecía brillar con una calidez suave. El tiempo había decidido detenerse solo para ellas.

La conversación entre ellas fluía con una facilidad inesperada, Nora hablaba con pasión de su amor por la abogacía, de cómo sentía una enorme satisfacción cuando se hacía justicia a favor de los más vulnerables. Alba escuchaba fascinada, asombrada por la inteligencia y la elocuencia de la mujer frente a ella.

—Nunca he conocido a alguien como tú — confesó Alba, dejando que sus palabras flotaran en el aire entre ellas — tienes una forma de ver el mundo que… me intriga.

Nora sonrió ante sus palabras y una chispa brilló en sus ojos.

—Y yo nunca he conocido a una persona que me mire como tú lo haces — se inclinó sobre la mesa, acercándose peligrosamente — a veces me da la sensación de que pretendes descubrir todos mis secretos…

Alba rio sorprendida por la exactitud de sus palabras, sintió cómo su habitual coraza se desprendía pedazo a pedazo, bajo su intensa mirada. Mientas que toda la fortaleza que Nora había adquirido a lo largo de los años enfrentándose en todos los tribunales, también se desmoronaba.

La noche continuó, llena de risas, de miradas furtivas, de roces accidentales bajo la mesa. Nora sintió una calidez que se extendía por su pecho, una sensación de estar exactamente donde debía estar, aunque no lo hubiera previsto, aunque fuera completamente inesperado.

Nora apagó su ordenador y con un largo suspiro, giró su silla para quedarse frente a su hermana. Tessa continuaba mirándola, esperando pacientemente a que Nora fuese capaz de sincerarse.

—Tessa… — desvió la mirada a sus manos — creo que voy… — su voz titubeó un poco — voy a llevar a Alba a casa esta noche.

Tessa abrió los ojos con una mezcla de sorpresa y una chispa maliciosa al ver la actitud temerosa de su hermana.

—¿A casa? — preguntó apoyando las manos en el escritorio — ¿A tu casa, casa?

Sí, Tessa, a mí casa — confirmó sin darle mucha importancia, aunque en su pecho el corazón latía con una fuerza inusitada — quiero ir a por ella a la salida del trabajo y… pues eso… llevarla a mi casa.

Tessa guardó silencio, se reclinó en su silla y se cruzó de brazos de nuevo, la miró fijamente y su sonrisa era creciente. Nora evitó esa mirada, buscó centrar toda su atención en la ventana de su despacho, fingiendo que el paisaje gris de la ciudad, fuese lo más fascinante del mundo.

—¿Y qué significa eso? — la voz de Tessa adquirió un tono juguetón que hizo que Nora sintiese un calor repentino subirle por el cuello — porque llevarla a casa… solo significa una cosa, hermanita.

El rubor comenzó a envolverla sin piedad, sintió como le recorría el rostro y, por un segundo, deseó desaparecer. No se atrevió a mirarla a los ojos, conocía perfectamente a su hermana y sabía que estaba disfrutando del momento.

—No significa nada — murmuró, aunque su voz la traicionó con un leve temblor.

Tessa dejó salir una risa burlona y se inclinó sobre la mesa acercándose un poco a su hermana.

—¡Venga ya! A mí no me puedes engañar… ¿Estás enamorada de Alba?

La palabra “enamorada” salió de los labios de su hermana como si fuese una flecha directa a su conciencia. Nora sintió que el mundo entero se congelaba en ese instante, mientras que ella, sin ser capaz de encontrar las palabras exactas, solo atinó a recoger sus cosas y colocarse su abrigo.

—No digas tonterías — musitó finalmente con un hilo de voz, sabiendo que sus palabras no eran suficientes para detener la sonrisa traviesa de su hermana.

—¡Nora y Alba, la pareja del año! — exclamó en tono risueño mientras seguía con la mirada cada movimiento de Nora.

Y antes de que Tessa pudiese añadir algo más a su comentario o que fuese capaz de indagar en esa posibilidad que ni ella misma estaba preparada para afrontar, Nora salió de su despacho con bastante rapidez.

—Hablamos mañana — dijo como despedida.

Nora caminaba con una mezcla de nerviosismo bastante visible y, sin mirar atrás, llegó hasta el ascensor bastante rápido, dejando a su hermana sola en su despacho mientras que sus risas continuaban resonando en su mente.

—Gracias por pasar a recogerme.

—No te creas… — Nora miró por el retrovisor para comprobar que podía incorporarse a la carretera — he sido un poco egoísta… — Alba frunció el ceño — así paso más tiempo contigo.

Alba estiró su mano y la colocó encima de la mano de Nora, ambas sonrieron al sentir su contacto, pero continuaron en silencio casi todo el trayecto. Alba se sorprendió al descubrir que entraron en el garaje de un lujoso edificio.

—Pensaba que iríamos a un hotel… — dijo observando por la ventanilla del coche.

—Y lo he pensado… — sonrió y la miró un poco de reojo para comprobar su reacción — pero he tenido un día muy ajetreado y se me ha olvidado reservar una habitación… y para ser sincera… — giró su rostro y se quedó a escasos centímetros de su boca — me apetecía traerte a

mi casa.

—¿Tu casa? — observó el amplio garaje y los diferentes coches de alta gama — debería haber apostado un mes de café gratis… — ambas rompieron a reír a carcajadas.

—Lo siento si esto parece ostentoso…

—No, tranquila… — la besó en la mejilla — es un poco abrumador, pero está bien.

Alba entrelazó sus dedos y caminó junto a Nora dejándose guiar por ella hasta entrar en su casa. Era una vivienda unifamiliar, de techos altos y grandes ventanales. A pesar de que predominaba el color blanco, el acero negro y la madera, combinaban a la perfección. Nora lanzó sus cosas sobre un sofá de grandes dimensiones y Alba se quedó plantada en medio del amplio salón mientras ella caminaba hacia la cocina.

—¿Quieres cenar algo?

—No tengo mucha hambre… — dijo observándola — ¿Tú vas a cenar algo?

—Yo voy a tomarme una pastilla… — se puso la mano sobre la frente — este dolor de cabeza me va a matar… — bebió agua directamente de una botella que sacó de la nevera y miró a Alba — ¿Estás bien?

—Un poco preocupada por ti… — se acercó a ella — debería haberme ido a casa y dejarte dormir… — musitó rodeando su cintura con sus brazos.

—Bueno… — la besó tiernamente — podemos dormir aquí… — la rodeó entre sus brazos y la estrechó contra su cuerpo — juntas…

Sentada sobre el borde de la cama, observaba sin perder detalle, como Nora se iba quitando la ropa lentamente. Ella era incapaz de apartar su mirada, sintiendo como el deseo por acariciarla con sus manos, aumentaba sin poder remediarlo, se humedeció los labios deseando recorrer su piel, sonrió ardiendo en picardía y un brillo de malicia bailaba en sus ojos. Sonrió al recordar que, a veces, su fuerte carácter la sacaba de quicio. Se pasaba la mayor parte del día seria, como si estuviese enfadada con el mundo, pero, aun así, estaba guapa. Su maquillaje siempre era natural, nada excesivo, porque en realidad no le hacía falta, su belleza era natural. Casi siempre llevaba el pelo recogido en una coleta alta, dando una imagen de confianza, pero cuando se soltaba el pelo, era una imagen que se clavaba en su retina y tardaba varios días en borrarse. Alba descubrió que, debajo de esa imagen de mujer dura y empoderada, Nora podía ser dulce cuando menos se lo esperaba y era leal hasta la médula. Amaba a su hermana por encima de cualquier cosa en el mundo, respetaba y admiraba a su padre, era responsable con su trabajo y cada vez se inclinaba más a defender a las causas perdidas. En algunas ocasiones, daba la sensación de que no sabía lo que quería o tal vez sí lo sabía, pero quizá solo era miedo por descubrirse frente a alguien y sentirse vulnerable. Alba continuaba con la mirada fija en cada movimiento de Nora por toda la habitación, admirando la clase que desprendía, casi oculta por la falta de sueño que demostraba. Ella se describía como una mujer lista, pero algo bruta en algunos aspectos y quizá por eso le atraía tanto a la mujer que tenía enfrente. Nora era de esas personas de las que no sabías por qué, pero te enamorabas desde el primer día y Alba esperaba tener la suerte de enamorarla también.

Nora entró en el baño y tras, unos minutos, salió completamente desnuda, caminó dando grandes zancadas hacia Alba y ella fue consciente, en ese preciso momento, que acababa de perder el control al tenerla tan cerca y desnuda. Se colocó a horcajadas sobre ella y dirigió su rostro hacia su cuello, respiró fuertemente y sonrió sobre su piel. Alba no olía a algún tipo de perfume barato, ni tan siquiera medio caro, era su aroma natural y para Nora era un olor exquisito.

—¿Lista para dormir? — preguntó de repente ante la sorpresa de Alba — quiero dormir…

—No quieres hacer eso… — respondió con una sonrisa ardiendo en picardía.

—Créeme… — dejó un beso sobre la punta de su nariz — quiero dormir… pero… — se recolocó sobre su regazo, pegando un poco más su cuerpo — no sé qué quieres tu…

—Yo también quería dormir… — colocó las manos sobre sus nalgas — pero si sigues desnuda… — dejó un beso rápido sobre sus labios — sabes perfectamente como acabaremos la noche…

Pasó la punta de su lengua perfilando su labio inferior, mientras los verdes ojos de Nora se oscurecían cada vez más por el deseo.

—¿Prefieres que duerma en el sofá? — preguntó — quizá necesites descansar y de ahí viene el dolor de cabeza que tienes…

—¡No! — rodeó su cuello con sus brazos y se acercó peligrosamente a su boca — dormirás aquí conmigo… pero antes… — la besó con vehemencia — harás que mi cuerpo se estremezca de placer…

Se quedaron sumidas en uno de esos silencios donde se dicen mucho, pero dentro de una comodidad inusual. El latido de su corazón golpeaba su pecho como un martillo, contrastando con los sonidos de la respiración agitada de Nora. Un abismo de deseo y de arrepentimiento, al mismo tiempo, se instaló entre ellas. Su mente comenzó a ser un avispero de ideas de se debatían entre el deseo de hacerla suya una vez más y el sentido común de dejarla descansar para evitar que enfermase. Pero de momento el recuerdo de su cuerpo estremeciéndose bajo sus manos, persistía en su mente.

—¿Qué piensas hacer entonces? — preguntó Nora con el tono de voz más sensual que Alba había escuchado en su vida.

—Pues, que tengo una bella mujer desnuda sobre mí… — acarició sus muslos — sería una locura no complacerla en todos sus deseos.

—Gran respuesta.

Nora la sujetó por la nuca y la acercó a su boca para comenzar un beso lleno de intenciones y sensualidad. Y tuvo arte, un arte capaz de erizarle la piel con tan solo mirarla a los ojos. Alba se refugió una vez más en aquellos ojos que la enamoraban cada vez que le mostraban su reflejo. Si supiese de todo lo que estaba dispuesta a dar por ella, Nora no dudaría ni un segundo en todo el amor que habitaba en su interior. Sería capaz de dar hasta lo que no tenía, por seguir a su lado por mucho tiempo.

Tras una sesión de caricias, besos y deseados orgasmos, Alba estrechó a Nora entre sus brazos y fue entonces cuando se dio cuenta de que nunca se había sentido tan segura. Mientras que Alba sentía que abrazarla era lo mejor que podía existir en su vida. Se hizo una promesa a sí misma, ella no era perfecta ni la más bonita, pero iba a ser la persona que le daría la mano a Nora en sus peores momentos y que jamás la dejaría sola. Siempre deseaba lo mejor para ella.

—Desde que viniste a verme al club la primera vez… — susurró sobre su cabeza — solo quiero abrazarte y tenerte así… — la estrechó con más fuerza contra su cuerpo — entre mis brazos… Me das mucha paz… — dejó un beso sobre su cabeza y continuó — estoy acostumbrada a que la gente se vaya de mi vida, pero siento que si tú te vas… se me caería el mundo encima.

Nora sonrió sobre su piel y dejó un beso cerca de su clavícula, sentir la sinceridad en sus palabras, había conmovido su cuerpo más que la sesión de sexo que le había brindado momentos antes.

—Vales la pena… mucho — la miró fijamente a los ojos — la espera, la alegría al verte, los miedos que provocas, las risas, buscar cinco minutos para estar contigo… te prometo que lo

vales absolutamente todo…

—Te voy a confesar algo… — apretó los labios ocultando una tímida sonrisa que pretendía escaparse — mi única fantasía es que cuando estes conmigo y me mires a los ojos… — recorrió su espalda con la punta de sus dedos — sientas que es un lugar seguro… Un lugar dónde quieras quedarte…

—Te aseguro que así es — la besó con toda la sinceridad que podía mostrar y que habitaba en su interior.

Con cada abrazo, desprendían las ganas de no querer soltarse, de no querer alejarse. La única intención que pretendían, era fundirse en una sola y poder quedarse así para siempre.

Un ligero ronquido hizo sonreír a Alba, por fin Nora había sido capaz de caer en un profundo sueño entre sus brazos. Inhaló una gran cantidad de aire para llenar por completo sus pulmones y fue dejándolo salir poco a poco, saboreando la paz y tranquilidad del momento. El silencio que las envolvió, era como una suave brisa que te mecía con suavidad. Silencio que solo se veía interrumpido por la profunda respiración de Nora mientras se entregaba a Morfeo, sin embargo, para Alba ese suave sonido que salía entre sus labios, era como una nana que acunaba sus pensamientos y le permitía acompañarla con Morfeo.

CAPÍTULO 8

No podemos seguir juntas

Los primeros rayos de sol iluminaban la habitación sutilmente. Alba rodó por la cama y descubrió que Nora no estaba, inspiró fuerte el olor de su almohada y reconoció su perfume, siendo el único rastro de ella por toda la habitación. Se levantó de la cama, con la poca energía que todavía conservaba de la noche y se dirigió al baño, pensó que quizá tuvo una urgencia y se fue a trabajar antes de tiempo. Una buena ducha de agua caliente, recompondría su cuerpo. Al rato, salió envuelta solo con una toalla, que se cayó al suelo al llevarse la sorpresa de ver a Nora sentada en el borde la cama. Su corazón saltó de emoción al verla, mientras que la respiración de Nora se volvió más pesada al deleitarse con el cuerpo de Alba desnudo. Ella descubrió el brillo de depredadora que desprendían los verdes ojos de Nora, adivinando sus intenciones, así que se acercó lentamente hacia ella.

—Si no te vistes… — susurró mientras contoneaba las caderas de manera muy sugerente — llegarás tarde a trabajar…

—No me importa llegar tarde — sentenció sin apartar la mirada de su cuerpo.

Alba sonrió y se sentó a horcajadas sobre el regazo de Nora, descubrió que sus pupilas se dilataron al máximo, oscureciendo tanto sus ojos, que casi había desaparecido el verde. Las manos de Nora recorrieron sus muslos con una caricia firme y las mantuvo ahí, frenando a su instinto más primitivo que le gritaba para hacerla suya una vez más.

—Mmm… — Alba la besó intensamente — me encantaría quedarme contigo toda la mañana… — dejó un leve mordisco en su hombro — pero yo no puedo llegar tarde a mis prácticas.

—De acuerdo… — la bajó de su regazo y se puso de pie — pues vístete, por favor… — caminó hacia el vestidor — te acercaré al trabajo.

—¿Qué planeas? — preguntó suspicaz.

La actitud de Nora hizo que Alba sospechase de sus intenciones.

—Si te lo cuento… — continuaba vistiéndose en medio del vestidor — no será tan divertido… — se giró y clavó sus ojos en la mirada desconcertada de Alba — no hace falta que te pongas ropa interior — sugirió con una sonrisa ardiendo en picardía.

—¿Pretendes que me ponga la falda sin ropa interior? — preguntó completamente sorprendida ante una petición así.

No apartó la mirada de su cuerpo mientras se vestía, comprobando con orgullo, que obedecía a su sugerencia y no llevaba ropa interior. Al verse reflejada en el espejo con su falda, y solo con su falda, sintió como su excitación se hizo presente. Por su mente pasó la idea de imaginarse trabajando como cada día, estando tan expuesta y fue una idea que la excitó. Cuando terminó de vestirse, Nora se colocó detrás de ella y dejó varios besos en su cuello.

—Eres tan atractiva… — susurró cerca de su oído — hoy será un día interesante… — sus

dedos se colaron por debajo de su falda y la levantó levemente.

—¿Piensas exhibirme? — preguntó temerosa — ¿Quieres hacer algo en público?

—No, no… — comenzó a reír sobre su piel — no me van los espectáculos con público… — la besó en los labios — y yo jamás exhibiría lo más preciado que tengo.

Nora se arrodilló de repente y escondió su cabeza entre sus piernas, su lengua comenzó a vacilar entre sus pliegues y Alba sintió como sus piernas perdían fuerza. Nora la sujetó con fuerza contra la pared para mantenerla de pie y continuó con su tortura. Cada vez que Alba jadeaba más alto y ella sabía que iba por buen camino, aumentó el ritmo de sus movimientos y su cuerpo comenzó a convulsionar anunciando el inesperado orgasmo. Nora se incorporó y se limpió los labios con el dorso de la mano, lo hizo bajo la atenta mirada de Alba que le pareció tan sexy que se lanzó a devorar su boca con urgencia.

—Hoy me pasaré por tu trabajo.

—¿Para qué?

—Para repetir esto — respondió con una enorme sonrisa.

Alba se lanzó y rodeó su cuello con sus brazos, la atrajo todo lo que pudo contra su cuerpo y la besó con una vehemencia que nunca antes habían experimentado.

—Será un día largo… — susurró sobre sus labios a muy poca distancia — voy a estar muy excitada pensando en que puedes aparecer en cualquier momento…

—Pues tienes prohibido tocarte… — la volvió a besar — debes esperar a que aparezca por sorpresa.

—¿Ese será mi castigo?

—No… — sonrió maliciosamente — será tu recompensa por ser una buena chica.

Alba salió al escenario como cada noche, sin imaginar que esta vez, tendría un final diferente y cambiaría su vida. Desde el centro de la sala, unos ojos no apartaban la mirada de cada uno de sus movimientos. Ella hizo su baile como siempre, luciendo una sonrisa encantadora y guiñando alguna vez los ojos cuando lanzaban billetes los hombres que se sentaban junto al escenario. Cuando terminó el espectáculo, corrió por bambalinas para cambiarse y llegar cuanto antes a casa de Nora.

—Alba… — el encargado del lugar llamó su atención — tienes un pase privado.

—Hoy no… — se dio media vuelta — te dije que hoy tenía prisa por salir.

—Te conviene a ti y a mi… — señaló el pasillo que conducía a la sala privada — ha pagado cuatro veces tu precio.

Alba se detuvo en seco y pensó que podría hacerlo y, aun así, llegar a tiempo. Se encogió de hombros y asintió con la cabeza. Desvió sus pasos y llegó hasta el pasillo de las salas privadas, entró en la sala privada luciendo una sonrisa, este sería el último baile de la noche y después podría llegar a tiempo a casa de Nora para poder cenar con ella y pasar la noche juntas.

—Buenas noches, caballero — caminó hacia el hombre contoneando las caderas.

—Tranquila señorita… — bebió de su copa — solo quiero hablar con usted — Alba se quedó estática al percibir la seriedad con la que el hombre la recibió — discúlpeme, no me he presentado… — extendió la mano — soy Diego Lázaro.

Alba le dio la mano respondiendo al saludo, pero al escuchar el nombre, dio un paso atrás y lo miró fijamente.

—Veo que sabe quién soy.

—Es el padre de Nora.

—Sí, lo soy… — bebió de su copa — veo que es usted una señorita que además de bailar, prácticamente desnuda para un puñado de hombres desesperados, también es rápida pensando.

—No quiero resultar maleducada… — respiró profundo — pero… ¿Qué hace aquí?

—¡Oh! No, no, no señorita, esa curiosidad no es un signo de mala educación, hacer lo que ha hecho ahí fuera — señaló la puerta — sí, es de mala educación y de muy mal gusto.

—¿Ha venido a ofenderme?

—No, solo estoy resaltando la diferencia que existe entre nuestras clases… — volvió a beber de su copa — la diferencia entre nuestros mundos… — la miró de arriba abajo — y le aclaro que la elegancia no depende de riqueza, sino de la ausencia de vulgaridad.

—¿Qué intenta decirme? — Alba entrecerró los ojos y esperó a que Diego continuase hablando.

—Pensaba que eras más lista… — sonrió de medio lado — todos estos años moviendo el culo frente a hombres que te tiran dinero para que les hagas caso… no te ha enseñado nada… — dio otro trago de su copa y continuó — Nora es la heredera de un gran imperio y viene de un linaje de abogados que se remonta más allá de mi bisabuelo… — la miró con el rostro serio — y ahora duda en querer continuar con el legado familiar porque tú te has cruzado en su vida… — se levantó — y es algo que no pienso permitir.

—¿Y cree que su hija es tan manipulable?

—Señorita, si mueve el culo en la intimidad como lo ha hecho ahí fuera… — soltó una carcajada — hasta yo dudaría de la existencia de Dios… — Alba hizo una mueca de rabia — no pretendía ofenderla, solo intento explicarle ciertos matices que nos diferencian.

—No lo veo así… — se cruzó de brazos y dio un paso hacía él — yo quiero a Nora.

Diego se abrochó el botón de su chaqueta y dio un paso hacia ella.

—No me deja otra salida señorita… — dio otro paso y se colocó frente a ella — no la quiero en la vida de mi hija y si ignora mis advertencias, seré capaz de destrozar su futuro, el banco al que le debe el crédito de sus estudios, es de un buen amigo mío, los intereses la ahogaran tanto que no podrá salir de este lugar jamás… — dio varios pasos hacia la puerta — y por supuesto, su continuidad en la universidad… dependerá de un hilo…

—Es un cabrón — musitó Alba.

—No señorita — se dio media vuelta — soy el mayor hijo de puta que se cruzará en su vida, no quiera descubrir hasta donde soy capaz de llegar… — abrió la puerta — le sugiero que medite

mucho que clase de futuro quiere.

Tras esas últimas palabras, Diego salió de allí dejando a Alba más afectada de lo esperado. Se sentó sobre la mesa bajita y escondió la cabeza entre sus manos, ese hombre le había dejado claro su capacidad para destruir el futuro por el que ella llevaba años luchando.

Era media noche, la luz de la luna caía lentamente sobre la ciudad y se filtraba a través de las cortinas del gran ventanal. El silencio que las envolvía era denso, como si un muro invisible las separaba, nada tenía que ver con el ambiente que las rodeaba tiempo atrás. Alba tenía las manos entrelazadas sobre su regazo y sus nudillos estaban completamente blancos por la presión que ejercía. Su mirada vagaba por el suelo, como si fuese capaz de encontrar en él las palabras correctas. Nora la observaba con el ceño ligeramente fruncido, sentía una presión en su pecho, temiendo lo que se iba a atrever pronunciar.

—No podemos seguir juntas, Nora — dijo finalmente, rompiendo el silencio con una voz que sonó más firme de lo que esperaba.

No fue capaz de mirarla a los ojos, toda su atención continuaba centrada en el suelo. Nora parpadeó varias veces, sorprendida, como si aquellas palabras hubieran golpeado más fuerte de lo esperado en su pecho.

—¿Qué…? — balbuceó, y luego, sacudiendo la cabeza logró recomponerse — ¿Qué quieres decir con eso?

Alba respiró hondo, sintiendo como el aire frío ardía en sus pulmones.

—Es… es lo mejor… — apretó los labios intentando detener el mar de lágrimas que amenazaba con precipitarse por sus ojos — no estamos bien… las cosas no están saliendo bien…

—¿Las cosas no están saliendo bien? — repitió Nora, alzando la voz un par de tonos, incrédula por lo que acababa de escuchar — ¿A qué te refieres? ¿Qué cosas?

Alba se removió incómoda en el sofá, su cuerpo entero se tensó como si fuese una cuerda a punto de romperse.

—No lo sé, Nora. Simplemente… — respiró hondo — siento que esto no funciona.

Nora la miró en silencio por un largo momento, buscaba en su rostro alguna verdad oculta. Los ojos de Alba eran dos pozos oscuros profundos que no dejaban entrever nada. Era una cara que conocía tan bien, cada línea, cada sonrisa… y, sin embargo, ahora le resultaba una extraña.

—No me estás diciendo la verdad — dijo Nora finalmente, con un tono suave, casi como una súplica — Dime qué pasa, Alba… Nada de esto tiene sentido… Ayer mismo estábamos bien… todo funcionaba… ¿Qué ha cambiado?

Alba cerró los ojos por un segundo, como si estuviese soportando el mayor dolor que había sentido en su vida. Al abrirlos, se levantó de golpe del sofá, con una energía que hizo que Nora también se pusiese de pie.

—Nada ha cambiado, Nora. Simplemente… no puedo seguir con esto — abría y cerraba las manos de manera impulsiva — No me pidas más explicaciones porque no las tengo.

—Pero… ¡Esto no tiene sentido! ¡Por favor! — agitó sus brazos desesperadamente — ¿Es por algo que he hecho? — la miró fijamente — ¿Hay alguien más? Alba… ¡¡Mírame!! Dime qué coño está pasando.

La desesperación comenzó a filtrarse en la voz de Nora, convirtiéndola más aguda y trémula. Alba sacudió la cabeza, incapaz de mantener la mirada en aquellos ojos verdes en los que había disfrutado perderse.

—¡No! No es nada de eso… — exasperó casi desesperada — Simplemente, no quiero seguir. Lo siento.

Sin pronunciar alguna palabra más, Alba recogió sus cosas y caminó hacia la puerta, se quedó

plantada frente a ella como si no tuviese fuerzas para cruzarla. Nora observó cómo se alejaba de ella y un nudo subió por su garganta, ahogando cualquier intención que naciese en su interior.

—Alba… — susurró con un hilo de voz desde su posición.

Pero las súplicas ya no surtían efecto, ya era demasiado tarde. Alba abrió la puerta y salió de su casa dejándola completamente destrozada. El eco del golpe de la puerta al cerrarse, resonó como un trueno en los oídos de Nora.

Se quedó allí, inmóvil, durante un tiempo que le parecieron siglos, para luego dejarse caer sobre el sofá, cubrió su rostro con las manos y comenzó a llorar desconsoladamente. Sus lágrimas eran silenciosas, pero pronto se convirtieron en sollozos, sonaba como un lamento que llenaba toda su casa. Alba ya no estaba, pero su ausencia lo inundaba todo, cada rincón, cada sombra, cada silencio, parecía gritar su nombre.

Y así, mientras la noche se cernía sobre la ciudad, Nora se quedó sola, aferrándose a los retazos de una verdad que jamás conocería.

La luz del sol se filtraba a través de las cortinas de la sala, pintando el espacio con un tono cálido y anaranjado. Sin embargo, en el sofá, Nora estaba lejos de sentir esa calidez. Se sentó con las piernas cruzadas bajo su cuerpo y se sentó sobre sus talones. Se tapó la cara con las manos mientras Tessa la observaba desde la silla frente a ella, en silencio, sin atreverse a interrumpir. Finalmente, Nora rompió el silencio, con su voz apagada, como si las palabras le costaran salir de su garganta, continuó la conversación.

—No sé qué hice mal — murmuró con un tono entrecortado — Todo parecía estar bien… — alzó la cabeza lentamente — ¿Cómo pudo terminar así con todo? — sus ojos estaban enrojecidos por las lágrimas que habían derramado y sus mejillas todavía estaban húmedas.

Tessa suspiró y dejó sobre la mesa, la taza de café que sostenía entre sus manos. Sabía que cualquier cosa que dijese, no iba a llenar ese vacío, pero también sabía que Nora necesitaba hablar. Soltar todo lo que la estaba rompiendo por dentro.

—¿Qué te dijo exactamente? — preguntó con suavidad.

Se inclinó un poco hacia adelante luciendo una expresión preocupada. Nora soltó una risa amarga, casi sin fuerza, mientras sacudía la cabeza.

—Eso es lo peor… — su voz se quebró — apenas dijo nada… Solo que… necesitaba espacio, que esto no estaba funcionando… — respiró profundo para recuperar las fuerza y poder continuar — Ni siquiera me miró a los ojos, Tessa… Ni tan siquiera me miró… — se llevó la mano al pecho, como si intentase contener el dolor que sentía ahí, en lo más profundo.

Tessa se levantó y se sentó a su lado en el sofá. No dijo nada, guardó silencio por un momento

y pasó un brazo por los hombros de Nora y la atrajo contra su cuerpo.

—Lo siento tanto, Nora — el tono de Tessa era suave, cálido, pero también cargado de impotencia — lo siento… No lo entiendo Nora… — acarició sus brazos — me dijiste que estabais bien.

—Y lo estábamos… — dijo entre sollozos — pero de repente… esto… no puede ser…

—Cuéntame que te dijo exactamente.

—No sé… — sollozó — fue horrible Tessa… — rompió a llorar sin consuelo.

—Me lo imagino… pero cuéntame como sucedió todo.

—Habíamos quedado en cenar juntas… — se limpió las lágrimas con el dorso de su mano — llegó seria… distante… ni tan siquiera me dejó abrazarla… — negó con la cabeza — me dijo que se iba… recogió las pocas cosas que tenía en mi casa y me gritó que no quería volver a verme… que solo había sido una diversión y que no sentía nada por mí…

—¿Cómo? — Tessa estaba sorprendida ante la revelación que su hermana le estaba relatando.

—Es imposible… — volvió a romper a llorar desconsoladamente — no ha podido fingir todo lo que he sentido…

—Nora… — estrechó a su hermana entre sus brazos — tranquilízate, vamos a encontrar una explicación a todo esto…

—Me ha dejado claro que no la busque más… que nunca me ha querido… ¡¡Todo ha sido mentira!!

Nora dejó escapar un suspiro tembloroso y, durante un instante, se quedó inmóvil, simplemente absorbiendo el consuelo silencioso de su hermana. Pero pronto, el desahogo la invadió otra vez, como una corriente que no podía detener.

—Es que no entiendo, Tessa — musitó con la voz todavía quebrada — no entiendo cómo algo tan bueno puede desmoronarse así… — las palabras iban saliendo atropelladas — Siempre pensé que… que éramos felices… — las lágrimas caían con más fuerza y ella las dejaba correr, sin preocuparse por detenerlas — ¿No éramos felices? ¿Cómo no lo vi?

—A veces la gente se guarda cosas… — respondió Tessa — no significa que no fueses feliz… — intentaba encontrar las palabras adecuadas, aunque estaba segura de que ninguna sería suficiente — Tal vez fue Alba la que… no sé… algo dentro de ella cambió y no tiene nada que ver contigo.

Nora se apartó suavemente del abrazo de su hermana, se secó las lágrimas con el dorso de la mano, aunque parecía no poder controlarlas del todo. Se quedó mirando el suelo, fijó su mirada en los zapatos de su hermana y se perdió en sus pensamientos por un momento.

—Es que nunca mostró señales de nada — dijo en un susurro — No tuvimos peleas, ni discusiones… — rompió a llorar de nuevo — siempre reíamos, hablábamos de todo… Hace dos días, me dedicó mil caricias mientras veíamos una película… y todo estaba bien… Y ahora me viene con malas excusas… que necesita espacio… ahora resulta que soy una extraña y todo lo que tuvimos nunca fue real.

Tessa bajó la mirada, sintiendo la rabia mezclada con el dolor de su hermana. Apretó los labios y trató de parecer fuerte para ella.

—Alba… tal vez ni siquiera entiende lo que está haciendo… — susurró Tessa — a veces la gente actúa de forma que ni ellos mismos pueden explicar… — sujetó su mano entre las suyas — eso no significa que tú no valgas la pena ¿me oyes? — la miró a los ojos — no te puedes culpar por algo que nunca viste venir… No es justo para ti.

Nora asintió, aunque su expresión seguía siendo de confusión y tristeza. Pasó una mano por su cara, agotada, como si todo el peso de la situación estuviese finalmente cayendo sobre ella.

—Siento que… — tomó aire — siento que la sigo esperando… — luchó para encontrar las palabras — como si fuese a volver y decirme que todo fue una broma de mal gusto… — su voz se rompió de nuevo y susurró — no sé cómo seguir sin ella.

—No tienes que ser fuerte de inmediato — Tessa la abrazó de nuevo — estaré aquí, Nora. En cada paso, cada día que pase, estaré contigo.

Nora cerró los ojos y apoyó la cabeza en el hombro de su hermana, permitiéndose un momento de descanso en ese refugio familiar y seguro. Las lágrimas seguían fluyendo, pero de alguna manera, el peso parecía un poco más soportable. Aunque seguía sin entender por qué Alba se había marchado, pero tenía el consuelo de no estar sola para superarlo.

El teléfono de Tessa vibró sobre la mesa justo cuando estaba a punto de empezar la película. Era un mensaje de David. Por norma general, no solía escribirle fuera del trabajo, pero al ver su nombre brillando en la pantalla, algo le dijo que no era una conversación trivial.

"Tessa, tenemos un problema. Nora está en un bar completamente borracha"

Tessa sintió como un escalofrío recorrió su columna. Miró la pantalla durante un segundo más, esperando que tal vez el mensaje cambiase o desapareciese, pero las palabras continuaban ahí, pesadas y definitivas. Dejó el mando de la televisión sobre la mesa bajita frente al sofá, su corazón se aceleró y, rápidamente, marcó el número de David.

—¿Qué ha pasado? — pregunto casi sin respirar en cuanto escuchó la voz de David al otro lado.

—Lo siento, Tessa — David suspiró y su tono destilaba preocupación — sé que no es mi lugar, pero acabo de ver a Nora en el bar cerca del despacho… — volvió a respirar hondo — pensé que estaba relajándose un poco después de todo lo que ha pasado… ya sabes, pero… — dudó un segundo — se pasó con las copas… Está bebiendo como si quisiera borrar algo… como si no le importase nada.

Tessa cerró los ojos, sintió como una fuerte oleada de preocupación presionaba su pecho. Sabía que Nora estaba mal desde que Alba la dejó sin darle muchas explicaciones, pero no imaginaba que las cosas hubieran llegado a ese punto. No así.

—¿Dónde está? — preguntó.

Intentaba calmar sus nervios para poder controlar la ansiedad que se arremolinaba dentro de ella.

—En el bar de siempre, el de la esquina… — se oyó un lamento casi en un susurro — está sola… Me da miedo que en cualquier momento pueda hacer algo estúpido… — se quedó en silencio un segundo — pensé en acercarme, pero no quería que se sintiese juzgada… Además, creo que no soy la persona con la que quiere hablar ahora.

Tessa respiró hondo, tratando de pensar con claridad. Sabía que David estaba haciendo lo

correcto al llamarla y advertirle de lo que estaba sucediendo. En su voz se escuchaban destellos de impotencia, pero ella tenía claro que era porque se sentía un poco responsable.

—Gracias por decírmelo, David — Tessa suspiró — Yo me encargo de ella.

Colgó el teléfono antes de darle la oportunidad de responder algo más, su mente ya había trazado un plan para llegar al bar con la mayor rapidez. Corría de un lado a otro, su corazón latía con fuerza, una mezcla de ira, preocupación y tristeza formaban un huracán en su interior. Se apresuró a ponerse una chaqueta, buscó las llaves de su coche y cuando se sentó delante del volante, golpeó varias veces antes de arrancar.

—¡¡Joder!! ¡¡Joder!!

Le resultaba muy difícil ver a su hermana tan perdida. Tan rota. Nora siempre había sido una mujer fuerte, dando una imagen de tenerlo todo bajo control, pero la ruptura con Alba, había detonado algo en su interior.

Cruzó la ciudad conduciendo por las calles más deprisa de lo normal. Cuando llegó al bar, no se molestó mucho en dejar el coche bien aparcado, entró apresurada por encontrar a Nora. El ambiente era el que conocía de otras veces, las luces estaban bajas, música suave y conversaciones dispersas llenando el aire. No le resultó difícil encontrar a Nora. Estaba sentada en la barra y sujetando una copa de whisky medio vacía con su mano. Lucía una expresión distante y derrotada. Tessa se acercó despacio, sin querer alterarla, pero cuando llegó a su lado, ni tan siquiera levantó la mirada.

—Nora… — intentó llamar su atención —¿Qué estás haciendo?

Nora levantó sus ojos y la miró fijamente. Tessa descubrió que sus pupilas estaban vidriosas por el alcohol, pero todavía revelaban todo el dolor que sentía.

—Disfrutando de una copa — respondió arrastrando las palabras — bueno… una… dos… seis… — respondió con una sonrisa vacía — no creo que deba dar explicaciones a nadie… — levantó su copa hacía su hermana — ¿o sí?

Tessa la miró en silencio, comenzó a sentir como el nudo de su garganta, crecía peligrosamente. Conocía, perfectamente, a su hermana y sabía que debajo de esa fachada había toda una tormenta y odiaba verla así. Era muy diferente a la Nora que siempre había sido.

—Esto no eres tú — dijo Tessa con un tono de voz más autoritario — Tú no bebes para olvidar… Jamás huyes del problema… — se apoyó en la barra — Te enfrentas a él.

—¿Y cómo sabes lo que soy? — replicó Nora con un tono de amargura que sorprendió a su hermana — Quizá… quizá no soy como tú crees — la señaló tambaleándose un poco sobre el taburete — No sé quien soy sin ella… — susurró con un hilo de voz.

El tono lastimero que utilizó, hizo que su hermana Tessa sintiese el mismo dolor en su pecho. Nora bajó la mirada y se centró en el borde del vaso que sostenía, su voz se suavizó un par de tonos, era como si hablase consigo misma.

—La quiero… — sonrió amargamente — y le dio igual… se fue como si nada… — dio un pequeño sorbo — Cómo si todo lo que compartimos… no valiese nada…

Tessa no pudo contenerse más. Se inclinó hacia adelante y abrazó a Nora desde su posición. El contacto fue suave, pero firme, lleno de la fuerza que su hermana necesitaba.

—Nora, lo siento, sé lo difícil que es… — la miró a los ojos — pero autodestruirte no va a cambiar nada… — le quitó el vaso de la mano — no va a volver porque te bebas todo el whisky de la ciudad… — se sentó en el taburete junto a su hermana — Tú vales más que esto…

Nora apretó los labios, sus ojos se anegaron de lágrimas e intentó no derramarlas y, por un segundo, Tessa pensó que su hermana iba a derrumbarse. Pero en vez de eso, Nora respiró hondo, temblorosa y señaló el vaso medio vacío a pocos centímetros de ella.

—Tessa… una más… — la miró con los ojos rojos por las lágrimas — por favor…

Pero antes de que fuese capaz de pedir otra copa, Tessa le arrebató el vaso y lo colocó fuera de su alcance. La respuesta de Nora fue una mirada llena de confusión y dolor.

—Vamos Nora… — pasó un brazo por su cuello y la sujetó de la cintura para ayudarla a caminar — esto no puede seguir así…

A Tessa le costó más que otras veces sacarla del local y sentarla en su coche. Llevaba casi dos semanas cuidando de su hermana. Los primeros días no quería salir de casa y se pasaba las horas llorando y bebiendo hasta desmayarse sobre el sofá. Tessa cada vez estaba más preocupada por el estado de Nora, ni tan siquiera iba a trabajar, no era capaz ni de responder a las llamadas. Intentó ocultar su estado a su padre, pero si continuaba así, no le quedaría más remedio que pedirle ayuda.

Tessa se quedó toda la noche con ella, entre sueño solo hacía que pronunciar el nombre de Alba, ella intentó localizarla en varias ocasiones para contarle el estado de Nora, pero le resultó imposible dar con ella. Las primeras luces de la mañana se colaron por la ventana, Nora pestañeó varias veces, pero el dolor de cabeza limitaba sus movimientos. Intentó incorporarse y la habitación comenzó a dar vueltas, provocándole nauseas, se dejó caer sobre la cama otra vez y se sujetó la cabeza con ambas manos.

—¿Te arrepientes de beber tanto?

Tessa estaba junto a la cama sujetando un vaso de agua y un analgésico, últimamente estaba resultando ser su salvadora.

—Lo siento… — musitó.

—Nora, llevamos con esto dos semanas… — se sentó en la cama junto a ella — esa mujer que ha despreciado tu amor… no merece tanto…

Nora miró fijamente a su hermana y descubrió que sus ojos se humedecían, fue consciente del daño que estaba causando a la persona que más quería en el mundo. Desde que Alba se marchó, Tessa había estado a su lado las veinticuatro horas del día. Recapacitó sobre las palabras que su hermana le había dicho, debía pasar página.

—Tienes razón… — se tomó la pastilla y se bebió toda el agua que contenía el vaso — dame hoy para recuperarme y mañana estaré al pie del cañón como siempre.

CAPÍTULO 9

Ayuda legal

David la esperaba en la puerta de la sala con la información en la mano, Nora sonrió al verlo, era el ayudante más eficaz. Era un chico muy aplicado y responsable con su trabajo, ella apostaba a que llegaría a ser un gran abogado.

—¿Qué tenemos? — preguntó cuando recibió la carpeta de David.

—Un juicio por desahucio… — señaló un párrafo de la documentación que contenía la carpeta — el edificio ha sido adquirido por el fondo de inversión del banco y ahora quieren echar a una mujer que lleva viviendo ahí setenta años.

—¿Edad de la mujer?

—Noventa y dos años.

Nora cerró la carpeta de golpe y miró fijamente a David.

—¿Y la quieren echar a la calle?

—Quieren demoler el edificio para hacer las nuevas oficinas del banco.

—Joder… — se pasó la mano por la frente — no voy a defender esto.

—Pero…

—Estoy cansada David, el poder acaba ganando a la justicia y no debería ser así… — miró a su alrededor — ¿Dónde está el abogado de la otra parte?

—Es el chico aquel de allí — David señaló disimuladamente.

—Pero si es solo un crío… — lo miró fijamente — ¿Cómo pretende esa mujer ganar el juicio con ese niñato?

—Es una mujer sin recursos que ha pedido ayuda a Ayuda Legal.

Nora miró al suelo y pensó durante varios segundos, David se limitó a observarla y esperar la siguiente orden.

—De acuerdo… — le dio la carpeta a David y caminó hacía el joven abogado de la defensa — vamos a darle la última alegría de su vida a esa mujer.

—Nora… — David intentó llamar su atención, pero ella no se detuvo — ¿Qué pretendes hacer? — susurró mientras la seguía.

Nora lo ignoró y continuó su camino hasta llegar al joven abogado, se presentó y lo invitó a entrar en una de las salas de conciliación para intentar llegar a un acuerdo y no ir a juicio. Su experiencia le gritaba que, si entraban en la sala frente al juez, ese joven chico no daría la talla para defender a la mujer y se vería en la calle por culpa de una entidad llena de poder y sin escrúpulos. Así que su conciencia le dicto lo que debía hacer. Lo correcto. Nora redactó un informe donde la señora de noventa y dos años, cedía su casa al fondo buitre, pero tres años después de su fallecimiento. El joven abogado miraba el documento sin poder creérselo, no había expuesto ninguno de sus argumentos y ya tenía el caso ganado.

—No lo entiendo… — susurró David cuando ambos abogados firmaron el documento.

Nora no respondió, se dedicó a observar como la señora de noventa y dos años se abrazaba al joven abogado y se fundían en un mar de lágrimas. Ella no pudo evitar que sus ojos se anegaran al ser testigo de dicha escena.

—Para esto estudié derecho — musitó a su compañero mientras cogía su cartera de piel y salía de la sala sonriendo y satisfecha por el acuerdo.

Nora se dejó caer sobre su sillón de cuero, observó la cantidad de papeles esparcidos sobre la mesa de su escritorio y, aun así, sonrió al sentir la satisfacción resonando en su pecho. La reunión con la parte contraria, había sido más larga de lo esperado, fue un tira y afloja enérgico, las voces de los representantes del banco fueron frías y calculadoras, pero Nora, con su voz firme y templada, se enfrentó a todos ellos. Nora defendía a la mujer de noventa y dos años, frente a sus propios clientes, la señora había mantenido su dignidad intacta, estaba sentada en silencio mientras se decidía el futuro de su hogar desde casi setenta años. Después de un buen rato negociando y, contra todo pronóstico, firmaron el acuerdo. La señora podía vivir tranquila sus últimos años en su casa.

Nora exhaló lentamente, disfrutando del silencio que envolvía su despacho, casi como un manto de serenidad que batallaba con la agitación que sentía en su interior. Desde su ventana, las luces de la ciudad comenzaban a iluminar las calles, el invierno hacía su presencia y miró sus manos, las mismas manos que una hora antes había firmado un buen acuerdo. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió en paz con la justicia.

Una pequeña sonrisa llena de melancolía, se abrió paso entre sus labios. Lo había conseguido. Había evitado que una entidad inhumana por su codicia, con poder y mucho dinero, echase a una mujer de su casa de toda la vida. Ese pensamiento, no le traía el alivio que ella necesitaba, descubrió que escondía una sombra diferente. Había algo en ese triunfo que le empujaba a reflexionar sobre los casos anteriores. Casos innumerables contratos firmados para ricos y poderosos, aquellos para quienes la justicia no era más que una barrera incómoda a sortear con un buen equipo legal. Durante años, había defendido a esos mismos clientes con una habilidad impecable. Estaba claro que era buena en su trabajo, no había ninguna duda, pero ahora, en la tranquilidad de su despacho, ya no estaba tan segura de estar haciéndolo bien.

Recordó el idealismo con que estudió la carrera. Era una abogada dispuesta a cambiar el mundo, quería defender a los que no tenían voz, usar las leyes como un escudo para los más vulnerables. Sin embargo, el poder de convicción de su padre, la llevó a creerse sus promesas de éxito, de prestigio y de la comodidad económica entre lujos. El sistema judicial, tal y como lo había conocido hasta ese día, estaba diseñado para los poderosos y ella había sido parte de ese engranaje.

La imagen de la mujer mayor sentada en la sala del juzgado, volvió a su mente. La expresión en su cara cuando, al fin, entendió que no iba a perder su casa, la hizo sonreír. Esa gratitud silenciosa, la mezcla de alivio y cansancio por vivir una vida larga, era algo que Nora no apartaba de su mente. No dejaba de pensar en lo injusto que era que personas como ella tuviesen que luchar tanto por algo tan básico como proteger tu casa, mientras que sus clientes habituales, millonarios y grandes corporaciones financieras, ganaban con astucia y sin remordimientos por sus actos. ¿Cuántas veces había manipulado la ley en favor de esos miserables? Demasiadas.

De pronto, la soledad de su despacho, comenzó a sentirse diferente. No se sentía una mujer satisfecha por sus logros en su carrera, sino sentía que necesitaba redirigir el rumbo de su vida. Nora observó en silencio los diplomas enmarcados y colgados por la pared, desvió su mirada hacia la estantería y observó las fotos que recordaban a celebraciones con otros colegas. No se reconocía en ninguna de esas fotos.

—No quiero seguir haciendo esto… — murmuró para sí misma.

Por lo menos, no de la misma manera. Defender a la gente millonaria, que tienen todos los recursos a su disposición, no era la justicia que había imaginado mientras estudió la carrera. La justicia de verdad, la que había prometido defender cuando juró su profesión, era la que había descubierto en los ojos de la mujer mayor que iba a perder su casa.

Cerró los ojos y dejó que el silencio la envolviese de nuevo. Tal vez, era el momento de cambiar. De replantearse, no solo su forma de trabajar, sino su forma de vivir. De dejar de ser una simple herramienta, para todos lo que se creían al margen de la ley y empezar a buscar a aquellos que, como esa mujer mayor, no tenían más defensa que su dignidad y su humanidad.

El camino sería más difícil y lo sabía, pero, por primera vez en mucho tiempo, la idea de ese desafío le provocaba una sensación muy reconfortante. Una emoción distinta.

—No tengo tiempo para ti — dijo Nora sin levantar la mirada de los documentos que estaba leyendo.

—Pues me vas a escuchar, quieras o no… — Tessa se sentó en la silla frente a ella — ¿Tú sabes que si pierdes juicios, perdemos a los clientes también?

—No puedo más… — dejó de lado los documentos y miró a su hermana.

—Tómate unos días, vete a la playa, emborráchate, baila, folla… — apoyó las manos sobre la gran mesa de caoba — ¡¡Diviértete!!

—No lo entiendes… — escondió la cabeza entre sus manos — quiero dejar el despacho.

Al final se atrevió a pronunciar las palabras prohibidas. Tessa la miró fijamente en silencio, tardó varios segundos en reaccionar, su mente gestionó cada una de las palabras de su hermana.

—¿Qué coño estás diciendo? — se levantó y se inclinó sobre la mesa — ¿Cómo me vas a dejar sola?

Nora volvió a esconder la cabeza entre sus manos y rompió a llorar. Tessa se sorprendió al ver a su hermana tan rota, rodeó la mesa y la estrechó entre sus brazos, pero parecía que Nora no encontraba consuelo. Acunó la cara de su hermana entre sus manos y la miró tiernamente a los ojos.

—Nora… — susurró Tessa — ¿Qué sucede?

—Estoy cansada de defender al poder y no hacer justicia… Hoy un fondo de inversión poderoso… — se limpió su rostro con el dorso de su mano — pretendía dejar en la calle a una señora de noventa y dos años… — sus lágrimas volvieron a precipitarse por su rostro — Tessa… noventa y dos años… — se aferró al cuerpo de su hermana y lloró sin consuelo — ¿Cómo defiendes eso?

—Nora, no te puedo ver así… — la estrechó con fuerza entre sus brazos — busquemos una solución… pero no abandones el barco… por favor…

Tessa rompió a llorar también, ver el dolor reflejado en los ojos de su hermana, la conmovió como nunca antes. Nora sintió como el cuerpo se su hermana tembló, levantó la mirada y al verla llorar también, se puso de pie y ambas se fundieron en un abrazo.

Tardaron varios minutos en recuperar la calma y cuando el sosiego las rodeó, se sentaron juntas, para encontrar una solución.

—Primero, lo más importante… — Tessa estrechó sus manos entre las suyas — ¿Qué necesitas?

—Sentir que mi trabajo sirve para algo.

—Bueno… — sonrió de medio lado — yo vivo entre lujos gracias a tu trabajo… — Nora hizo una mueca y Tessa levantó las manos en señal de perdón — ¿Qué quieres hacer?

Nora levantó la mirada, posó sus ojos en el techo y estuvo en silencio varios minutos. Tessa le dio el tiempo necesario, conocía a su hermana y sabía que no diría nada que no sintiese de verdad.

—¿Sabes qué he sentido hoy? — ladeó la cabeza — me hubiese gustado ser la abogada que defendiese a la mujer de noventa y dos años… y no la defensora de un poder sin escrúpulos que solo busca su propio beneficio.

—Pues hazlo.

—¿Qué quieres decir?

—Defiende a gente sin recursos… ¿Qué te lo impide? — se encogió de hombros — pero también defiende a algunos de nuestros clientes, yo te prometo destinar parte de los beneficios del despacho para la gente sin recursos.

Nora se quedó en silencio, no dejó de mirar fijamente a su hermana. Analizó una a una cada palabra que Tessa había pronunciado, descubriendo que era una solución viable. Se levantó de golpe como si tuviese un resorte y se lanzó a los brazos de su hermana.

Llevaba varios años enfrentándose a los abogados de Ayuda Legal, pero nunca había entrado en la asociación. Nora entró con cautela, acompañó la puerta de cristal con la mano para que cerrase despacio, por miedo a que se desquebrajarse. Observó desde su posición, a una mujer de mediana edad, estaba sentada tras un escritorio con montones de carpetas, las paredes estaban llenas de posters que anunciaban varias posibilidades de ayudas según el problema de cada uno. El teléfono no dejaba de sonar y la mujer respondía una llamada tras otra con una habilidad asombrosa. De pronto, un hombre trajeado, entró pidiendo permiso educadamente para que Nora le permitiese pasar.

—Disculpe señorita.

—¡Oh! — dio un paso al lado — claro, perdone.

—Gracias.

El hombre se colocó bien las gafas y tras sonreír en agradecimiento, continuó hasta colocarse frente a la mujer tras el escritorio.

—Señor Gutiérrez — dijo la mujer sin levantar la mirada de los documentos que leía desde hacía unos minutos — como verá, no tengo tiempo para atender ahora mismo…

—Pero señora Romero, siento decirle que esto es importante.

Nora continuaba observando la escena desde la entrada, a pesar de la distancia, pudo distinguir como el hombre, sacaba varios documentos con intención de entregárselos a la mujer, pero, en ese preciso momento, la mujer se levantó con cara de pocos amigos.

—¡¡¿Importante?!! — tiró enérgicamente una carpeta sobre la mesa — importante es que a una mujer con tres hijos, que su marido ha abandonado por alguna pelandrusca, no pierda la casa y la custodia de sus hijos… — el hombre dio un paso atrás pero no musitó palabra mientras la mujer tiraba otra carpeta — importante es, que la señora Clotilde, viuda desde hace más de cincuenta años, que perdió a su hijo el año pasado por las drogas, la echen de su casa — la mujer se inclinó con una energía más amenazante — casa en la que lleva viviendo más de setenta años… — el hombre se aflojó el nudo de su corbata — hoy se han ido dos abogados, fichados por los grandes y prestigiosos despachos, donde ganaran dinero a montones, pero donde se olvidarán de los pobres… gente que no tiene recursos para defenderse y salvar sus vidas y tú… — le señaló con el dedo — ¡¡Tú, vienes diciéndome que me he retrasado un poco en los pagos!! ¡¡Sois unas sanguijuelas!!

—Pero señora Romero… — el hombre tragó saliva con dificultad — nos debe seis meses… que si suma también los intereses de demora… — volvió a tragar saliva duramente — verá que

es una suma considerable…

La mujer hizo una bola de papel con el documento que le entregó y lo lanzó con fuerza, con la suerte de que cayó en los pies de Nora. Ella se agachó y cogió la bola de papel, la desplegó y la leyó detenidamente mientras la mujer y el hombre continuaban enzarzados en una calurosa discusión. Descubrió varios errores en el cálculo que el hombre exigía su pago.

—¡¡Disculpe!! — Nora se acercó al hombre y llamó su atención — aquí hay un error de forma.

—¿Y usted quién es? — preguntó el hombre extrañado.

—La abogada de la señorita Romero — dio un paso más hacia él — porque es señorita, si se hubiese fijado un poco mejor, se daría cuenta que no lleva alianza, así que es la señorita Romero, pero me imagino que es el mismo error que veo en el documento de reclamación de la deuda — señaló algo en el documento mientras la mujer continuaba observándola en completo silencio — la aplicación de este interés, es abusivo, con la nueva ley, más la normativa nacional sobre la vulnerabilidad del deudor, podríamos condonar la deuda con un sencillo argumento.

—Pero…¡¡¿Usted quién es?!! — volvió a preguntar el hombre con un tono más alto.

—Mi abogada — dijo la mujer con un tono engreído — ¿No las has oído Gutiérrez?

El hombre le arrebató el documento de las manos a Nora y sin mediar palabra alguna, salió de allí como alma que se lleva el diablo.

—¿Quién eres? — preguntó la mujer dedicándole toda su atención a Nora.

—La abogada que le va a salvar de la ruina.

La mujer que continuaba de pie detrás de su escritorio y la miraba fijamente con los ojos entrecerrados.

—Otra abogada llena de pretensiones que quiere salvar su alma del infierno, haciendo alguna obra de caridad.

—Yo solo quiero… — Nora intentó interrumpirla, pero el fuerte carácter de la mujer se lo impidió.

—Sí, lo sé… — desvió su atención de nuevo a los documentos que había sobre su mesa — se ha cansado de un mundo hipócrita, me va a contar que estudió derecho para hacer justicia, así que piensa que, defender algunos casos de gente sin recursos, saciará su necesidad de bondad… — sonrió irónicamente — para luego volver a defender a gente sin escrúpulos que se creen por encima de la ley… y perder tu dignidad como profesional y como persona, por un precio ridículo.

—Bueno… — Nora dejó su maletín sobre la mesa — tiene razón en algunas cosas…

—También lo sé — musitó sin apartar la mirada de esos documentos.

—Pero me necesita.

—No lo creo — desvió su mirada y la fijó en los verdes ojos de Nora.

—Acaba de decir que se han ido dos abogados, el banco la está presionando para que regularice los pagos y lo más importante… — se apoyó sobre la mesa y se inclinó hacia delante — soy la mejor abogada que pueda entrar por esa puerta.

—Otra niña vacía con pretensiones de grandeza — comenzó a reír fuerte.

—Soy una abogada con una reputación intachable, la gente me busca para que la defienda en sus peores momentos, mis colegas temen enfrentarse a mí en los juicios…

—¿De verdad crees que eres la primera que viene a contarme todas esas cosas?

—Imagino que no, peor soy la primera que lo dice en serio… — se levantó del escritorio y se cruzó de brazos — además, estoy muy capacitada para defender a esos ricos que se creen por encima de la ley y con su dinero podemos subvencionar los casos de gente vulnerable que

necesita ayuda…

—Un momento… — soltó los documentos sobre la mesa y se giró hacia Nora — ¿estás diciendo que usarás los beneficios de los casos de gente poderosa para poder pagar los gastos de la gente pobre?

—Sí.

—Soy Ángela Romero… ¿Quién eres tú? — preguntó incrédula al mismo tiempo que ladeó la cabeza.

—Nora Lázaro, la abogada que va a lograr que puedas pagar tus deudas.

—No me gustas, Nora — le entregó dos carpetas — pero esta será tu prueba, si consigues ganar estos casos con sentencias favorables, serás la nueva abogada de Ayuda Legal.

—Trato hecho — cogió las carpetas y sonrió — ¿Mi despacho?

—Esa mesa de ahí — señaló una mesa a pocos metros de ella.

—Sin paredes… — musitó — más cercano… mira tu que bien…

Nora caminó hacia la mesa bajo la atenta mirada de Ángela, que la continuaba mirando con los ojos entrecerrados. Si lo que le había propuesto, era cierto, podría ponerse al día con las deudas y ampliar Ayuda Legal para llegar a más familias necesitadas. Así que no iba a perder la oportunidad.

Nora se despertó sobresaltada al escuchar su teléfono. Se dio media vuelta sobre la cama y miró con desgana el nombre que aparecía en su pantalla. Carlos Bernal, un hombre que dirigía una de las constructoras más importantes de la ciudad. Se sentó sobre el borde la cama y, antes de coger el teléfono, se restregó los ojos para despajarse un poco más, pero cuando fue a alcanzar su teléfono, dejó de sonar. Sonrió, pero tras un segundo, volvió a sonar con insistencia. Hizo una mueca llena de fastidio.

—Necesito tu ayuda — dijo Carlos nada más descolgar — y tus honorarios no serán problema…

El último caso que Nora tuvo que defenderlo, le advirtió de que no volvería a hacerlo, pero, por lo visto, el hombre ignoró su advertencia.

—Lo siento mucho, señor Bernal — dijo con un tono neutro — no voy a poder representarlo en cualquier problema que tenga…

—¡¡¿Cómo?!! — respondió exasperado — te he dicho que el dinero no es problema.

—Voy a dedicarme a una defensa diferente, pero le invito a llamar al bufete, seguro que allí encuentra a alguien que quiera defender a un misógino como usted. Gracias por su comprensión.

Nora colgó el teléfono antes de que le diese tiempo a responder. Se levantó de la cama con una energía diferente, en su interior bailaba una determinación nueva. Respiró profundo y estiró

todos sus músculos entumecidos por una larga noche de sueño irregular. Miró por la ventana de su habitación y una sensación de alivio invadió su interior, por fin había tomado una decisión que la hacia feliz. De pronto, la imagen de la chica joven y sus dos hijos, que conoció el día anterior, invadió su mente. La joven había entrado en Ayuda Legal sin cita previa, estaba muy desesperada, pedía ayuda para detener la denuncia de desahucio. Una denuncia injusta dada su situación.

Nora estudió el caso y descubrió la forma de revertir la situación. Entró en la sala del tribunal, la chica joven y sus tres hijas, la observaron con una mirada llena de esperanza. Nora se dio cuenta como le temblaban las manos a la joven mientras abrazaba a sus hijos. Respiró profundo y comenzó a presentar los argumentos con pasión, señaló una a una todas las injusticias y el acosó sistemático que la joven madre había estado sometida durante meses. La sala comenzó a murmurar, pero eso no detuvo a Nora, ella continuó con su voz clara y fuerte y el silencio se fue apoderando de la sala. Incluso el juez se conmovió. Explicó con claridad que el demandante, era el propietario del edificio, un hombre adinerado y arrogante, solo quería las viviendas para especular y hacerse más rico. Llevaba un gran equipo de abogados, pero al final, no resultaron ser unos oponentes a la altura para Nora. Al finalizar, las exposiciones por ambas partes, el juez falló a favor de la joven madre y los aplausos y gritos de júbilo llenaron la sala. La joven madre, en un impulso, se levantó y abrazó con fuerza a Nora. Ella sonrió complacida, sintiendo una calidez calentando su pecho que no había experimentado en años. Esa victoria no era de ella, sino de la joven madre con sus tres hijos.

Tras varios días sin contacto y un silencio ensordecedor, Diego, su padre, decidió confrontar a Nora en su nuevo trabajo, así que fue hasta su despacho en Ayuda Legal gratuita. Al entrar, Diego observó el modesto espacio lleno de carpetas y más carpetas, había varias sillas desgastadas y una mesa donde Nora trabajaba rodeada de archivos y expedientes. El hombre había cruzado el umbral con una expresión de desagrado, observando cada rincón del lugar, incapaz de ocultar el gesto de desprecio que le provocaba todas las diferencias entre aquel lugar y su propio despacho.

Nora lo vio entrar y, aunque su sorpresa fue evidente, mantuvo la calma y respiró hondo. Sabía que era una conversación inevitable.

—Así que… aquí es donde has decidido instalarte — dijo Diego recorriendo con la mirada los viejos y desgastados muebles — ¿De verdad dejaste todo por esto?

Nora asintió, apoyó ambas manos sobre su escritorio.

—Es aquí donde quiero estar, papá — se puso de pie — Aquí puedo hacer algo que realmente tenga sentido.

Diego soltó una risa amarga, mirándola como si no la reconociese.

—¿Sentido? ¿De verdad crees que todo el esfuerzo que puse en el despacho familiar era sin sentido? — preguntó cruzándose de brazos — Trabajé toda mi vida para darte un nombre, Nora… — dio un paso hacia ella — para que, tú y tu hermana, tuvieseis algo que muchos solo pueden soñarlo.

—Lo sé y lo reconozco… — respondió con serenidad — pero el sentido que tú le das a nuestra profesión y el que le doy yo, son muy distintos — mantuvo la mirada fija en su padre — quiero ayudar a personas que no tienen quién las defienda, papá. Aquí es donde siento que puedo hacer una diferencia.

Diego frunció el ceño, no era capaz de disimular la decepción que sentía.

—¿Y crees que vas a cambiar el mundo desde esta… oficina? — preguntó con sarcasmo — hija, la gente respeta las leyes porque las hacemos respetar, y eso requiere dinero, influencia, eso

es lo que tú estás rechazando.

Nora continuaba manteniendo la mirada y, por un momento, dejó ver el reflejo de la tristeza que guardaba dentro desde hacía tiempo.

—No quiero cambiar el mundo entero, solo quiero ayudar a la gente que no tiene recursos — contestó midiendo cada una de sus palabras — no estoy aquí para ganar poder, sino para defender a personas que ni tan siquiera pueden soñar con una oportunidad.

Diego negó con la cabeza, como si cada palabra de Nora fuese un golpe que él no podía entender.

—Sabes que esto no es solo una decisión profesional, ¿verdad? — metió las manos en los bolsillos de su pantalón — esto es una traición a nuestra familia, a todo lo que construí — respiró hondo antes de continuar — te enseñé a ser fuerte, a ganar y ahora me sales con esto, me parece una idea de sacrificio que no tiene sentido en nuestro mundo.

Nora bajó la mirada un instante, sintiendo el peso de las palabras de su padre, pero pronto volvió a levantarla llena de seguridad y determinación.

—Tal vez me enseñaste a ser fuerte, papá, pero yo decido en qué quiero emplear esa fuerza — cambió su postura, ahora estaba visiblemente más segura — ser fuerte no significa ganar siempre, también significa defender lo que uno cree, incluso cuando eso signifique renunciar a algo importante — tomó aire — no quiero vivir con el arrepentimiento de no haber intentado ayudar a quienes de verdad lo necesitan.

Diego la miró en silencio, la dureza en su rostro, comenzó a desaparecer, pero en su mirada todavía continuaba brillando una mezcla de decepción y frustración.

—Muy bien, haz lo que tu consideres que debes hacer — la señaló con el dedo — pero no esperes que me quede aquí para ver como tiras tu futuro a la basura… un futuro lleno de fracasos — dijo con un tono seco.

Sin embargo, Nora hizo un esfuerzo para no caer en su juego y mantuvo su tono de voz suave, pero firme.

—No se trata de fracasar o ganar, papá… — levantó la barbilla orgullosa — para mí, se trata de vivir sin remordimientos.

Diego no dijo una palabra más, dio media vuelta y salió de allí dejando a Nora envuelta de carpetas llenas de expedientes. Aunque le dolió ver irse a su padre de esa forma, sintió un alivio profundo cuando lo vio desaparecer por la puerta. Por primera vez en mucho tiempo, se sentía en paz con su decisión.

Unas semanas más tarde, Nora volvió a recibir una llamada de otro cliente del bufete. Esta vez se trataba de un fraude fiscal y le ofrecieron una cifra de muchos ceros que no dudó en rechazar.

—Pero es una oferta irrechazable — dijo el hombre al otro lado del teléfono.

Nora no respondió nada, se limitó a escuchar en silencio y no pudo negar que su mente, jugó con esa idea durante varios segundos, pero el abrazo de la joven madre en la sala del juzgado, volvió a su mente. Y como si fuese una confabulación, las caras de todas las personas a quienes había ayudado, comenzaron a golpear su mente. Se levantó de su escritorio y observó por la ventana todavía con el teléfono en la oreja, escuchando al hombre que intentaba convencerla por una cantidad de dinero escandalosa.

—No, gracias — respondió sin permitirle continuar.

El hombre al otro lado del teléfono, colgó bastante enfadado. Nora dejó el teléfono sobre su escritorio y volvió su mirada a observar por la ventana los altos edificios de la ciudad. Se dio cuenta de que no había una pizca de duda en su corazón.

Días más tarde, Ángela le entregó otro caso a Nora. Era un caso difícil, la parte acusadora, había montado un caso sólido sobre una acusación de robo, pero su cliente estaba falsamente acusado. Nora sabía que el chico tenía todas la de perder, pero también sabía que era inocente. Ella estudió muy bien el caso, utilizó cada recurso, cada truco legal que conocía y expuso la verdad con una claridad que dejó a toda la sala del tribunal, asombrados. El juicio terminó y, aunque el juez se tomó su tiempo deliberar, el veredicto final falló a favor de su cliente. El chico, con lágrimas en los ojos, sujetó la mano de Nora y le agradeció, insistentemente, toda su ayuda. Ella ensanchó su sonrisa mientras caminaba hacía el pasillo de los juzgados, sintió una satisfacción que nunca había sentido en sus años defendiendo a los ricos y poderosos.

Era una noche oscura, después de uno de los juicios más complicados en los últimos meses, Nora se sentó en su enorme sofá en medio del salón de su casa, sujetaba una taza caliente de café. Desde el gran ventanal que daba al jardín, la vista era impresionante sobre la ciudad y todo su caos. Sin embargo, ese ambiente tan caótico que se desvelaba a esas horas, le producía mucha paz interior. Se dio cuenta de que cada día, cada juicio, había sido una pequeña batalla, pero todas esas victorias, por pequeñas que parecieses, habían sido una reivindicación en su vida.

CAPÍTULO 10

No puede ser

Sobre su escritorio había una pila enorme de casos pendientes, todos eran de personas vulnerables, sin recursos, gente que no podía pagar los honorarios habituales de un buen abogado, pero necesitaban desesperadamente su ayuda y Nora no iba a cobrarles cifras desorbitadas. Nora sonrió sabiendo que estaba haciendo lo correcto. Al fin encontró su propósito y, por primera vez, sentía que debía estar exactamente donde tenía que estar.

Ángela dejó una carpeta sobre la mesa de Nora que continuaba centrada leyendo un caso.

—Nora, este caso quizá sea el más delicado que nos ha llegado hasta ahora…

Ella levantó la cabeza y descubrió una mirada de preocupación en los ojos de Ángela, que despertó su curiosidad y su preocupación a partes iguales.

—¿Qué es?

—Una señora que pide la custodia de sus nietos… — Nora ladeó la cabeza — su hija ha sido asesinada por su pareja…

—Pero no hace falta una demanda para pedirla.

—Ese hombre no es el padre de los niños… — Nora ladeó la cabeza — el padre está en un centro de desintoxicación…

—Menudo panorama tienen esas criaturas… — musitó mientras ojeaba la carpeta con toda la documentación.

—Por eso es un caso importante… — suspiró — tenemos que pensar en el futuro de esos niños.

—Lo estudiaré… — se apoyó en el respaldo de la silla — ¿Dónde están los niños ahora?

—En un centro de acogida.

Nora se quedó leyendo detenidamente la documentación, debía conocer todos los detalles para poder hacer justicia y que los dos pequeños comenzasen a tener una vida tranquila. Llegó la parte donde se describía como murió la madre y su piel se erizó al descubrir que los menores fueron testigos del lamentable hecho.

—Ángela… — Nora se levantó y caminó hacía su mesa — estos menores necesitan ayuda profesional… — sus ojos continuaban leyendo los documentos — han pasado por mucho…

—Me aseguré de ello — se giró y la miró fijamente — están en un centro de acogida muy competente… además, les convencí para que la abuela pudiese visitarlos mientras duraba todo el proceso.

—De acuerdo, voy a estudiarlo toda la noche, quiero que esto se solucione cuanto antes.

Nora volvió a su mesa y comenzó a hacer apuntes en los márgenes de toda aquella documentación, necesitaba atar cualquier cabo para no perder este caso.

Pasaron horas y Nora continuaba sentada en su silla, sola en su despacho, iluminada solo por la tenue luz de una pequeña lámpara sobre la mesa. Las agujas del reloj marcaban las dos de la madrugada, tenía todos los papeles esparcidos por la mesa, tenía informes sociales, documentos legales y varias notas hechas a mano. El caso que tenía ante ella era muy diferente a todos los anteriores, era un caso que exigía no solo su habilidad como abogada, sino también su compasión como ser humano.

Las caritas de los dos niños aparecían en su mente cada vez que parpadeaba. Eran tan pequeños y frágiles, que Nora estaba conmovida. A su corta edad, habían perdido a su madre de la manera más cruel, en manos de su propia pareja y ahora se encontraban en un limbo legal, lejos de la única persona que les quedaba, su abuela. Una mujer de manos arrugadas y una voz suave que, en su primera reunión, le había confesado con lágrimas que solo quería darles el amor y la protección que esos pequeños necesitaban.

Nora sabía que el sistema podía ser implacable que, para ganar el caso, no bastaba con una buena intención. Necesitaba una estrategia que no dejase lugar a dudas de que la abuela era la mejor opción para esos niños. Continuaba revisando los informes del trabajador social una vez más y descubrió una nota que mencionaba la avanzada edad de la abuela y sus ingresos limitados, detalles que seguramente, la parte contraría usaría para argumentar en contra de la custodia. Pero, Nora siempre veía algo más, algo que le podría dar una ventaja, un registro de las visitas regulares por parte de la abuela a la escuela de los niños, antes y después de la tragedia. Ahí estaba la clave, pensó ella, debía demostrar que la abuela siempre había sido una constante en la vida de los niños. Describirla como una figura de amor y estabilidad.

Se levantó de su silla y empezó a caminar por todo el despacho, repasando en voz alta cada uno de los puntos clave de su argumento. Debía defender a la abuela como un pilar y no como una carga. Recordaba su cara mientras le contaba como ayudaba a los niños a hacer los deberes del colegio o como los llevaba al parque cada domingo. Sabía que era eso lo que debía defender frente al juez, su humanidad, conseguir convencer a la justicia de que esa abuela era el único hogar que esos niños conocían.

Mientras las horas continuaban pasando, Nora podía sentir un nudo en el estómago. Era un caso importante para ella, no era una cuestión de leyes, sino de vidas humanas, de infancia y de amor. Tomó un largo sorbo de su café, que ya comenzaba a enfriarse y se volvió a sentar en su silla. No dejaba de escribir, subrayar, tachar y volver a escribir. Se detuvo un momento y pensó en su propia infancia, en la calidez que encontró siempre en los brazos de su madre y lo importante que era sentirse segura. Esos niños merecían sentir lo mismo. Con una determinación renovada, se sumergió de nuevo entre todos los documentos, buscando precedentes legales, algún caso similar en los que los abuelos hayan obtenido la custodia.

La madrugada iba convirtiéndose en amanecer y los primeros rayos de sol, comenzaban a filtrarse por las persianas de su despacho. En sus ojos se delataba el cansancio que sentía su cuerpo entero, pero su fortaleza estaba más enérgica que nunca. Tenía su estrategia, mostrar que el amor y la estabilidad del calor de una familia no se podían medir por la edad o por el dinero, sino por la dedicación y el sacrificio, por la voluntad de ser el refugio que los niños necesitaban.

Se reclinó sobre el respaldo de su silla, agotada pero satisfecha. Había trazado un plan sólido con unos argumentos correctos. Cerró los ojos por unos segundos, permitiéndose un breve descanso. Sabía que el juicio sería duro, que habría resistencia, pero también sabía qué haría todo lo posible para que esos pobres niños encontrasen un hogar en los brazos de su abuela. Nora respiró profundamente, sintiendo la certeza de que estaba luchando por hacer lo correcto. Esperaba hacer la justicia que esos niños merecían. Y aunque el cansancio amenazaba con

cerrarle los párpados, había una chispa de esperanza en su corazón que la mantenía despierta.

Nora se presentó en el centro de acogida, después de estar toda la noche estudiando el caso, necesitaba conocer a los dos niños. Durante la noche, revivió en varias ocasiones toda la terrorífica escena donde ese hombre le arrebataba la vida a la madre de los niños y la marca oscura debajo de sus ojos, daba fe de ello. Saludó al chico de recepción que la recibió con una sonrisa y se presentó.

—Buenos días, soy Nora Lázaro.

—Hola, te estaba esperando… — el joven chico le estrechó la mano educadamente — Ángela, me aviso que vendrías a ver a los niños.

Nora sonrió agradecida, a pesar de que se conocían desde hacía poco tiempo, Ángela la conocía bien. Desde que dejó la carpeta sobre su mesa, sabía que se aseguraría de que esos pequeños estuviesen bien atendidos.

El chico le indicó en que sala podía esperar hasta que la asistente apareciese con los dos niños. Nora observó las fotos que habían colgadas en las paredes, eran de varios niños y todos ellos, sonreían. Este centro era de fiar. Se fijó en una foto donde había tres niños jugando con burbujas de jabón, sus sonrisas eran enromes y contagiosas.

—No puede ser… — una voz detrás de ella, llamó su atención.

Fue capaz de reconocer enseguida aquel tono de voz.

—¿Alba? — preguntó sorprendida — ¿Qué haces aquí?

—Trabajar — ladeó la cabeza con media sonrisa — ¿Y tú?

—También — se acercó con cautela — soy su abogada — señaló a los dos niños — Hola, soy Nora y me manda vuestra abuelita.

Se agachó al nivel de los niños y les hizo un par de preguntas sencillas, todo bajo la atenta mirada de Alba, que no quitaba ojo a sus dulces gestos hacía los niños. Nora fue cariñosa y cuidadosa, pero no desvió su mirada hacia ella ni un segundo y Alba se llegó a preguntar si todavía estaba enfadada o era por desinterés.

Nora se encontraba de pie en la pequeña sala del centro de acogida y, frene a ella, una pizarra enorme donde iba a comenzar a escribir los puntos de su estrategia. Tras ella, varias ventanas dejaban entrar la luz del sol con fuerza, que iluminaba toda la sala de forma implacable. A un lado de la mesa, sujetando una carpeta repleta de documentación, estaba sentada Alba observándola en silencio.

Nora continuaba escribiendo con una precisión meticulosa cada uno de los puntos, su mano se movía con agilidad mientras no dejaba de enumerar las pruebas que iba a presentar. No se permitía ni un simple vistazo rápido hacía Alba, aunque era capaz de sentir su mirada intensa y, de vez en cuando, sentía cómo sus piernas perdían fuerza y temía caer al suelo.

—Debemos enfocarnos en lo que realmente importa — dijo manteniendo su tono de voz más profesional.

Era importante mantenerse firme, sin que hubiese ni un rastro de emociones. Carraspeó varias veces y continuó con su exposición.

—La abuela, ha sido una constante en la vida de los niños, incluso antes de la tragedia — continuaba escribiendo — quiero llamar a los profesores del colegio para que testifiquen sobre su compromiso con esos niños… — tragó saliva evitando el nudo que comenzó a nacer en su garganta — hay que mostrar cómo se encargaba ella de recogerlos, de preocuparse por sus estudios y de su bienestar — se dio media vuelta — tenemos que demostrar que, aunque no tenga unos grandes ingresos, su amor y su estabilidad emocional es todo lo que esos niños necesitan.

Alba asentía, pero su mirada y su atención, no se despegaba de la cara de Nora. Buscando un

atisbo de algo más allá de esa fachada impenetrable, un rastro de lo que alguna vez hubo entre ellas.

—Parece una buena estrategia — musitó con su voz suave, tanto que parecía una caricia en el aire — Pero, ¿y si el juez cuestiona su capacidad económica? ¿O su edad?

Nora apenas se inmutó, haciendo un sobre esfuerzo para no mostrar sus debilidades.

—Ya he previsto eso — buscó un documento entre todos sus papeles — presentaremos un informe psicológico de los niños que resalte cómo han respondido positivamente ante vivir con la abuela — empujó el informe delante de Alba — además, tengo documentación que prueba que la abuela tiene ingresos suficientes para mantenerlos… justos, sí, pero suficientes… — se giró de nuevo hacía la pizarra — necesitamos demostrar que un entorno familiar, aunque humilde, es preferible a cualquier alternativa.

Alba se levantó, se acercó a la pizarra, disimulando que lo que pretendía observar era lo escrito en ella y no a Nora. Ella percibió la estrategia en su movimiento, pero no cambió su postura. Se mantuvo estática. Sabía lo que Alba intentaría hacer y no le iba a dar el placer de ver que sus palabras todavía le afectaban. Mantuvo siempre su tono profesional, como si estuviese discutiendo cualquier otro caso con cualquier otro colega.

—¿Cómo has estado, Nora? — preguntó Alba con una leve sonrisa.

Nora no respondió, se dio la vuelta y fingió revisar la documentación que tenía preparada, pero esa pregunta, le golpeó como un puñetazo en la boca del estómago. Sin embargo, era capaz de mantener su gesto impasible.

—Estoy bien… — musitó finalmente — ocupada con este caso… — respiró profundo — ¿hay algo más que quieras discutir sobre los niños? — preguntó sin mirarla.

Alba suspiró, pero se negaba a ceder.

—Solo quiero asegurarme de que estás bien… — sonrió forzadamente — esto debe ser difícil para ti… ya sabes… después de todo lo que pasó.

—Lo único que me preocupa es que esa mujer obtenga la custodia de esos niños — Nora se volvió hacia ella luciendo una sonrisa fría — todo lo demás es irrelevante.

La respuesta de Nora fue tajante, cortaba como un cuchillo, Alba parpadeó y tragó saliva con dificultad, sorprendida por la frialdad de Nora. Pero no retrocedió.

—Ya… entiendo… — trató de mantener un tono neutro, aunque su voz tembló ligeramente — Solo me preguntaba cómo te iba en lo personal… has cambiado mucho.

—Todos cambiamos — respondió mientras recogía sus papeles, evitando cualquier contacto visual — ahora, si me disculpas, tengo que prepararme para la audiencia — replicó girando sobre sus talones y caminando hacía la puerta.

Salió de la sala de reuniones sin mirar atrás, dejando a Alba sola, que continuaba con la carpeta entre sus manos, sintiendo como el peso de las palabras de Nora, creaban una barrera impenetrable entre ellas. La había perdido, se dio cuenta de que la distancia y el tiempo resultó más grande de lo que pensó. Pero también sabía, en el fondo, que no había dejado de sentir lo mismo por ella y esperaba que Nora tampoco.

Mientras tanto, Nora caminaba por el pasillo buscando la salida con urgencia, su corazón latía con fuerza, pero su semblante permanecía sereno. Dejó claro donde residían sus prioridades y dejó claro que no había espacio para revivir heridas del pasado. Su único objetivo era asegurarse de que esos niños consiguiesen el hogar que merecían, y no permitiría que nadie, ni tan siquiera Alba, la distrajese de esa misión.

La casa de Tessa era cálida, estaba llena de plantas, en estanterías, plantas colgantes, en los grandes ventanales y había un olor a lavanda que inundaba toda la estancia. Nora se sentó en el sofá con una copa de vino en la mano, mientras su hermana Tessa, la observaba detenidamente desde la cocina. Ella sabía que algo no iba bien. Bebió de su copa y, desde su lugar, estudiaba los movimientos de su hermana en busca de pistas.

Nora jugaba con el borde de su copa, trazando el borde del cristal con su dedo índice, su mirada se perdía en algún punto indefinido de la sala. Al final, Tessa se sentó junto a ella, dejó la botella sobre la mesa y decidió romper el silencio directamente.

—De acuerdo, Nora… — dijo con un tono mezcla de suavidad y firmeza a parte iguales — ¿Qué pasa?

Nora dejó escapar un profundo suspiro, era como si llevase varios días reteniéndolo en su interior. Miró a Tessa a los ojos y sus labios vacilaron por un momento antes de abrirse.

—La vi Tessa… — respondió y su voz titubeó — vi a Alba — su voz bajó varios tonos, casi como si pronunciar su nombre fuese algo prohibido.

Los ojos de Tessa se abrieron ligeramente, sentía una mezcla de sorpresa y preocupación a la vez.

—¿Alba? ¿Dónde? ¿Cuándo?

—En un centro de acogida — continuó Nora — está trabajando en el caso de la custodia de los niños… — apretó la copa con sus dedos — es la trabajadora social asignada al caso… — tragó saliva — y… se mostró tan… tan amable, como si nada hubiese pasado… como si todo estuviese bien entre nosotras.

Tessa asintió comprendiendo la actitud de su hermana.

—¿Y cómo te sentiste? — preguntó con cautela, aunque conocía la respuesta.

—Al principio… — Nora se mordió el labio, luchando con sus propias palabras — pensé que no me importaba… — cogió aire — que solo era otra persona en la sala conmigo, con otro nombre, otro rostro… Pero cuando la escuché hablar… — cerró sus ojos un segundo — cuando vi su sonrisa… Joder, Tessa… — sus ojos se humedecieron — es como si todo volviese de golpe — se pasó los dedos por el pelo — intenté mantenerme indiferente, fría… No iba a darle la satisfacción de saber que todavía… que todavía me duele — su labio tembló al sentirse frustrada consigo misma.

—¿Te duele? — Tessa ladeó la cabeza con suavidad.

No terminaba de estar sorprendida, solo estaba triste por ver a su hermana así.

—Sí — exhaló en un suspiro — todavía me duele, Tessa — su voz se iba quebrando por momentos — y lo peor de todo es que, a pesar de todo lo que pasó, de cómo me dejó, de cómo me rompió el corazón… sigo sintiendo algo — apretó los labios como si temiese que decirlo en voz alta le diese más poder a esos sentimientos — y odio eso… Odio que ella todavía tenga ese poder sobre mí.

Tessa se inclinó hacia adelante y sujetó la mano de Nora entre las suyas.

—Es normal sentir eso… — sonrió — el dolor no desaparece solo porque queremos que se vaya… Y menos cuando se trata de alguien que significó tanto para ti.

—Pero ella… actúa como si nada — dijo Nora, con un tono de voz más agudo — como si nunca hubiese hecho lo que hizo — sus palabras destilaban una mezcla de rabia y vulnerabilidad — me miró con esa sonrisa suya… — una lágrima cayó por su rostro — como si volviésemos a ser amigas, o… algo más… Y yo no puedo… no puedo simplemente fingir que no me afecta.

Tessa siguió sin soltar las manos de su hermana.

—Quizá Alba no sabe cómo lidiar con todo lo que sucedió… — hizo una mueca intentando

comprender su actitud — quizá ella también siente cosas y está tratando de acercarse de la única forma que sabe.

—¿Crees qué eso es posible? — se mordió el labio dudando — ¿Después de tanto tiempo?

—No lo sé, pero lo que importa es cómo te sientes tú — sonrió suavemente — no tienes que decir nada ahora. Solo… sé honesta contigo misma… — apretó sus manos — no te castigues por sentir… Es natural que todavía sientas cosas por ella… el amor no se apaga solo porque queremos apagarlo… Pero tampoco tienes que actuar según esos sentimientos si no estás lista.

Nora cerró los ojos un momento, dejando que las palabras de Tessa se acomodasen en su mente. La calidez de las manos de su hermana sujetando las suyas, era algo que siempre la reconfortaba, pero también la obligaba a enfrentar lo que llevaba evitando desde que volvió a ver a Alba.

—Supongo que debería averiguar qué quiero — admitió finalmente, con un tono más suave — y, por ahora, solo quiero concentrarme en mi trabajo, en esos niños que necesitan ayuda… — respiró hondo — no quiero que Alba me distraiga de mi objetivo con este caso.

Tessa asintió y apretó un poco más fuerte las manos de su hermana.

—Y mientras dure todo este proceso, sabes que estaré aquí… siempre — le decido una sonrisa — no importa lo que decidas.

Nora sonrió, brindando un pequeño gesto genuino, agradecida por el apoyo incondicional por parte de su hermana.

—Gracias Tessa… —se acercó a ella y le dejó un beso en la mejilla — realmente te necesito en esto.

—Siempre, hermanita — respondió envolviéndola en un abrazo.

Y por un momento, Nora sintió que tal vez, solo por esta vez, sería capaz de enfrentar a Alba y todo lo que eso significaba.

El silencio en el salón era denso, pero no incómodo. Las luces cálidas iluminaban suavemente los muebles sencillos y la colección de plantas que Tessa cuidaba con dedicación. Nora continuaba sentada en el sillón con las piernas cruzadas y jugueteando con un mechón de su pelo, mientras sus pensamientos parecían haberse congelado en la última hora. Habían hablado largo y tendido durante la cena de todo lo que sucedió con Alba. Cada palabra había salido pesada, como si estuviese empujando piedras hacia fuera y, aun así, no lograba aliviar la presión en su pecho. Tessa había escuchado con atención, esa mirada tranquila que siempre la hacía sentir un poco más ligera, pero también sabía que su hermana no era de las que daba consejos obvios. Ella sabía cuándo esperar. Cuando las palabras dejaban de tener sentido, simplemente estaba allí.

—¿Estás mejor? — preguntó Tessa rompiendo el silencio con una suavidad que solo una hermana podría manejar.

Nora suspiró y se hundió un poco más en el sofá mientras miraba al techo, como si la respuesta estuviese escrita entre las sombras que las luces reflejaban sobre el blanco techo.

—No lo sé — admitió bajado la voz — después de todo este tiempo… todavía siento algo… — su mirada se perdía entre los objetos de la sala, distraída y vulnerable — pensé que lo había dejado atrás.

Tessa asintió, era algo que supo desde el principio. Se levantó despacio y se dirigió hacia la cocina, sus movimientos tranquilos llenaban el espacio como una presencia reconfortante para Nora. Ella la seguía con la mirada, sin saber si necesitaba más palabras o, simplemente, otra sesión de silencio comprensivo.

—No tienes que tener todo claro ahora — dijo Tessa cogiendo dos copas — a veces…

simplemente no estamos listos.

Nora dejó escapar una risa seca y amarga. Su respiración todavía era pesada desde que había visto a Alba, habían intercambiado un par de palabras, lo mínimo, pero suficientes para que agitase dentro de ella un huracán de memorias y sentimientos. Se había prometido no volver a caer en eso, pero ahí estaba, sentaba en un enorme sillón, mirando al techo y pensando en ella.

Tessa regresó al salón con dos copas y una botella de vino, lo fue dejando sobre la pequeña mesa frente al sofá con un gesto paciente.

—¿Te apetece una copa? — ofreció con una sonrisa leve que solo mostraba en momentos con su hermana.

Ella sabía que las emociones estaban enredadas y no había necesidad de presionar, una copa de un buen vino, siempre era una apuesta segura. Nora dudó un segundo, se quedó observando el brillo del vidrio de las copas y se permitió un pequeño respiro.

—Sí, creo que me vendría muy bien.

Tessa sirvió el vino en las dos copas en completo silencio, observando como el líquido oscuro reflejaba la luz tenue de la lámpara. Le brindó una copa a Nora y se sentó a su lado, tomaron un sorbo sin romper el silencio, dejando que la bebida relajara la tensión.

—No tienes que tomar ninguna decisión ahora — musitó Tessa sin mirarla directamente — solo… siente lo que tienes que sentir y ya.

Nora asintió despacio, sus dedos acariciaron el borde la copa mientras gestionaba las palabras de su hermana. Tessa tenía razón. No había prisa, no tenía que tener todas las respuestas esa noche. Sentir era lo que tenía que hacer.

—Gracias por esto — susurró Nora.

Sentía una especia de calma en medio de la tormenta que batallaba en su interior. Tessa no respondió con palabras, solo sonrió y levantó su copa.

—Por lo que venga, sea lo que sea — brindó con esa seguridad tan característica, dándole el espacio que necesitaba, pero recordándole que no estaba sola.

Nora chocó su copa con la de ella, aceptando que, al menos por esa noche, estaba bien no saber qué hacer, y que, tal vez, una copa con su hermana era lo único que realmente necesitaba.

—He estado muy a gusto esta noche… — dijo Nora sujetando por el brazo a su hermana Tessa — me cuesta admitirlo, pero necesitaba una noche así…

—¿Para olvidar? — miró a su hermana que no desvió la mirada y negó levemente con su cabeza — volverás a querer así…

—¿Cuándo? — preguntó Nora con los ojos un poco humedecidos.

—Pronto… — la estrechó contra ella — siempre has sido una mujer con mucho amor que dar…

—¿Ya no?

—A veces resultas un poco extenuante… — se frotó las manos en un intento de perder el frío que las envolvía — prefiero no tener que filtrar tanto las respuestas, que todo fluya como debe hacerlo.

—Pero si no razono todo lo que me sucede, no puedo protegerme… — dejó un beso en la mejilla de su hermana — es tan fácil hablar contigo…

—Lo sé… — hizo una mueca infantil — y que se jodan todos los demás… Tú y Alba hablaréis pronto, te lo prometo.

—¿Intentas consolarme?

—Me gusta la energía que desprendes cuando hablas de ella.

—¿Qué me quieres decir?

—Lo sabes perfectamente.

—No sé qué es lo que siento ahora mismo… — desvió su mirada al cielo y respiró profundo — pero si mis sentimientos cambian, serás la primera en saberlo.

—No tengo ninguna duda.

CAPÍTULO 11

Sigo enamorada

Alba empujó la puerta con suavidad y entró en la cafetería con paso seguro, sin embargo, en su pecho continuaba bailando el nerviosismo que llevaba sintiendo desde que volvió a ver a Nora. Habían pasado varios días desde que se volvieron a ver por una caprichosa casualidad, pero cada noche que se encontraba sola en su cama, su mente recordaba de forma casi violenta sus labios, sus caricias y el sonido de su risa invadía sus oídos como si la estuviese escuchando de nuevo. Eran recuerdos más nítidos de lo que esperaba. Se sentó en una mesa céntrica y disfrutó de su café con la mirada perdida en la calle a través de la ventana. Desvió su mirada cuando sintió una presencia junto a ella y sus labios esbozaron una sonrisa por la sorpresa.

—Nora… — susurró — Qué sorpresa verte por aquí.

—¿Sorpresa? Vamos, Alba, sabes muy bien que no hay mejor café en toda la ciudad del que tienen aquí — respondió Nora mientras se sentaba frente a ella.

La miró a los ojos fijamente, sus palabras fueron ligeras e inocentes, pero escondían un propósito intencionado. En el fondo, quería descubrir hasta dónde era capaz de llegar ese nuevo hilo invisible que se había instalado entre las dos. Alba alzó una ceja, pero su sonrisa permaneció intacta.

—Pero me parece raro no haber coincidido… — dijo Nora con suavidad y mucha cautela — y eso que vengo bastante.

—¡Vaya! Porque yo también — Alba se inclinó ligeramente buscando la reacción de Nora — será culpa de nuestros horarios — le guiñó un ojo y guardó silencio midiendo la tensión que escondía en cada palabra.

Nora soltó una pequeña risa, casi nerviosa y sacudió la cabeza.

—No sé por qué, pero eso ha sonado a una indirecta mal disimulada — desvió su mirada a sus manos — imagino que algunas cosas han cambiado…

Alba la miró fijamente, descubriendo un brillo nuevo en su profunda mirada.

—Pero otras no… — su tono se volvió más bajo, buscando más intimidad entre ellas — Tú lo sabes bien.

Nora entrelazó sus manos sobre la mesa, intentando encontrar la calma que necesitaba, ya que, por dentro sentía como se iba formando una tormenta que amenazaba con hacerle perder la cabeza. Necesitaba negar lo que sentía para poder mantener el control, pero los recuerdos comenzaban a arremolinarse y alimentaban la confusión de un deseo todavía latente. Se aclaró la garganta y levantó la mirada con algo de frialdad en ella, buscando adoptar una distancia cortés.

—Tienes razón — ladeó ligeramente la cabeza — pero hay que dejar que el tiempo haga su trabajo.

La sonrisa de Alba se curvó en un gesto cómplice, casi burlón y volvió a inclinarse sobre la mesa.

—Entiendo que no lo ha hecho todavía, ¿verdad?

Nora miró su reloj y desvió la mirada a través de la ventana, tamborileó sus dedos sobre la mesa, respiró profundo antes de volver a centrarse en la mujer sentada frente a ella.

—¿Tienes prisa? ¿Te están esperando? — preguntó Alba descaradamente.

Una sonrisa traviesa se abrió paso entre los labios de Nora, Alba ni tan siquiera intentó disimular sus celos por si había alguien que esperaba por ella. Nora pensó detenidamente la respuesta a su curiosidad, no pretendía caer en su juego, pero no podía negar que era algo que le gustaba.

—Sí, claro — la miró fijamente buscando algún pequeño gesto que revelase su reacción — tengo una cita en diez minutos, así que siento mucho no poder compartir un café contigo.

—Bueno, estoy segura de que tendremos otra ocasión — respondió sin mover un solo músculo, dejando a Nora con las ganas de descubrir sus verdaderas intenciones.

Nora se levantó bajo la atenta mirada de Alba que no perdía detalle y luciendo su mejor sonrisa, se despidió de ella educadamente. Alba continuó sentada sin apartar sus ojos del vaivén de sus caderas, estaba segura de que estaba haciendo ese movimiento a propósito sabiendo que ella continuaría mirándola. Sus ojos la siguieron hasta que cruzó la calle a paso más rápido, las primeras gotas iban cayendo de forma desordenada y la oscuridad del cielo amenazaba con hacer competencia a la tormenta que se desataba en su interior tras las intensas miradas con Nora.

Nora desde el otro lado de la calle, volvió su vista atrás y descubrió, con satisfacción, que Alba continuaba observando cada uno de sus movimientos. Tuvo que ser rápida, buscar el siguiente movimiento para que su plan surgiese efecto. Se había ido de la cafetería fingiendo un plan, pero en realidad tenía planeada una tarde de sofá y manta. Tenía que encontrar la manera de continuar pareciendo interesante mientras Alba le prestaba toda su atención. Se dio media vuelta y descubrió, a tan solo unos pocos metros de ella, que se inauguraba una exposición de pintura de los jóvenes artistas de la Universidad de Arte. Era justo lo que necesitaba. Volvió a desviar la mirada hacía la acera de enfrente y se aseguró de que Alba la viese entrar en la galería.

Nora entró admirando la decoración del lugar, las luces tenues llenaban el espacio con una atmósfera elegante. Caminó despacio admirando las pinturas, llevaba un traje sencillo, pero impecable.

—Siempre has tenido buen gusto — susurró Alba mientras se colocaba a su lado.

Nora estaba de pie frente a un cuadro abstracto y Alba no pudo evitar fijarse en cómo caía su pelo suavemente sobre sus hombros. Nora ni se sobresaltó, giró ligeramente la cabeza para comprobar que su plan había surtido efecto.

—Gracias — la miró de una forma fugaz y volvió su atención al cuadro — pero creo que el mérito es del artista.

Alba sonrió y Nora reconoció esa sonrisa perfecta, estaba cargada de intenciones tan veladas como las noches que había pasado recordándola.

—No hablaba del cuadro — susurró con su mirada fija en su perfil.

Nora contuvo la respiración por un segundo y luego soltó el aire poco a poco. Una táctica perfecta para conseguir mantener la compostura.

—Creo que deberías concentrarte en estas verdaderas obras de arte — replicó manteniendo un tono educado, pero frío — algunas cosas son más interesantes si se observan a cierta distancia.

Alba volvió a reír de la misma forma casi burlona que lo había hecho en la cafetería.

—¿De verdad lo crees? — dio un paso para colocarse frente a ella — prefiero todo aquello que se puede tocar… lo que está al alcance de mi mano… — se inclinó un poco hacía ella y susurró — lo que se puede… sentir…

Las palabras de Alba se filtraron en la mente de Nora con fuerza, pero ella no se dejó llevar.

No podía permitírselo. Apretó la mandíbula, respiró hondo y volvió a fijar su mirada al cuadro que había colgado frente a ellas, aunque, para ser sincera, ni tan siquiera era capaz de ver la obra, su mente se mantenía centrada en todas las sensaciones que estaba despertando Alba.

—Algunas cosas es mejor dejarlas en el pasado, Alba… — la miró fijamente — no todo lo que se siente, es bueno volver a tocarlo.

Alba inclinó la cabeza y frunció el ceño como si estuviese considerando las palabras que acababa de escuchar, pero su mirada continuaba perdida en el verde de los ojos de Nora. Se mantuvieron en silencio, perdidas en sus ojos, como si buscasen resolver la fuerza de su resistencia.

—Tú y yo sabemos que algunas sensaciones, no desaparecen — rompió Alba el silencio — Solo están esperando el momento adecuado para regresar.

Nora la miró en silencio y tuvo la prudencia de no responder, desvió su mirada al gran ventanal que había a un lado de la galería para comprobar que el tiempo había cambiado. La lluvia golpeaba con fuerza los cristales, creando un sonido monótono que llenaba el espacio entre ellas. Nora dio un paso para acercarse al ventanal y ver como la lluvia caía, era una imagen que siempre le dio paz y sosiego. Y, ahora mismo, era lo que necesitaba. Alba la observó y siguió sus pasos colocándose tras ella, ambas se alejaron del bullicio del resto de la gente, como si en esa galería solo existían ellas.

—Nunca pensé que te gustaba tanto la lluvia — musitó Alba con una sonrisa de medio lado — una vez me dijiste que el cielo oscuro, te deprimía.

—Las cosas cambian — respondió Nora sin desviar su mirada de la ventana.

La lluvia le ofrecía la excusa perfecta para no desviar su mirada hacia ella, cada gota que golpeaba en el cristal, era la ayuda que necesitaba para que sus ojos no la traicionasen. Pero sabía que no podría evitar la conversación que se aproximaba por mucho tiempo.

—Nora, las personas no pueden cambiar tanto — dio otro paso hasta colocarse justo a su lado — creo que pueden fingir, esconder lo que sienten, pero al final… la verdad siempre vence — se inclinó ligeramente hacia ella y bajó el tono de su voz — Tú sabes tan bien como yo, que ciertas cosas son difíciles de superar…

Nora cerró los ojos durante un segundo, tratando de contener la oleada de emociones que la sacudió al sentir el calor de su cuerpo tan cerca de nuevo. Una fuerza en su interior, quería lanzarse hacia Alba, volver a sentir su boca, sus caricias, pero se obligó a mantenerse firme.

—No todo tiene que volver… — respiró hondo — a veces, dejar ir es lo más sensato.

Alba buscó sus ojos y cuando se perdió en el verde de su mirada, Nora descubrió un brillo peligroso bailando en sus ojos.

—¿Y eso es lo que crees? — se acercó un poco más — ¿Crees que fue sensato dejarte ir?

Nora continuó observando la lluvia, se centró en dos gotas que resbalaban por el cristal, no podía volver a mirar a Alba a los ojos, no se podía permitir caer de nuevo.

—Yo lo que creo… — respiró hondo e intentó calmar su pulso acelerado — es que no tiene sentido hablar de eso ahora… — cambio de postura y cruzó los brazos sobre su pecho para parecer más distante — las decisiones se toman por una razón.

Alba sonrió y ladeó su cabeza, la observó detenidamente e hizo un lento movimiento acercándose lo suficiente para que sus voces quedasen atrapadas entre ellas. De una forma íntima, cargada de todo lo que no podía verbalizar abiertamente todavía.

—Quizá… — susurró — a veces las razones no deben de importar… — se acercó un poco más, consiguiendo rozar su cuerpo ligeramente — lo que importa es lo que aún sientes… aunque no quieras admitirlo.

Nora tragó saliva, sintiendo cómo el calor se acumulaba en su pecho, un calor que llevaba tiempo enterrar, pero por dentro, sabía que estaba a punto de arder. Y, de pronto, Alba giró sobre sus talones y se marchó de allí contoneando las caderas de manera muy intencionada. Nora la observó hasta que se perdió entre la gente y desapareció. Sacó todo el aire que contenían sus pulmones, siendo consciente, en ese preciso momento, de la cantidad que había sido capaz de acumular.

Observaba las sombras plateadas que se proyectaban sobre el techo de su habitación, gracias a la poca luz que se filtraba a través de las cortinas. El reloj sobre la mesilla de noche marcaba la medianoche, pero Nora no era capaz de conciliar el sueño. Llevaba en la cama un par de horas, esperando que el cansancio fuese más fuerte que la maraña de pensamientos que revoloteaban en su cabeza, pero no había forma. Cada vez que cerraba los ojos, la imagen nítida de Alba aparecía con más fuerza, sus palabras susurradas cerca de su oído, resonaban como un eco insistente en su mente. Cansada de dar vueltas sobre la cama, se levantó lentamente y cuando puso los pies desnudos en el suelo, descubrió lo frío que estaba mientras caminaba hacia la ventana de su habitación. Corrió las cortinas con cuidado y dejó que la brisa fresca de la noche, entrase en la habitación golpeando su rostro. La cuidad estaba tranquila, pero en su interior, todo era un caos. Apoyó la frente contra el cristal, consiguiendo que el frío apaciguara la agitación que sentía en su pecho. ¿Por qué había vuelto Alba? ¿Por qué, después de tanto tiempo, había decidido aparecer como si nada? ¿Por qué pretendía derribar las murallas que Nora había construido con tanto esfuerzo?

Pensó en todas las indirectas que le había lanzado descaradamente, recordó sus miradas y las medias sonrisas, le vino a la mente, todos los comentarios que Alba soltó con un aire despreocupado, como si nada hubiese pasado. Pero sabía que escondían algo más y a Nora le costaba ignorar. Por más que quisiera, había una parte de ella que respondía de manera natural a todas sus insinuaciones y se estremecía con cada mirada intensa y llena de intenciones. Cerró los ojos y recordó la última conversación que mantuvo con Alba en la galería de arte, su voz resonaba suave, cargada de promesas implícitas. “Lo que importa es lo que aún sientes… aunque no quieras admitirlo”, recordó cada una de sus frases y su corazón comenzó a latir con más fuerza. Era una sensación extraña, era capaz de sentir el cuerpo de Alba cerca del suyo, se sentía atrapada en esa atmósfera densa que siempre creaba con sus miradas y su tono sensual de voz.

Por un lado, deseaba dejarse llevar. Deseaba romper las barreras que había levantado durante tanto tiempo. Volvió a sentir esa conexión que llegaron a tener una vez, la intensidad que solo había experimentado con ella, incluso en los momentos más simples. Porque, a pesar del tiempo, Alba continuaba provocando algo que nadie más había logrado provocar. Un torbellino de emociones, un deseo que la consumía y la hacía sentir viva de una manera que ninguna otra persona había conseguido. Pero al mismo tiempo, el miedo dominaba su ser, era tan inmenso y desgarrador, que controlaba a su razón. Y menos mal. Porque tenía miedo de que Alba volviese a hacerle daño, ella conocía de lo que era capaz. Ya lo había vivido una vez y el dolor que quedó después de que se marchase con unas excusas absurdas, fue tan profundo, que Nora se prometió a sí misma, que no se volvería a permitir pasar por lo mismo.

Se apartó de la ventana y comenzó a caminar dando vueltas por la habitación. No podía olvidar el día que Alba la dejó cuando más enamorada de ella estaba. Sintió un vacío enorme,

una sensación de abandono, sin explicaciones coherentes y con una despedida, más bien, incompleta. Alba salió de su vida con la misma intensidad con la que había entrado, ni tan siquiera intentó solucionar las cosas. Se marchó, dejándola sola para lidiar con los escombros de lo que habían construido juntas.

Después de tanto tiempo, Alba pretendía volver a lo que una vez tuvieron. Y, lo peor de todo, era que Nora sentía cómo sus propias defensas se desmoronaban con tan solo tenerla cerca. Ni tan siquiera necesitaba hablar, solo con estar le resultaba suficiente. Alba tenía ese poder sobre ella, ese maldito poder de hacerle desear cosas que sabía que no debía querer.

"¿Y si vuelvo a caer?" pensó con el corazón encogido. ¿Qué sucedería si se permitía bajar las barreras? Si era capaz de entregarse otra vez como ya lo hizo, ¿Sería capaz Alba de volver a hacerle daño? Su mayor miedo era que si cedía a su deseo, Alba volviese a desaparecer tan rápido como la primera vez y ella tendría que enfrentarse de nuevo al dolor y los recuerdos.

Se sentó en el borde de la cama y enterró la cabeza entre sus manos, la lucha interna que agitaba su mente, se hacía cada vez más intensa. Podía rechazar a Alba, continuar con su vida sin permitir que esa herida que tanto tiempo le costó cerrar, volviese a abrirse, pero también sabía que una parte de ella, seguía anhelando lo que vivieron juntas. Fue una parte que intentó ignorar, pero sin éxito. Suspiró lentamente, sintiendo como la presión de su pecho aumentaba poco a poco. ¿Y si Alba iba en serio esta vez? Las cosas podrían ser tan diferentes… La incertidumbre la estaba torturando y, con cada encuentro, con cada conversación, que habían tenido en los últimos días, la decisión se volvía más difícil.

"¿Y si Alba sólo la estaba poniendo a prueba?", y lo más aterrador era que Nora sabía que, a pesar de todo su autocontrol, el muro que había construido durante todo este tiempo, alrededor de su corazón, comenzaba a derrumbarse. Se levantó de la cama una vez más y se plantó frente al espejo que colgaba de la pared junto a su vestidor. Su reflejo le devolvía una mirada cargada de dudas, no podía, simplemente, borrar los sentimientos que todavía la anclaban a ella.

"¿Y si me arriesgo otra vez?", pensó mientras sentía como el miedo y el deseo luchaban en su interior. Era una pregunta peligrosa, una pregunta que la podía llevar a lugares donde juró que no volvería. Pero después de todo, el deseo de volver a sentir todo lo que Alba era capaz de provocarle, era casi tan fuerte como su miedo. Y ese "casi", era un avispero en su cabeza, se debatía entre volver a permitir a Alba acercarse una vez más o cerrar esa puerta para siempre.

Nora se abrazó a sí misma, en un intento fallido por calmar la tormenta que rugía con más fuerza que nunca en su interior. Por el momento, solo podía esperar, porque y, aunque lo desease, no tenía una respuesta clara para la pregunta que tanto la atormentaba.

Alba se mantenía a salvo tras esa gigante columna de mármol, simplemente necesitaba ver una

vez más a Nora. Desde su posición era capaz de distinguir como su sonrisa contagiaba a los niños que continuaban cogidos de la mano de su abuela. Sus labios no fueron capaces de contener la sonrisa que amenazaba con salir y al final se le escapó y sus labios se curvaron en una bonita sonrisa. Ver a Nora tan cariñosa con unos niños que habían pasado por tanto, provocó que su mente volviese a golpearla con todos los recuerdos que atesoraba junto a ella.

—Acosar a alguien dentro de un juzgado… — Alba se quedó estática al reconocer la voz tras ella — es ser de muy valiente o muy estúpida.

—Yo no… — se dio media vuelta y miró a Tessa a los ojos — solo ha sido casualidad…

—Ya… — la atención de Tessa se desvió hacía su hermana — vamos a tomar un café… — le hizo una seña para que pasase frente a ella — tenemos que hablar.

Alba asintió y tras echar un último vistazo a Nora en la lejanía, caminó hacia dónde Tessa le indicó. Después de un par de minutos caminando por los amplios pasillos del juzgado, llegaron a una cafetería privada, no estaba abierta al público común y se dio cuenta de que todos los allí presentes, eran jueces o abogados. Era como una cafetería privada para los trabajadores del propio juzgado. Alba esperó a que Tessa le indicase donde sentarse y lo hizo cuando señaló una mesa más alejada del resto.

—¿Café solo? — Alba asintió y Tessa le hizo señas a un camarero que le confirmó que enseguida tendrían sus cafés en la mesa — ¿qué pretendes hacer ahora? — Tessa cruzó sus brazos y no desvió la mirada de sus ojos.

—No te entiendo.

—Te lo explico… — no le permitió decir nada más — después de más de un año, ¿qué pretendes hacer en la vida de mi hermana?

—No pretendo nada, yo… — Alba se calló al escuchar la risa burlona de Tessa.

—¿Nada? — se inclinó sobre la mesa — te recuerdo que te he pillado espiando a mi hermana mientras ella hacía su trabajo.

—Bueno… yo también hacía el mío… — tragó saliva — trabajo en el centro donde se acogió a esos niños después de la muerte de su madre…

—Alba… — el camarero las interrumpió dejando los dos cafés sobre la mesa — seamos sinceras, en estos últimos días, has vuelto a mostrar interés por mi hermana y estás muy equivocada si piensas que voy a permitir que Nora vuelva a pasar por todo lo que pasó cuando decidiste romperle el corazón.

—¿A qué te refieres?

—¿De verdad? — se cruzó de brazos y se apoyó sobre el respaldo de su silla — esa mujer tan guapa que has visto allí… — señaló en dirección a la puerta — es mucho más que una simple cara bonita… la fachada que has visto en ella como una mujer empoderada y que se quiere comer el mundo, no tiene nada que ver con lo que realmente siente… — removió su café y le dio el primer sorbo — después de irte, estuve varias semanas recogiendo por los bares de la ciudad, lo que quedaba de mi hermana… — sus ojos se humedecieron — la rompiste en mil pedazos y tras mucho esfuerzo para levantarse cada mañana, Nora vuelve a ser la de siempre… — negó con la cabeza — la de siempre no, es mucho mejor ahora… Durante estos últimos días, os habéis visto por trabajo y ella ha sabido desaparecer para lidiar con sus conflictos a solas… jamás volverá a mostrar su fragilidad frente a nadie y mucho menos frente a ti… — los ojos de Alba se anegaron de lágrimas — ha aprendido a que sus llantos, sus locuras, sus pasiones y sus secretos, los mantenga bajo llave… lo que te quiero decir, es que esa mujer que mirabas desde detrás de una columna, es mucho más que una mujer bonita.

—Sigo enamorada de tu hermana — soltó de repente Alba sin bajar la mirada.

Tessa la miró en silencio, la observó detenidamente buscando alguna pista que le revelase que mentía, pero todas y cada una de sus facciones, no mentían. Era verdad, estaba enamorada.

—¿Cómo que sigues enamorada?

—Nunca he dejado de estar enamorada de Nora… — se tapó la cara con ambas manos cuando comenzó a llorar desconsoladamente — separarme de ella… fue lo más duro de mi vida…

Tessa la observó, analizó cada una de sus palabras e intentó entender los motivos que tendría para haberla abandonado de la forma en que lo hizo.

—Entonces no lo entiendo… si eso es cierto… — puso sus manos encima de la mesa — ¿Por qué lo hiciste?

—Por tu padre.

—¡¡¿Mi padre?!! — se incorporó sorprendida — ¿Qué tiene que ver mi padre con todo esto?

Alba se limpió el resto de las lágrimas y miró fijamente a Tessa, después de todo lo vivido durante los últimos meses, era el momento de contar la verdad.

—Ese día yo había quedado con Nora para ir a cenar y pasar la noche juntas después de mi trabajo… — sollozó y continuó — pero antes de salir, me avisaron de que alguien pagó mucho dinero por un pase privado… — se limpió las lágrimas con el dorso de la mano — inocente de mí, llegué a pensar que había sido Nora para darme una sorpresa, pero cuando entré… — se quedó en silencio unos segundos — descubrí a vuestro padre sentado, bebiéndose una gran copa del whisky más caro del mercado… — miró a Tessa a los ojos — me dejó muy claro desde el principio que no pretendía hacer uso de mis servicios, solo pretendía explicarme la diferencia que existía entre nuestros mundos.

—¿Qué me quieres decir?

—Que el gran Diego Lázaro… — se notaba el desdén en su tono de voz — pagó para que me alejase de su hija o destruiría mi vida… — se limpió la lágrima que cayó a traición por su mejilla — me amenazó con no poder terminar mis estudios en ninguna universidad y se aseguraría de que mis deudas, me condenasen a una barra de baile por muchos años… — miró fijamente a Tessa — ¿Qué debía haber hecho?

—Hablar con Nora.

—¿Cómo iba a contarle lo patán que fue su padre? — levantó las dos manos — perdón…

Alba se disculpó por insultar a su padre, pero Tessa sonrió de medio lado. El adjetivo “patán” no terminaba de definir exactamente lo cruel que podía llegar a resultar su padre.

—Pues entonces, si tienes intención de volver ahora a su vida… — se inclinó sobre la mesa — cuéntale todo esto.

—Me odiará más todavía… — escondió la cabeza entre sus manos — pensará que le puse un precio…

—Conocemos a nuestro padre… — estiró la mano por encima de la mesa hasta alcanzar la suya — tú habla con ella.

CAPÍTULO 12

No entiendes nada

Alba se las ingenió para solicitar los servicios de Nora una vez más y obligarla, de cierta manera, a volver al centro de menores antes de lo previsto. Miró su reloj y su respiración se agitó al descubrir que tan solo faltaban diez minutos para la hora de su cita, pero como la conocía bien, en cinco minutos, Nora cruzaría la puerta. Su puntualidad siempre había sido una virtud. Caminaba en círculos intentando calmar sus nervios y, de pronto, el ruido de la puerta detuvo sus pasos. Al darse la vuelta descubrió a Nora caminando hacía ella, sintió como su corazón se saltó varios latidos y su respiración se ralentizó tanto que casi desapareció completamente.

—Me han dicho que necesitabas hablar conmigo — musitó Nora enarbolando una bonita sonrisa.

—Tienes una sonrisa preciosa… — dijo Alba sin pensarlo.

—Así que por eso querías verme, por mi sonrisa… — ensanchó su sonrisa — la excusa de que tenemos que hablar, era solo eso… una excusa.

—Tu sonrisa me parece un motivo de peso para quedar contigo… pero sí, quiero hablar contigo.

Alba le señaló el pasillo por donde debían caminar hasta llegar a su despacho, quizá no era el sitio más adecuado para verse, pero era el único sitio donde estaba segura que acudiría. Nora asintió y caminó detrás de ella, una vez que entraron en su despacho la invitó a tomar asiento.

—Tú dirás — dejó salir al sentarse frente a Alba.

—Siento mucho haberlo estropeado todo… — musitó con los ojos humedecidos.

Nora guardó silencio durante unos segundos, en realidad, citarla en su despacho para hablar de lo que había sucedido tiempo atrás.

—Tranquila… — levantó la mirada — tan solo me demostraste que vivía en un sueño… — respiró varias veces para mantener el nudo que se le había creado en la garganta — y volví a la vida real. Ahora tengo mi vida centrada… — lució una sonrisa tímida — deséame suerte para continuar así… — la miró a los ojos fijamente — por qué yo a ti, te deseo lo mejor.

Alba rompió a llorar desconsoladamente, se tapó la cara con ambas manos y se permitió ser vulnerable frente a ella.

—Lo siento… — susurró entre sollozos.

—Alba… — se mordió el labio para no romper a llorar también — de verdad… no me debes nada… esto no es…

—¡Es necesario! — la interrumpió — todo este tiempo, no he dejado de pensar en ti…

—¿Por qué me dejaste? — su voz estaba teñida de dolor y resentimiento — ¡Nunca lo entendí! — tomó una profunda bocanada de aire para evitar desmoronarse — todo iba bien entre nosotras y, de repente, te fuiste…

—No fue porque no te quisiese… — centró la atención en sus manos, evitando cualquier contacto visual — nunca quise hacerte daño… — su voz se quebró y se mordió el labio como si

estuviese conteniendo algo que estuvo guardando por mucho tiempo — te amaba y lo sabes…

—Entonces… ¡Explícame! ¿Qué fue lo que pasó? — su tono se volvió más cortante, su paciencia se iba agotando.

Alba levantó, finalmente, la mirada y reveló que sus ojos anegados de lágrimas, desprendían mucha angustia.

—Fue por tu padre.

—¿Mi… padre? — se quedó en blanco por un momento — ¿Qué tiene que ver él con esto?

—Me… me amenazó — hizo una pausa dolorosa, intentaba encontrar las palabras — me dijo que, si no rompía contigo, se aseguraría de arruinarme la vida… — se tapó la cara con ambas manos, era como si estuviese a punto de derrumbarse — dijo que me destruiría… que no podría dejar el club y tendría que bailar el resto de mi vida para pagar mis deudas…

Nora se levantó de golpe, empujó la silla hacia atrás con más fuerza de la esperada, sentía como su cuerpo entero vibraba de rabia.

—¡¡¿Qué?!! ¿Qué mi padre hizo qué? — sus ojos estaban llenos de furia — ¿Y tú pensaste que lo mejor era no decírmelo? ¿Qué podías decidir por mí?

—Tenía miedo… — sollozó suavemente — no quería que te hiciese daño a ti también… ¿Qué podía hacer?... — musitó entre lágrimas — no sabía que más hacer…

—No puedo creerlo… — aguantó sus lágrimas y su voz comenzó a temblar por la indignación — ¿Cómo pudiste dejar que él decidiese por nosotras así?

—Pensé que era lo mejor… — susurró en voz baja.

—Lo que deberías haber hecho era confiar un poco más en mí — cerró los puños sobre la mesa y su rostro comenzó a enrojecer por la ira que sentía.

Nora giró sobre sus talones y después de volver a colocarse la chaqueta, salió de su despacho sin volver la vista atrás. La furia que sentía en su interior comenzó a apoderarse de cada paso que daba. Alba se quedó inmóvil, estática en el mismo sitio y desde allí estaba siendo testigo de como Nora se alejaba de ella completamente enfadada.

Nora entró echa una auténtica furia y el portazo que dio, era testigo de su cabreo. Era incapaz de controlar el temblor de sus manos, caminó deprisa por los pasillos hasta que encontró a su padre en la biblioteca, sentado cómodamente con un libro en las manos.

—¡¡¿Cómo pudiste hacerme esto?!! — gritó desde el umbral de la puerta.

—¿De qué estas hablando, Nora? — alzó la mirada y se sorprendió por la intensidad que desprendía su hija — ¿Qué sucede?

—Amenazaste a Alba — se acercó rápidamente — la obligaste a romper conmigo — su corazón latía a mil revoluciones y su voz vibraba llena de ira — ¿Quién te crees que eres para decidir en mi vida?

—Lo hice por tu bien — musitó con una calma gélida — esa chica no es suficiente para ti — cerró el libro y se centró en su hija plantada frente a él — no es el tipo de mujer con la que deberías estar… Mereces algo mejor — musitó con desdén.

—¡No tienes derecho a decidir eso por mí — se acercó un poco más con los ojos encendidos de rabia — ¡No eres nadie para decirme quién es suficiente o no! — lo señaló con su dedo acusador — Yo soy quien decide con quién quiero estar.

—No entiendes nada — respondió con una sonrisa condescendiente — esa chica no puede darte lo que necesitas… No es adecuada y no permitiré que te arrastre con ella.

Nora se acercó como un felino a punto de cazar a su presa. Se quedó frente a él, a escasos centímetros con su respiración tan agitada que revelaba la furia que llevaba en su interior.

—¡¡No permitirás!! — apretó los dientes — no tienes ningún poder sobre mí. Alba es más que suficiente y lo que siento por ella, es real. ¿Cómo te atreves a juzgarla solo por no cumplir con tus estúpidos estándares? — su voz se quebró al pronunciar su nombre, pero consiguió recuperarse rápidamente — si crees que puedes controlar mi vida, estás muy equivocado.

—Estoy pensando en lo que es mejor para ti — dijo con toda la frialdad que su cuerpo desprendía y se cruzó de brazos.

—Lo que es mejor para mí es que no te metas en mi vida — dijo con la voz firme — no quiero volver a escuchar una opinión tuya sobre con quien decido o no estar — respiró hondo — no voy a permitir que arruines mi relación con Alba, ¿lo has entendido? — lo señaló furiosa — si lo haces de nuevo, te apartaré de mi vida… así como tú intentaste alejarme de ella.

Su padre no se atrevió a pronunciar palabra alguna, simplemente, se dedicó a observarla en silencio y dándose cuenta de que la seriedad de sus palabras. Debía reconocerle la valentía para ser capaz de amenazarlo de esa manera.

—Te quiero papá, pero no voy a dejar que nadie más controle mi vida — en su mirada brillaba una mezcla de decepción y desafío — salió de allí tan deprisa que ni tan siquiera le dio tiempo a su padre a ofrecerle una respuesta, dejándo un silencio frío tras ella.

Cogió su teléfono y marcó rápidamente. Su respiración continuaba agitada, pero su determinación era inquebrantable.

—¿Tienes planes para esta noche?

—No — respondió la voz al otro lado de la línea.

—Cenemos juntas — miró su reloj — en tu restaurante favorito.

—¿Segura? — preguntó Alba luciendo una sonrisa que era capaz de percibirse a través del teléfono — podemos esperar si necesitas…

—¡No! No necesito más tiempo… — dijo con decisión — no voy a dejar que nadie nos vuelva a separar.

La luz cálida de las lámparas de madera que colgaban del techo, creaban sombras abstractas sobre el impecable mantel de lino. Era una noche fresca y el murmullo de la ciudad contrastaba con el suave murmullo de las conversaciones en el propio restaurante. Nora y Alba estaban sentadas una frente a la otra, en una esquina discreta, lejos del bullicio. La tensión en el aire era palpable, pero no era la tensión consecuencia de un conflicto, sino del interés de lo que estaba por venir. Alba jugueteaba con el borde de su copa de vino, bajo la expectación de Nora, que la observaba detenidamente con un brillo tierno en sus ojos. Las dos habían llegado a esta cena después de una conversación larga y difícil, de esas conversaciones donde las palabras dolorosas

y los reproches enterrados, habían encontrado su camino a la libertad. Y ahora estaban tratando de reconstruir algo que ninguna de las dos había logrado olvidar.

—Nunca dejé de pensar en ti… — musitó Alba rompiendo el silencio finalmente — ni un solo día… alejarme fue más difícil de lo que imaginé — su voz apenas era un susurro.

Levantó la mirada hacia Nora y volvió el silencio, esperando una señal, algo que le diese una pista de lo que ella estaba sintiendo ante sus palabras. Nora respiró hondo y le devolvió la mirada con la misma intensidad.

—Yo tampoco te olvidé — admitió con sus palabras cargadas de sinceridad — por mucho que lo intentase, siempre te sentía ahí, como una sombra… era como el eco de lo que habíamos sido… — bajó su mirada por un segundo y continuó — y cuando te volví a ver… pensé que ignorarte y seguir adelante, me ayudaría a dejarte atrás… — esbozó una tierna sonrisa — pero solo me hizo darme cuenta de cuánto significabas… y significas para mí.

Alba sonrió, pero luciendo una sonrisa tímida, casi pequeña, era si temiese romper la magia del momento.

—No puedo creer que estamos aquí… juntas… — entrelazó sus dedos con la tela de la servilleta — después de todo… Pensé que jamás tendríamos otra oportunidad… de poder hablar… de empezar de nuevo…

Nora escondió su sonrisa tras el borde de cristal de su copa, tomó un ligero sorbo de vino y continuó la conversación.

—Yo también lo he pensado muchas veces… Pero si vamos a intentarlo de nuevo, esta vez tiene que ser diferente… — la miró fijamente — No más secretos Alba… No más mentiras.

Alba asintió rápidamente, como si esas palabras fuesen un alivio que había esperado durante mucho tiempo.

—No más mentiras — repitió entrelazando su mano con la de Nora por encima de la mesa — Te lo prometo… No quise mentirte… — bajó la mirada — estaba muy asustada… confundida… y no sabía cómo gestionar las amenazas de tu padre.

Nora apretó suavemente su mano, intentando transmitirle un gesto que la reconfortara y, a la misma vez, lleno de intenciones.

—Entiendo que tuvieses miedo — musitó con suavidad — pero no podemos construir algo real si no somos completamente sinceras… — sonrió — esta vez, tiene que ser diferente Alba — apretó su mano de nuevo — Quiero saber que podemos ser honestas, que podemos confiar una en la otra… No quiero que haya nada más entre nosotras que la verdad.

Alba sonrió y en sus ojos se observaba un brillo lleno de una mezcla de emoción y arrepentimiento.

—Lo sé… y yo también quiero eso — hizo una pausa buscando las palabras correctas — Me he pasado todo este tiempo pensando en lo que podría haber sido, en cómo habría sido nuestra vida si hubiese sido valiente desde un principio y contarte lo que estaba sucediendo… No quiero pasar otro día arrepintiéndome de lo que no hice bien.

—Ni yo… — respondió Nora con una sonrisa que, esta vez, era abierta y auténtica — y si te soy sincera, todavía te quiero, Alba… — mantuvo su sonrisa — nunca dejé de hacerlo… A pesar de todo, sigo creyendo que valemos la pena.

Alba enarboló una preciosa sonrisa y, entre sus labios, se escapó una risita nerviosa, pero llena de alegría.

—Yo también, Nora — ladeó la cabeza y mantuvo su mirada en aquellos ojos verdes donde siempre le fascinaba perderse — Te he querido todo este tiempo… incluso cuando no intentaba no hacerlo… incluso cuando más dolía… — se inclinó un poco sobre la mesa — Si estás

dispuestas a intentarlo de nuevo, quiero que sepas que estoy dispuesta… Esta vez, lo haré mejor… Seré mejor.

Nora entrelazó sus dedos con lo de Alba y ambas sintieron la familiaridad de ese contacto. Sus ojos se perdieron en la profundidad de aquellos ojos color avellana y, por un momento, el mundo a su alrededor parecía desvanecerse. Todo lo que importaba era el calor de las manos de Alba y la promesa sincera de algo nuevo y más fuerte.

—Entonces, empecemos de nuevo — dijo Nora con una sonrisa tierna — Sin mentiras y sin secretos… Solo tú y yo.

Alba se mordió el labio inferior sin dejar de sonreír, sintiendo como su corazón latía con fuerza.

—Solo tú y yo — repitió como si esas palabras fuesen una promesa, un compromiso más poderoso que cualquier otra cosa.

La cena continuó, pero la conversación era más ligera, más sincera. Hablaron de sus miedos, de lo que esperaban y de lo que realmente deseaban para el futuro. Reían juntas recordando momentos que pensaban que se habían perdido y, al mismo tiempo, creaban nuevos recuerdos bajo la tenue luz de las lámparas de madera que colgaban del techo.

La noche fue avanzando y las copas ya estaban vacías, sabían que acababan de dar el primer paso hacía algo nuevo. Tal vez desafiante, pero también más verdadero que cualquier cosa que hayan tenido antes. Ambas sentían que, por primera vez, estaban exactamente dónde debían estar. Juntas. Sintiéndose capaces de enfrentar el futuro con la verdad como su única guía.

La brisa fresca de la noche, chocó levemente con el rostro de Alba mientras salían del restaurante. El mismo lugar donde, horas antes, habían consumado una reconciliación que ambas pensaban casi imposible. Desde que se volvieron a encontrar hacía unos días, habían pasado el tiempo entre silencios incómodos y preguntas sin respuestas, pero la cena que acababan de disfrutar en su restaurante favorito, lo había cambiado todo. Entre copas de vino y miradas cómplices, las palabras que tanto necesitaban decirse, salieron al final.

Nora, luciendo una sonrisa tranquila, pero ardiente en sus labios, se atrevió a coger la mano de Alba, entrelazando sus dedos suavemente mientras caminaban por las calles ya casi vacías. Las luces de la ciudad iban iluminando sus pasos y se creó una atmósfera íntima entre ellas, que las envolvía suavemente.

—¿Te apetece ir a mi casa? — preguntó Nora con una voz suave y tímida, casi en un susurro.

Su pregunta destilaba inocencia cargada de intenciones, pero también de promesas que provocaron que el pulso de Alba se acelerase y su torrente sanguíneo aumentase el calor de su cuerpo.

Alba se mordió el labio inferior y asintió. Sabía que esa noche sería especial, no solo porque se habían reconciliado después de tanto tiempo, sino porque ambas deseaban estar a solas desde que se volvieron a ver días atrás.

Al llegar a casa de Nora, apenas le dio tiempo de cerrar la puerta. Alba la empujó contra la pared, sintiendo como sus cuerpos se habían necesitado durante todo este tiempo. No hubo palabras, solo el sonido de sus respiraciones aceleradas y sus manos recorriendo cada rincón de su piel como si fuese la primera vez, pero con la urgencia de quien se ha estado conteniendo demasiado. Nora empujó a Alba suavemente hacia la cama, mientras sus labios buscaban los suyos con deseo y, ambas, cayeron entre las sábanas con la certeza de que esa noche sería interminable. No se detuvieron. Cada vez que sus cuerpos se encontraban, parecían encenderse de nuevo, enredadas en el deseo y la pasión que las había consumido desde el primer momento que se miraron en el restaurante. Los susurros se mezclaban con risas suaves y gemidos de placer

que llenaban la habitación, creando una sinfonía que solo ellas entendían.

La noche avanzaba lentamente, pero ninguna de las dos sentía el paso del tiempo. Nora, con su pelo desordenado y su respiración entrecortada, acariciaba el rostro de Alba mientras la miraba con intensidad. Alba la besaba con una mezcla de ternura y deseo, como si con cada roce intentase recuperar el tiempo perdido. Y así, entre caricias, besos y piel contra piel, se entregaron la una a la otra hasta que la primera luz del amanecer comenzó a colocarse por las ventanas, bañándolas en una luz dorada que parecía sellar lo que había ocurrido entre ellas esa noche. Una noche en la que no dejaron de hacer el amor, no solo con el cuerpo, sino también con el corazón.

FIN.